

The image is a book cover for 'Retraçate' by Sophie Saint Rose. It features a photograph of a person's legs in black leggings and shiny, reddish-brown cowboy boots. The person is sitting on a wooden fence, with their hands resting on their knees. The background is a blurred outdoor setting with green grass and a wooden fence. The text is overlaid on the image in a stylized, cursive font.

Sophie Saint Rose

Serie Texas

Retraçate

D.J.57

Retr actate

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Muriel estaba leyendo el periódico del pueblo el domingo por la mañana y al llegar a la sección de sociedad, apretó los labios al ver a Parker Montgomery en el ayuntamiento dando la mano al alcalde. La foto estaba hecha cuando llegaron a un acuerdo para que los Montgomery dejaran parte de sus tierras en la celebración de la llegada del verano, el primer domingo de Julio. Cerró el periódico de golpe no queriendo recordar esa fecha y se levantó para decirle a Wendy —Me voy a trabajar.

—Niña, en cuatro horas tienes que estar preparada para ir a misa. —
La miró de reojo con sus ojos color miel. —¿Has leído el periódico?

—¿No lo acabas de ver? —Cogió su plato para llevarlo al fregadero.

—Este año se celebra parte de la carrera en las tierras Montgomery.

—Entonces no iremos.

Wendy jadeó volviéndose con el pelador de patatas en la mano. —
¿Cómo que no iremos a la fiesta?

—Ya hablaremos de esto. —Fue hasta la puerta no queriendo
continuar con el tema.

—¡Muriel! ¡Vuelve aquí de inmediato!

Se volvió hacia su ama de llaves. Sonrió divertida por la manera de
empuñar el pelador como si se fuera a la guerra. Tenía cuarenta y siete años y
llevaba con ellos desde hacía doce. Siempre había llevado su cabello castaño
corto a lo chico y vestía en vaqueros y camiseta, mostrando que no era el ama
de llaves al uso.

Se cruzó de brazos. —No pienso ir a las tierras de ese imbécil.

—Bien dicho, niña. —Su padre entró en la cocina dejando asombrada
Wendy.

—¿Cómo que bien dicho? ¡Escuchadme bien! ¡Es la única fiesta en la
que puedo disfrutar de un día en familia sin que ninguno salga corriendo!
¡Así que iremos a la maldita fiesta como todos los años!

Su hermano Kevin entró en la cocina con una cara de resaca que no
podía con ella. —Anda, vuelve a la cama, que yo me encargo de todo. Ya he
desayunado...

Larry Daniels fulminó a su hijo pequeño con la mirada deteniéndole

en seco cuando estaba a punto de salir de la cocina. A regañadientes fue hasta la mesa, dejándose caer en su silla y pasándose la mano por su cabello rubio repetidas veces como si eso le quitara el dolor de cabeza. Su padre se sentó en la cabecera de la mesa muy serio. No soportaba que porque Kevin se fuera de fiesta, se perdiera el trabajo y tendría que soportar su enfado todo el día.

Wendy empezó a servirles el desayuno, refunfuñando que estaba hasta las narices de la rivalidad entre los Daniels y los Montgomery.

—Me voy a trabajar.

—¡Te quiero aquí para ir a misa! —Wendy la señaló con la pala de servir. —Y te quiero duchada, vestida, peinada y maquillada.

—Uff, cuanto trabajo para ir a misa —dijo saliendo de la cocina—. ¡Me voy a los pastos del norte a traer la manada!

—¡Llévate a Henry!

No necesitaba a Henry para traer veinte reses. Además, no quería estar escuchando las historias del viejo sobre cómo comenzó la disputa entre las familias, porque las sabía de sobra. Ensilló su caballo y se puso el sombrero vaquero que tenía en el gancho del establo sobre sus rizos rubios, tirando de las riendas de Huracán. Sonrió recordando las risas de su padre cuando le regaló su precioso caballo negro y ella le puso ese nombre porque el caballo de Parker Montgomery se llamaba Tornado.

Se subió al caballo y fue hacia el norte. Sonrió maliciosa porque pensaba pasar por el camino Daniels por mucho que él se empeñara de que eran tierras Montgomery. Esa era la disputa que llevaban años sin resolver. De hecho, fueron sus abuelos los que iniciaron el problema, porque su abuelo había comprado las tierras al norte de la casa Montgomery. Con eso provocó que la casa y el camino para llegar a los pastos de sus vecinos quedaran en medio de sus tierras. Como el abuelo Montgomery no tenía el dinero para comprar aquellas tierras, se resignó a que su vecino cruzara ante su casa para pasar a sus pastos a cambio de una manada de reses. Pero un día esperó a su abuelo en el paso y le prohibió volver a cruzar por allí. Su abuelo decía que tenía el permiso por escrito y que no podía negarse ahora. Pero lo que recibió fue un disparo en el hombro que le tiró del caballo y que casi le mata.

Desde ese día, su abuelo sufría unos dolores horribles y se le agrió el carácter. De eso sabía mucho su padre, pues el abuelo tenía la mano demasiado suelta y a veces lo pagaba con él cuándo se pasaba con la bebida. Eso le hizo recordar otro día. El más doloroso de su vida y apretó las riendas entre sus dedos. Maldito Montgomery.

Aunque pensándolo bien la culpa había sido toda suya. Había leído Romeo y Julieta en el instituto y su imaginación voló. Parker era un joven muy atractivo en aquella época. Era el heredero de un rancho millonario y tenía a las chicas locas por él. Tenía en aquellos tiempos veintidós años y ella

quince. Suspiraba viéndole a lo lejos y a veces se acercaba a sus tierras con la esperanza de encontrarse con él. Entonces vio su oportunidad. La fiesta del verano era el momento oportuno para insinuarle que le gustaba. Todos los años al inicio del verano, iban a misa montados en su carro de caballos como todos los que lo poseían en el pueblo, que eran casi todos. Después de salir de la iglesia, se organizaba una carrera de caballos que rodeaba la ciudad, donde participaban todos los varones solteros, como marcaba la tradición desde que se fundó el pueblo. Las muchachas solteras les daban una cinta de colores con su nombre bordado, que el jinete ataba a la silla. Si era el ganador de la carrera, el padre de la chica no se podía negar a que comieran alejados de los demás, el picnic que ella había preparado.

Eso venía de una antigua tradición irlandesa donde las solteras no podían estar a solas con sus pretendientes. Era anticuado, pero muy bonito ver como el hombre luchaba por pasar algo de tiempo con su amada y Muriel con quince años era una soñadora. Se imaginó que él la amaba en silencio también y que haría lo posible por ganar, para así compartir su picnic con ella, porque de esa manera su padre no lo podría impedir.

Ilusionada le pidió a su tía Maddy que le enseñara a bordar. Tardó semanas en hacer la cinta perfecta. Hizo nueve de distintos colores y al final se decidió por una cinta azul con su nombre en blanco y una rosa saliendo de la L.

Aquel día estaba muy nerviosa y vestida de blanco con un vestido de tirantes y sus rizos rubios muy marcados, guardó la cinta en su puño durante toda la misa y le miró de reojo sentado en el banco al otro lado del pasillo. Estaba guapísimo con un traje gris y su cabello negro peinado hacia atrás. Estaba sentado al lado de su padre y su madre, que la miró de reojo con el ceño fruncido. Avergonzada miró al Padre Haise disimulando.

Cuando terminó la misa, vio como varias chicas le daban sus cintas a Parker, que sonreía educadamente cogiéndolas y colocándolas en su silla. No le extrañaba que tuviera tantas, pero al final elegiría la suya, estaba segura.

Se escabulló de su familia diciendo que iba a ver a su amiga Jacinta y se acercó a él tímidamente mientras hablaba con sus amigos, riendo de las bromas que le estaban gastando. Nerviosa se pasó las manos por su vestido blanco y carraspeó. Él se volvió levantando una ceja al verla. Sonrió tímidamente mirando sus ojos azules, extendiendo la mano para mostrar la cinta azul enrollada sobre la palma de su mano.

—Vaya, vaya —dijo a punto de reírse cogiendo la cinta con dos dedos haciendo que sus amigos rieran por lo bajo—. Una cinta de la princesita Daniels. —Abrió los dedos y dejó caer la cinta al suelo. —Vaya, lo siento. —Muriel se iba a agachar a toda prisa, cuando la bota de Parker pisó la cinta con fuerza hundiéndola en la tierra desgarrando su corazón por lo que significaba. —¿Crees que cogería una cinta tuya? —preguntó con desprecio

haciéndola palidecer mientras sus amigos se reían—. Mira las cintas que tengo. —Como a cámara lenta vio casi veinte cintas colgadas de su silla. — Puedo tener a la chica que quiera de Gold Hill. ¿Te iba a elegir a ti, que eres una virgen llena de granos y sin pechos que no sabe decir dos palabras seguidas? —Sus amigos se reían con fuerza y uno le golpeó la espalda a Parker que parecía enfadado. Él le gritó a la cara ignorando sus ojos verdes llenos de lágrimas —¡Lárgate con tu papaíto, Daniels! ¡Aquí no se te ha perdido nada!

Su padre la cogió por la muñeca girándola y al ver sus lágrimas le gritó —¿Lloras por él? ¿Lloras por un Montgomery? —Le dio una bofetada que le volvió la cara y ella se cubrió la mejilla con la mano mirándole asustada. Su padre apretó los puños palideciendo al darse cuenta de lo que había hecho, pero Muriel se fue llorando apartando a la gente que les observaban atónitos.

Estuvo desaparecida todo el día y cuando llegó a casa por su propio pie, sentía que su vida había cambiado para siempre. Su padre la vio entrar con la mejilla hinchada y no fue capaz de decir una sola palabra al ver la mirada perdida de su hija, que subía las escaleras intentando retener su dolor. Su hermano Kevin tampoco fue capaz de decir nada viéndola entrar en su habitación, cerrando la puerta suavemente. No durmió en toda la noche por lo estúpida que había sido y cuando salió de la habitación su personalidad había

cambiado por completo. Se dedicó al instituto y a trabajar en el rancho.

Dos días después su padre llamó a la puerta de su habitación cuando estaba leyendo un libro y se miraron a los ojos antes de que ella se echara a llorar. Larry se acercó para abrazarla con fuerza y le susurró —Lo siento. Los dos te hemos roto el corazón, ¿verdad? Llorar, mi niña. Tienes muchos motivos para llorar.

Se apartó negando con la cabeza y volvió a mirar el libro. —Tengo cosas que hacer.

Le apretó el hombro. —No dejes nunca que nadie te hunda, mi vida. Nadie, ¿me oyes?

—Sí. —Apretó los labios secándose las lágrimas con las manos y forzó una sonrisa. —Soy una Daniels.

—Exacto. Tendrás a medio estado tras de ti en nada de tiempo con lo preciosa que eres. —Acarició su cabello rubio. —Igualita que tu madre. Tendré que sacar la escopeta antes de que me dé cuenta.

Sabía que lo decía porque era su padre y sonrió. El alivio en la cara de Larry fue evidente, pero ella nunca lo olvidó.

Para disimular su dolor ante todo el mundo, aceptó su primera cita un mes después con un compañero del instituto. Fueron al cine al aire libre y coincidieron con Parker, dos filas a su derecha, que se había llevado a su

nueva novia. Una rubia de unos veinte años con una minifalda que apenas le cubría el trasero. Ella, decidida a ignorarle, charló con su cita durante toda la película. James era muy simpático y cuando se quedaron en silencio, él acercó su cara lentamente dándole un suave beso en los labios. Muriel no sintió nada, pero él parecía encantado con su proeza. Como él quería repetir, le pidió que fuera a por algo de beber, cosa que hizo como si le hubiera regalado la luna. Miró la película un rato y se extrañó cuando James no volvió con la bebida. Salió del coche y desgraciadamente miró hacia Parker, que sonreía observándola mientras pasaba el brazo por los hombros de su chica. Levantó la barbilla y fue hasta el bar donde vendían refrescos y chucherías. No veía a James por ningún sitio y cuando miró a su alrededor, se lo encontró dándose el lote con una chica mayor que él, que se lo estaba comiendo vivo. Chasqueó la lengua sin saber qué hacer y cuando vio su coche entrecerró los ojos. —¿Así que me la vas a pegar con otra en nuestra primera cita?

Vio un bate de béisbol en los asientos traseros de uno de los coches y caminó con él hasta el Buick que el padre de James le había dejado para su cita. Parker al verla pasar frente a él con el bate en la mano, se tensó y se enderezó para ver como levantaba el bate y golpeaba el parabrisas de James una y otra vez, antes de atacar los retrovisores. Cuando terminó, sonrió radiante y tomó aire como si hubiera hecho una proeza mientras todos la

miraban como si estuviera chiflada. Al ver a James con la boca abierta, se acercó a él y le arreó un puñetazo que le tiró al suelo. —¡Gracias por la cita!

Parker se echó a reír a carcajadas mientras ella salía con la cabeza bien alta. Cuando llegó a su casa en el coche del sheriff, su padre se quedó de piedra porque su tímida hija hubiera hecho aquello, pero cuando se le pasó la sorpresa, la miró orgulloso y dijo —Pagaré los desperfectos.

Días después se enteró por James de que Parker le había presentado a la besucona que se había tirado sobre él en cuanto se había descuidado y se dijo que aquello era la guerra. La había dejado en ridículo dos veces, así que tenía que buscar una manera de vengarse.

Al día siguiente había misa y antes de entrar, cogió una piedra del suelo y le rayó todo el costado de la camioneta empleándose a fondo. Entró sudando y todo del esfuerzo. Su padre la miró de reojo cuando se sentó a su lado y ella sonrió radiante como hacía días que no la veía. Larry Daniels más tranquilo le cogió la mano orgulloso.

Cuando salieron Parker fue hasta la camioneta, mientras Muriel se estaba despidiendo del párroco. Escucharon sus gritos hasta allí y el cura estiró el cuello queriendo enterarse de lo que ocurría. Ella puso cara de inocencia y siguió a su padre que farfullaba que los Montgomery no estaban bien de la cabeza.

Así empezaron sus venganzas mutuas, porque Parker sabía que había sido ella. Se hacían perrerías mutuamente en cuanto podían. La última el día anterior cuando la vio en el bar del pueblo y le tiró la cerveza en su vestido nuevo. Ella que no llevaba sujetador, ni se dio cuenta de que se le transparentaban los pezones. Su amiga Jacinta le dio un codazo mientras Parker la miraba con descaro justo antes de que Muriel cogiera la cerveza de su vecino para tirársela en la cara. Jacinta le susurró al oído lo que pasaba y chilló tapándose los pechos mientras él se pasaba las manos por los ojos jurando por lo bajo. En cuanto levantó la vista hacia ella de nuevo para volver a mirarla, Muriel le arreó un tortazo antes de salir corriendo del local.

Volviendo al presente tomó aire viendo la casa de los Montgomery a lo lejos. Sonrió porque había alguien en el porche, así que hincando los talones en Huracán, se lanzó a galope. Azuzó a su caballo acercándose a la valla y la saltó con agilidad. Miró a su derecha para ver que Parker la observaba desde el porche con ganas de matarla y se echó a reír cruzando la milla que llevaba hasta sus tierras saltando de nuevo la siguiente valla.

Cuando llegó hasta su manada la juntó deseando que las reses arrasaran esas malditas vallas. Podía provocar una estampida, pensó maliciosa. Era una pena que se hubiera dejado el revólver en casa y eso que Henry le había dicho mil veces que no saliera sin él. En ese momento le hubiera sido muy útil.

Tuvo que rodear toda la finca de los Montgomery y al pasar por detrás de su casa, allí estaba con la escopeta en la mano. Le hizo un corte de manga y Parker entrecerró los ojos haciéndola reír de nuevo. Tardó cuarenta minutos más que si hubiera ido por el atajo, pero no quería darle razones para que le pegara un tiro por invadir sus tierras.

Llevó las reses hasta un cercado próximo al barracón de los hombres y montada en su caballo se acercó a Henry que estaba dando órdenes a dos peones.

—¿Todo bien?

—Hemos perdido una en el río. Hay mucho caudal para esta época del año y debió intentar cruzar al otro lado.

—No fastidies.

—Y estaba preñada. Ahora van con el tractor para recogerla.

—Mierda.

—Y eso no es todo. El veterinario no puede venir hasta la semana que viene. Su mujer acaba de dar a luz.

—Esperaremos una semana. No pasa nada.

—Los camiones llegan el jueves para recoger el ganado. Necesitamos los análisis para que nos dé el visto bueno sanidad.

Pensó en ello y apoyó el antebrazo en el pomo de la silla. —Llama a

otro veterinario.

Henry se quitó el sombrero rascándose la calva. —Niña, a tu padre no le va a gustar. No quiere llevarse mal con él.

—No pienso retrasar la entrega ni por él ni por nadie. Si sabía que su mujer iba a dar a luz, que hubiera hecho los análisis la semana pasada. —Tiró de las riendas girando el caballo. —Haz lo que te digo.

—Sí, jefa. —Sonrió mirándola de otra manera.

—¿Qué?

—¿Sabes que cada día te pareces más a tu madre?

Se le cortó el aliento. —¿Tú crees?

—No solo en lo hermosa que era. La mejor ranchera de todo Texas. No había quien la rechistara.

Se echó a reír. —¿No hay quien me rechiste?

—¿Y llevarse un puñetazo?

—¿Tan mala fama tengo?

—No sé. Debió ser el chico ese del pueblo de al lado al que le rompiste el brazo. Hay gente muy rencorosa.

—¿Me tocó el trasero en la feria del ganado! ¡Si quería algo conmigo, lo hizo fatal!

—No sé qué hombre tendrá el valor de pedirte una cita, niña.

—Un hombre de verdad. —Sonrió haciéndole reír y se alejó a galope.

Llegó a casa con el tiempo justo y después de ducharse, bajó corriendo las escaleras con el cabello húmedo, el vestido sin subir la cremallera y con los zapatos en la mano. Wendy con un vestido verde esmeralda, la miró como si no pudiera con ella. —¡Con lo que cuidaba su aspecto de adolescente!

—Es que me di cuenta de que perdía el tiempo —dijo mientras Wendy le subía la cremallera. Se puso los zapatos de tacón apoyándose en la pared y su padre hizo sonar el claxon desde fuera.

—¡Ni siquiera te has secado el cabello!

—Va... —Salió antes de que le siguiera echando la bronca y se subió a la parte de atrás de la camioneta donde su padre y Kevin las esperaban.

—¡Larry, habla con tu hija o no se casará en la vida! —Wendy se subió al coche y cerró la puerta.

—Mi hija tiene todos los pretendientes que quiere y más. Demasiados para mi gusto. —Kevin se echó a reír por lo bajo y su padre le miró sorprendido. —¿Qué? ¿Tienes algo que decir?

—Ha espantado a medio estado.

—Qué mentira.

—No, mentira no, Larry. —Wendy la miró de reojo. —La niña se ha creado mala fama.

—¡Es la mejor de todo Texas!

—Gracias, papá.

—Ya quisieran muchos casarse con ella. ¡Y no se habla más del tema! Se casará cuando encuentre un hombre como Dios manda y no esos muchachos que no saben lo que es la vida.

Apretó los labios mirando por la ventanilla, pensando que igual no lo encontraba nunca. Al pasar delante del cementerio, vio el monumento que Parker había encargado cuando falleció su padre. Incluso estando en mitad del cementerio, se veía desde la carretera el gran busto que había encargado a un artesano con el apellido Montgomery en la peana.

Eso le hizo recordar el día de su funeral y como Parker intentaba hacerse el fuerte reteniendo las lágrimas. No pudo evitar que le diera un vuelco en el estómago, pues sabía lo que adoraba a su padre y debía estar destrozado en ese momento. Nadie se podía esperar que se cayera del caballo y se rompiera el cuello. El pueblo estaba en shock y debió ser la única vez que hicieron una tregua, porque ella se acercó al terminar el funeral y

mirándole a los ojos susurró —Siento lo de tu padre. Ha sido una desgracia.

—Gracias.

No le dio la mano y Muriel se apartó para que pasara el siguiente, al que sí le dio la mano. Lo ignoró para darle el pésame a su madre, que estaba a su lado. —Lo siento mucho, señora Montgomery.

La mujer la miró como si la viera por primera vez y sorprendiéndola sonrió con tristeza. —Gracias, querida. No se puede luchar contra el destino, ¿verdad?

Asintió dándole la mano. —Si necesita cualquier cosa, no dude en llamarme.

—Eres muy amable, ¿verdad, Parker?

Él la miró a los ojos y durante un segundo sintió una conexión con Parker que hizo que temblara de arriba abajo. Por supuesto se le pasó en cuanto se subió a la camioneta, recordando los espejismos que tenía de adolescente y una semana después le llenó el maletero de estiércol después de que él no le hablara en la reunión del ayuntamiento.

Capítulo 2

Llegaron a la Iglesia y a su padre le costó aparcar. Refunfuñó que por culpa de su retraso ya no tenía sitio, pero Muriel le ignoró porque Parker estaba riendo con una chica ante la puerta de la Iglesia. Era morena y muy guapa, pero ella no la conocía de nada. ¿Quién coño era esa tía? Se bajó de la camioneta y él la miró, pero disimuló abriendo su bolso. Y ella sin peinar siquiera.

—¡Muriel!

Levantó la vista para ver como Jacinta llegaba corriendo agitada y sonriendo de oreja a oreja.

—Hola, Jacin. ¿Tus padres ya están dentro? —Su amiga cogió su mano emocionadísima. —¿Qué ocurre? ¿Te ha tocado la lotería por fin?

—¡Me lo ha pedido! —gritó abriendo sus ojos negros como platos moviendo sus rizos castaños. Al ver a Zack aparecer tras ella con una sonrisa

de oreja a oreja, entendió antes de mirar a su amiga a los ojos.

Chilló de la alegría y se abrazaron haciendo reír a los que la rodeaban.
—¡Te vas a casar!

Su amiga se apartó para mirarla a la cara. —Sí, pero tenemos que casarnos cuanto antes, porque a final de mes Zack tiene que incorporarse en su nuevo destino en Fort McCoy en Wisconsin. —Intentó disimular lo que sentía por perder a su mejor amiga, pero estaba tan enamorada y la quería tanto, que le deseaba lo mejor del mundo. Jacinta se acercó a su novio y se abrazó a su cintura mirándole con amor. —Nos darán una casita y seguramente estaremos allí unos años, pues será instructor.

Emocionada se llevó una mano al pecho. —Felicidades, me alegro muchísimo por vosotros.

—Vamos a hablar con el cura para ver cuándo puede casarnos —dijo Zack—. Será algo íntimo, pero no podemos organizar una gran boda. No hay tiempo para eso.

—¿Cómo que no hay tiempo? —Puso los brazos en jarras. —En una semana te organizo la boda del siglo.

—Y la celebraremos en el rancho Daniels —dijo su padre apoyándola.

Jacinta con lágrimas en los ojos sonrió. —No es necesario.

—Claro que lo es. Solo te vas a casar una vez en la vida y quiero que tengas la boda más especial del mundo. Déjame a mí. Ya verás. Que el cura me diga la fecha y no tendrás que preocuparte de nada más que de encargarte de la mudanza.

Su amiga la abrazó con fuerza y susurró —Te quiero.

—Y yo a ti. —Se apartó y se echaron a reír. —No me puedo creer que seas lo bastante mayor para casarte. Si todavía te veo arrastrando aquella muñeca por todo el patio del colegio.

—Pues yo te veo con el aparato dental y la cara llena de granos.

—Tendrás mala leche.

Todos se echaron a reír y abrazadas por la cintura fueron hasta la Iglesia hablando a la vez de lo que querían para la boda. Jacinta saludó a Parker que las observaba con la morena al lado y su amiga le susurró al pasar —¿Sabes quién es esa?

—Ni idea. —Levantó la barbilla. —Y no me interesa.

—Ya me enteraré.

Se alejó para preguntar por ahí. Estaba claro que no había un chisme que a su amiga se le escapara. Se sentó al lado de su padre en el banco y empezaron a hablar de todo lo que tenían que hacer para la boda. Se repartieron los trabajos y Kevin se encargaba de encontrar las mesas y las

sillas, mientras que su padre se encargaba de tener la carne preparada. Ella se encargaría de la decoración y del resto de los detalles. Se mordió el labio inferior mirando a Wendy, que ya estaba haciendo una lista mental de todo lo que necesitaría. —¿Dónde está tía Maddy?

Miró hacia atrás y la vio hablando con la madre de Parker. Bueno, ya hablaría con ella después. El cura salió en ese momento y todos se levantaron. No se enteró de mucho porque estaba inmersa en sus pensamientos, pero cuando su padre la miró al igual que su hermano, frunció el ceño diciendo en alto sin darse cuenta —¿Qué pasa?

Varios se echaron a reír y miró al cura que estaba ante el altar observándola impaciente. —Niña, te estamos esperando.

—¿A mí? —preguntó atónita haciendo reír al personal.

—Muriel, el padre estaba hablando de la boda de Jacin y que se celebrará dentro de dos sábados. El fin de semana que viene es la feria, así que será el siguiente —susurró su hermano conteniendo la risa.

—Ah... —Salió como si nada subiendo los tres escalones para acercarse al cura, al que le dio una palmada en la espalda sonriendo de oreja a oreja. —Hable claro, padre. —Miró a su audiencia y sus ojos fueron a parar a Parker, que sonreía como si fuera un auténtico desastre. —Bueno, mi mejor amiga se casa en dos sábados y por supuesto está todo el pueblo invitado a la

ceremonia y la fiesta, que se celebrara en el Rancho Daniels. —Miró a Jacinta que estaba muy emocionada. —Quiero hacer la mejor boda del estado para la mejor amiga que se puede tener, así que arrimar el hombro que sino os tiraré de las orejas. Y sabéis que hablo en serio. —Miró a su tía. —Hablaemos luego con las amas de casa para que se pongan a trabajar en el vestido más bonito del mundo.

Su tía asintió encantada antes de decirle algo al oído a la amiga que tenía al lado.

—¿Y tú cuándo te vas a casar, Muriel? —gritó uno del fondo haciendo reír a media iglesia—. Puede que así se te endulzara el carácter.

Genial. Un gracioso. Miró al cura levantando una ceja porque estaba reteniendo la risa. Eso sí que la puso frenética y más aún cuando vio a Parker sonriendo divertido. Sonrió como si nada y dijo —Me casaré cuando Parker Montgomery me lo pida.

Toda la iglesia se echó a reír incluido el cura, porque era tan imposible que eso ocurriera como que lloviera hacia arriba. Al único que no le hizo gracia fue a Parker, que entrecerró los ojos mirándola fijamente. La madre de Parker miraba a su hijo y al ver su enfado le susurró algo al oído.

—Bueno, sobre la boda que nos ocupa... No le regaléis cosas inútiles, porque tiene que mudarse para iniciar una nueva vida, así que voto por

regalos en efectivo. —Le guiñó un ojo a su amiga que se había sonrojado. — Ya sé que no se hablan de estas cosas, pero hay que ser práctico. Y sobre...

Parker se levantó dejando a todos de piedra y ella perdió el habla al ver que subía los escalones hacia ella. Miró a su padre de reajo perdiendo todo el color de la cara y Jacinta se levantó de golpe con los ojos como platos, expectante como todos los demás. El cura dejó caer la biblia que tenía en la mano al ver que Parker arrodillaba una pierna ante ella. Muriel se estaba mareando de la impresión.

Como a cámara lenta él cogió su mano y le puso el anillo de su madre en el dedo. —Tú lo has querido, nena. Nos casaremos.

El cura carraspeó. —No se lo has pedido, Montgomery.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó haciendo reír a los presentes. La miró a los ojos—. Si no puede decirme que no. De hecho, ya me ha dicho que sí.

—Pero tienes que pedirselo. —El cura le animó con la cabeza.

—Muriel, ¿quieres casarte conmigo?

Su corazón empezó a galopar en su pecho, gritando interiormente del horror. ¡Qué alguien parara aquello!

Su padre se levantó y dijo —Es una Daniels y tiene palabra. Se casará contigo.

Su tía se desmayó cayendo redonda, pero nadie le hizo ni caso esperando su respuesta. ¡Acababa de decir que se casaría si él se lo pedía! ¡Y se lo había pedido! Obviamente para dejarla mal delante de todo el pueblo por tener la lengua demasiado larga. Esperaba que ella se retractara, así que entrecerró los ojos mirando sus ojos azules.

—Sí, me casaré contigo.

Jacinta la miraba sin poder creérselo, mientras su padre se echaba a reír y Wendy se tapaba la boca del asombro. Pero ella no se dio cuenta porque Parker sonrió poniéndose de pie como si le hubiera dado una alegría. ¡Aquello no iba bien!

Su supuesta futura suegra aceptaba las felicitaciones al igual que su padre y el cura levantó los brazos como dando gracias a Dios. Parker la cogió por la cintura provocándole un estremecimiento y le susurró al oído —Sonríe, nena. ¿No era lo que querías?

—Que te den.

Parker se echó a reír a carcajadas. —¿Tu broma se ha vuelto contra ti?

—Vas a suspender esto —siseó apretando los puños.

—Yo no me voy a echar atrás. ¿Y tú?

—Vaya que si te vas a echar atrás. ¡Pienso hacer de tu vida un infierno como no lo hagas!

—Lo mismo digo, preciosa. —La besó rápidamente antes de alejarse hacia su madre, que sonreía como si le hubieran dado la alegría de su vida.

Sintiendo un hormigueo en los labios, que estaba decidida a ignorar, se acercó a su familia. Miró a su padre a los ojos impotente. Él hizo un gesto sin darle importancia mientras que Wendy le gritaba —¿Es que te has vuelto loca? ¡Os matareis antes de la boda!

Varios se echaron a reír y Muriel se sonrojó con fuerza. Jacinta apareció a su lado encantada. —¡Podemos casarnos juntas! ¡Cómo pensábamos cuando éramos niñas!

Lo que le faltaba. ¡Eso era en dos semanas! Negó con la cabeza abriendo la boca para decir algo, cuando la madre de Parker dijo —Es una idea maravillosa. Una boda doble.

El cura asintió y Muriel sin poder evitarlo, miró a Parker que estaba tras su madre sonriendo de oreja a oreja. El mareo se pronunció e intentó sujetarse en su padre antes de poner los ojos en blanco y caer sobre el banco que tenía detrás espatarrada y sin sentido.

Su padre hizo una mueca y susurró —Menuda leche. Hija, ¿te encuentras bien?

Parker apartó a su madre y se sentó a su lado cogiéndola por la barbilla. —¡Muriel! —Le dio unas palmaditas. —¡Muriel!

—Esto no pinta bien —advirtió Wendy a Kevin, que retenía la risa—.

Acaba en desastre, te lo digo yo.

—¡Muriel!

Se despertó en brazos de Parker y asombrada chilló —¿Qué haces?

La miró aliviado. —¿Estás bien?

—¡Claro que estoy bien! ¡Déjame en el suelo!

—Te has desmayado. Vamos a llevarte al médico.

—¿Qué tonterías dices? ¡Suéltame te digo!

Exasperado bajó sus piernas y pudo ver que su familia estaba tras él. Jacinta la miraba preocupada. —Estoy bien —dijo entre dientes forzando una sonrisa que la hacía parecer una chiflada—. Si nos dais un momentito. — Cogió a Parker de la manga y tiró de él hasta el borde del cementerio buscando intimidad. Se volvió de golpe. —¡Tienes que detener esto!

—Ya te lo he dicho. Yo no me voy a volver atrás, pero si una Daniels no tiene palabra...

Apretó los puños furiosa. —¡Sólo quieres dejarme en ridículo de nuevo!

—Fuiste tú la que me retaste ante todo el pueblo, nena. Ahora atente a las consecuencias —dijo fríamente—. Tienes dos opciones. O me dejas tú o me dejas tú.

—Muy gracioso. —Se retaron con la mirada. —Te aseguro que serás tú el que ponga fin a esto. ¡Cómo si tengo que pasar por encima de ti con la manada de mi padre!

—¡He pasado por alto varios destrozos que me han costado mucho dinero! ¡Cómo vuelvas a hacer algo así, como rayarme la camioneta, no te podrás sentar en una semana! —le gritó a la cara.

—¿Yo? —Aparentó inocencia. —¡Esto lo empezaste tú con la cita en el autocine!

—¡No, esto empezó antes, pero al parecer no quieres reconocer el verdadero problema, que es que estás loca por mí!

Palideció mirándole con odio. —¡Qué más quisieras! ¡Maduré ese día y te puedo asegurar que ahora no te quiero ni envuelto en papel de regalo!

—¿Me estás diciendo que rompes el compromiso? —preguntó divertido.

—Serás... —La cogió por la cintura pegándola a él y Muriel le miró asombrada. —¿Qué haces?

Parker la besó como si quisiera devorarla y Muriel protestó golpeando

sus hombros hasta que sintió como la acariciaba su lengua, provocándole unas sensaciones increíbles. Nunca la habían besado así y cerró los ojos derritiéndose entre sus brazos. Él apartó su boca para mirarla. Atontada y con los ojos cerrados aún disfrutaba del beso y Parker carraspeó. —Muriel, ¿te habían besado antes?

Eso la espabiló de golpe y furiosa se revolvió entre sus brazos apartándose de golpe. —¡Claro que sí!

—¿De veras? —Parecía divertido. —Me ha dado la sensación de que no sabías qué hacer. ¡Cómo devolverme el beso!

Como un tomate vio al lado de los coches a toda la familia que no se perdían detalle. —Tengo que irme.

La cogió por la muñeca deteniéndola a su lado y él susurró en su oído —No hagas tonterías y anula el compromiso con deportividad.

—Espera sentado. —Parker sonrió divertido cuando caminó hacia su familia como si fuera a la guerra. —¿Nos vamos?

Jacinta se acercó. —¿Entonces te casas o no?

—¡Tengo que pensar qué hacer para que anule él esta locura!

Wendy levantó los brazos exasperada. Su padre sonrió. —Así me gusta, hija. Ni un paso atrás.

Kevin se echó a reír. —Esta al final se casa por pura cabezonería.

La tía Maddy apretó los labios disgustada. —¿Entonces hago dos vestidos de novia?

—¡Claro que sí! Que se acojone al ver que prepara la boda —dijo Larry—. Ya verás como cuando se dé cuenta de que mi niña va en serio, se echa atrás.

Levantó la barbilla y sonrió. —Sí... tienes razón. Cuando se dé cuenta de que se acerca el día, se echará atrás. Pero por si acaso, voy a tocarle un poco las narices.

Jacinta la cogió por el brazo. —¡Escúchame bien! Durante estas dos semanas haz lo que te dé la gana, pero el día de mi boda no quiero líos, ¿me entiendes?

—Claro que no. Tranquila. No durará tanto. —Entonces se le ocurrió una idea. —Sobre todo cuando quede en ridículo en la feria del fin de semana que viene.

—Madre mía, ¿qué vas a hacer?

—Nada. Tengo que perfilarlo todavía. —Sonrió maliciosa volviéndose hacia su prometido, que se tensó en cuanto vio su expresión.

No tardó en ponerlo en marcha. En cuanto llegó a casa, llamó al

alcalde que parecía confundido porque había estado en misa. —Es para que me demuestre lo que me quiere —dijo con sorna.

El alcalde, que era un cachondo, se echó a reír. —Muy bien. Tienes mi permiso y seguro que la junta me da la razón por ver el espectáculo.

—Prometo manteneros entretenidos. —Colgó antes de que se echara atrás y llamó al periódico. —Quiero poner un anuncio.

El anuncio a toda página salió al día siguiente y satisfecha bebió de su café esperando acontecimientos. Sonó el teléfono en la cocina y Wendy la miró rabiosa. —Seguro que es para ti.

Descolgó divertida sin dejar de mirar el anuncio. —¿Qué has hecho? —gritó Jacinta al otro lado.

—Poner un anuncio.

—¿Vas a participar en la carrera? ¡Pero si estás comprometida!

—¿Has leído el anuncio? En él pone claramente, que antes de dar un paso tan serio como el matrimonio, quiero saber si es el candidato adecuado. Por eso convoco a todos los solteros que puedan estar interesados en mí, a que me den su cinta. No me comprometo a nada.

—¡Le estás dejando en ridículo!

—¡Eso pretendo! ¿De qué parte estás tú?

—¡Del tuyo! ¿Te dejarán participar? Es para solteros. Hombres.

—Tengo permiso del alcalde. —Su amiga bufó al otro lado y asombrada miró el teléfono antes de ponérselo al oído de nuevo. —¿Sigues ahí?

—Estoy deseando ver lo que hace él. Porque sabes que te la devolverá.

—¿Qué va a poder hacer? Ya ha quedado en evidencia.

Su respuesta salió en el periódico al día siguiente. Su prometido se ofrecía a pagar las cintas del que quisiera pretenderla.

Gritó arrugando el periódico y se levantó en el acto. Wendy movió la cabeza de un lado a otro. —Suspende la boda.

—¡Antes muerta!

Salió de la cocina como si fuera a la guerra y subida en Huracán fue hasta el barracón de los peones. Se bajó del caballo furiosa y le ordenó a Henry —Une una manada de cuarenta reses más o menos.

—¿Para qué?

—Me las llevo al norte.

Henry retuvo la risa al ver que llevaba el revólver. —Niña...

—Date prisa. Estoy impaciente por ver a mi prometido.

Sus hombres hicieron lo que les ordenaba muertos de la risa y Henry se empeñó en acompañarla, pero ella no quería público. Estaba furiosa y

pensaba arrasar con todo. Sabía que Henry intentaría controlar los daños, así que iría sola por no escuchar sus sermones.

Cuando acercó la manada a unos cien metros de la casa Montgomery, sonrió al verle a punto de subir a la camioneta. Parker se detuvo en seco al ver la manada acercándose y gritó cuando la vio sacar el arma. Disparó dos veces al aire y las reses salieron en estampida por distintos sitios. Atravesaron la valla como si estuviera hecha de palillos y varias se desviaron en el camino hacia la casa de los Montgomery. Sonrió maliciosa al ver como varios hombres echaron a correr huyendo de ellas y Parker se subió a su camioneta justo antes de que unas reses pasaran a su lado arrancándole la puerta. Se echó a reír a carcajadas al ver que varias entraban en el establo y los hombres salían por la otra puerta corriendo despavoridos. Al mirar al frente, vio que varias reses se habían calmado y que ya pastaban en sus tierras. Ya no había valla. Al fin. Azuzó a su caballo y escuchó los gritos de Parker. Al girar la cabeza le vio subir al caballo. Mierda. Se lanzó a galope y al mirar hacia atrás, vio que la seguía. Había entrado en sus tierras. Qué descaró.

—¡Ja! —Hincó los talones forzándole a ir más rápido y al mirar hacia atrás gimió porque se estaba acercando. Claro, su caballo estaba fresco, mientras que el suyo llevaba trabajando desde el amanecer. Al ver que se ponía a su lado y alargaba la mano, ella le dio una patada en la pierna para alejarle.

—¡Muriel! ¡Te vas a acordar de esto! —Intentó cogerle las riendas de nuevo y ella se alejó, pero él se pegó a ella cogiéndola de la cintura. Gritó al sentir que se desprendía de la silla y volvió a gritar cuando intentó subirla ante él, pero se le resbaló. Chilló agarrándose a su pierna, pero el caballo la golpeó con una pata en la cadera haciéndola caer al suelo antes de que Parker pudiera agarrarla. Rodó por el suelo y quedó boca abajo con la mejilla sobre la hierba. Suspiró de alivio y solo reaccionó cuando Parker gritó arrodillándose a su lado. —¡Nena! —La tocó en el hombro. Se notaba que no quería moverla y ella volvió a suspirar dándose la vuelta para mirar el cielo azul. La cara de Parker pálido como la nieve apareció sobre ella. —¡Estás loca! ¡No puedes moverte!

—¡Estoy bien, imbécil! ¡Si no me hubieras cogido así, no me habría caído!

Parker empezó a palparle los brazos. —Igual tienes alguna lesión y no la sientes todavía. —Levantó el brazo y le dio un tortazo. Él entrecerró los ojos. —Esa mano la tienes perfecta.

—Lo sé. ¡Casi me matas!

Parker la cogió por la nuca y la besó apasionadamente. Se aferró a su cuello y él la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo. Abrió los corchetes de su camisa de un solo tirón y su mano llegó a su pecho. Muriel gritó de placer en su boca cuando su mano rozó la delicada piel de su seno desnudo y

se estremeció cuando apartó su boca para besar su cuello, tumbándola de nuevo sobre la hierba. Sus labios la volvieron loca y se retorció de placer cuando su aliento rozó su pecho. Parker se apartó de repente jurando por lo bajo y atontada protestó queriendo sentirle. Al abrir los ojos se dio cuenta de lo que había hecho y le arreó un tortazo. —¡Aprovechado!

La miró como si quisiera matarla. —Nena, tienes la mano muy larga.

Se levantó furiosa cerrándose la camisa. —¡Tú sí que tienes las manos largas, sobón!

—¡Me he detenido y no porque quisiera, te lo aseguro! —Se levantó furioso. —Sino porque sabía que iba a pasar esto y que me echarías a mí la culpa, cuando colaborabas totalmente en lo que los dos estábamos haciendo.

Jadeó ofendida. —¡Me pillaste desprevenida!

—¡Disculpa, la próxima vez que te vaya a tocar, pondré un anuncio en el periódico y así no te pillaré desprevenida! —le gritó a la cara.

—¡No va haber una próxima vez!

Se miraron a los ojos con furia antes de tirarse el uno sobre el otro devorándose mutuamente. Abrazó su cuello desesperada por volver a sentir sus labios mientras él la sujetaba por la cintura. Sus manos se metieron por la cinturilla de sus vaqueros y ella gritó de placer cuando amasó sus nalgas pegándola a su sexo endurecido. El fuego la recorrió de arriba abajo y en ese

momento ya le daba todo igual. Deseando tocar su piel, tiró de su camiseta hacia arriba y él apartó su boca para quitársela antes de volver a besarla cogiéndola en brazos y tumbándola de nuevo. Parker apartó su boca y agachó la cabeza para atrapar su pezón entre sus labios. Fue como si la traspasara un rayo y se estremeció con fuerza entrelazando los dedos entre sus cabellos pegándole a su pecho. Él se apartó besando su vientre hasta llegar a su ombligo, mientras le desabrochaba los pantalones. Ni se dio cuenta de que se los quitaba abrumada de sensaciones y se aferró a él cuando se tumbó sobre ella. Suspiró al sentir que entraba en su ser lentamente y se miraron a los ojos cuando llegó a la barrera de su virginidad. Parker movió la cadera con fuerza y ella gritó arqueando su cuello hacia atrás por la presión que sentía. Él susurró contra su cuello —Estás muy estrecha, nena. Espera.

Totalmente espabilada le miró a los ojos. —Esto no se te da muy bien, ¿verdad? Es una pena con lo bien que habías empezado.

Parker reprimió la risa apoyando la frente en su hombro. —Todavía no he terminado.

—Ya, claro. —Miró al cielo pensando que le había cortado todo el rollo. —Tampoco esperaba que la primera vez me gustara, así que... —Él movió sus caderas y abrió los ojos como platos.

—¿Mejor?

—Prueba otra vez —dijo sin aliento.

Él besó su labio inferior y Muriel entró en su boca haciéndole gemir. Movi6 sus caderas lentamente, pero ella gritó pidiendo más y ya no pudo controlarse. La embisti6 con fuerza una y otra vez, mientras Muriel sentía como se tensaba cada músculo de su cuerpo, hasta que con un último empujón se estremeci6 entre sus brazos sintiendo que jamás sería la misma.

Con la respiración agitada, él apoy6 la frente en su hombro intentando recuperarse y cuando levant6 la cara, Muriel que todavía estaba atontada, sintió como se tensaba. —¡Joder!

Se levant6 de golpe subiéndose los pantalones y la vio medio desnuda tumbada en el suelo. —¡Vístete!

Muriel no entendía nada. Se comportaba como si ella le hubiera violado o algo así. Se cubri6 con la camisa sentándose y vio cómo se volvía pasándose la mano por su pelo negro como si no soportara mirarla. Entonces fue consciente de lo que habían hecho y a toda prisa se puso los pantalones, metiéndose las bragas en el bolsillo trasero del pantalón antes de calzarse las botas. Se estaba abrochando los corchetes de la camisa, cuando él se volvió mirándola muy serio. —Muy bien. Ahora sí que nos casamos.

—¡No necesito que te sacrifiques por mí! —Furiosa fue hasta Huracán que esperaba pastando y cogió las riendas.

—Yo no quería esto, pero no voy a eludir mi responsabilidad. ¿Y si te quedas embarazada?

—¡Mala suerte! —Se subió a su caballo y tiró de las riendas para girarlo.

—¡Si se te está pasando por la cabeza que no me voy a presentar a la boda, es que estás loca! ¡Ya puedes quemar el maldito rancho!

—¿Por qué haces esto? ¡Quieres casarte conmigo tanto como yo contigo!

Parker apretó los puños. —¿Estás rompiendo el compromiso?

—¡Sigue soñando!

—¡No hay quien te entienda! ¡Estás loca!

—¡Serás tú el que rompa el compromiso! ¡Yo hice una broma y tú nos has metido en esto! ¡Tú te has burlado de mí mil veces y nunca he hecho algo así!

—Porque no tuviste la oportunidad y yo soy más listo.

—¡Pues si eres tan listo, ya puedes ir pensando en cómo vas a decir que no te casas conmigo! ¡Y lo dirás tú!

—¡Y una mierda! ¡Retrátate tú si quieres!

—¡Me pones de los nervios! —Hincó sus talones frustrada volviendo a casa. Mierda, ahora sí que había metido la pata. Encima ahora se empeñaba

en casarse con ella. ¡Estaba mal de la cabeza! ¡Si no se soportaban! Vale que el sexo había sido la leche, pero eso no era lo más importante. Lo importante es que le había hecho mucho daño y que no se lo iba a perdonar jamás.

Capítulo 3

Como no podía repelerle destrozando sus posesiones, se sentía impotente. Así que la única manera de que él la rechazara ante todos, era humillarle tanto que no se le ocurriera aparecer por su rancho en diez días. La dichosa cuenta atrás la estaba poniendo de los nervios. Mientras tanto, también se encargaba de los detalles de la boda y estaba haciendo lo que su amiga y ella siempre habían soñado.

Estaban en la floristería escogiendo las flores, cuando vio pasar a Parker hablando con la morena de la Iglesia.

—¿Qué te parecen estas? —Cuando Jacinta se volvió, vio salir la falda de su vestido amarillo de la tienda. —¿Muriel...?

Furiosa se acercó a la morena y la cogió por la melena tirándola al suelo, dejando a Parker de piedra. —¡Zorra! ¿Qué haces con mi hombre?

—¡Muriel!

La chica chilló cuando se tiró sobre ella y Parker intentó cogerla por la cintura, pero se le escapó tirándose sobre la morena otra vez. —¿Crees que voy a dejar que me dejes en ridículo, zorra?

—¡Es la sobrina del padre Haise! ¡La estaba llevando hasta un local que quiere alquilar!

Sentada a horcajadas sobre su víctima le gritó —¡Aléjate de él o te despellejo viva!

Jacinta la miraba atónita, al igual que la mitad de los tenderos de la zona y se levantó como si nada antes de volverse hacia Parker, apartándose sus rizos rubios y estirando el vestido amarillo que llevaba. Puso las manos en jarras y levantó una ceja esperando su reacción. Él entrecerró los ojos dando un paso hacia ella. —Preciosa, ¿se te está yendo la cabeza con la boda?

—Últimamente estoy de los nervios y soy impredecible. —Miró a la chica aun en el suelo y chasqueó la lengua. —Tampoco te he pegado tan fuerte. ¡Levanta de una vez!

Asustada se levantó antes de salir corriendo en dirección contraria. —
¿Ves cómo está bien?

—¡Estás mal de la cabeza! —le gritó a la cara.

—Pues acabo de empezar.

La cogió de la muñeca metiéndola en un callejón para tener intimidad, pero la gente no se cortó en seguirles. —¡Largo de aquí! —gritó furioso antes de mirarla—. Te lo advierto, vuelve a hacer algo así y...

—¿Qué? —Levantó la barbilla retándole. —¿Me vas a dejar?

—Serás bruja. —La miró fijamente y sonrió. —Yo también puedo jugar a esto, nena.

—¿No me digas?

—¿Quieres humillarme? ¿Que sienta tanta vergüenza que te deje? ¿Te recuerdo el día que me diste la cinta? —Muriel palideció. —¿Quieres que algo así ocurra de nuevo?

—Tenía quince años. Ahora sé defenderme.

—No me retes más. ¡Si quieres romper el compromiso, sé una mujer y da la cara en lugar de comportarte como una niña mimada! ¡Tú me retaste en la Iglesia y lo vio todo el mundo! ¡Si no quieres casarte, dilo de una vez! —Al ver que no decía nada siseó —No he respondido a tus ataques, pero esto ya es demasiado. Si sigues así, me llevarás a tomar medidas extremas y no quiero hacerte daño. ¿Quieres romper el compromiso?

—¡No! ¿Y tú?

Gruñó girándose y dejándola allí sola. Algo en la boca del estómago empezó a molestarla. Malditos remordimientos.

Decidió estarse tranquilita hasta la carrera. Ahí le daría el mazazo final. El domingo de la gran fiesta se subió al carro de su padre, sentándose sobre el asiento de cuero granate al lado de Wendy, que gruñó cuando vio los vaqueros y la camisa blanca que llevaba. —¿Cuánto tiempo vas a seguir con esto?

—¡Hasta que se arrepienta de haber pedido mi mano ante todo el pueblo! ¿Cuántas veces tengo que explicártelo?

—Pues bien que te acuestas con él.

Asombrada la miró. —¿Y tú cómo lo sabes?

Wendy carraspeó al ver salir a su padre de la casa poniéndose su sombrero, mientras volvía a echarle la bronca a su hijo que tenía resaca. — Vas a hacer una carrera penosa.

—¿Y qué más da, si todo el mundo va a ver a Muriel y a su prometido?

—Muy gracioso, Kev —dijo ella molesta.

—¿Sabes que la tía Maddy ha tenido que comprar cintas? Al parecer se le han acabado.

—Sí, hoy te has levantado muy gracioso. Debe ser la cerveza que aun

corre por tus venas.

Eso hizo gruñir a su padre, que se subió a la parte delantera del carro.

—Vamos a pasarlo bien, ¿de acuerdo? —ordenó Wendy mirándola de reojo—. ¡Y tú cuando termines esa estúpida carrera, espero que elijas al que va a ser tu marido!

—Sí, ya. —Se acercó y le susurró —¿Cómo lo sabes?

—Lo sé todo —siseó—. ¡Como sé que estás loca por él desde los quince años!

—Tú sí que estás loca.

—Eres exasperante.

—Gracias. —Sonrió de oreja a oreja.

Cuando llegaron, ya estaba allí su caballo. Henry se estaba encargando de bajarlo del remolque y se acercó a él para acariciar su cuello. —¿Cómo está mi pequeño?

—Algo inquieto. Ha golpeado la puerta dos veces. —Henry se pasó la mano por la barbilla. —Algo muy raro en él, que solo demuestra nervio con el jinete encima.

—Se calmará mientras dura la misa. —Algo nerviosa miró a su alrededor. —¿Hay más gente o me lo parece a mí?

—No, no te lo parece. ¿Qué esperabas después de tu anuncio? Seguro

que el dueño del bar te lo agradece.

—Espero que me invite a una cerveza por lo menos.

Henry se echó a reír mientras se alejaba para hablar con Jacinta sobre la boda. Vestida de blanco se acercó a ella antes de que llegara y la apartó de la gente que entraba en la Iglesia. —¿Qué ocurre?

—Se va a montar. Te lo aviso. Varios camorristas de Greenville han venido con un montón de cintas y buscan bronca.

—¿De verdad? —Sonrió de oreja a oreja. —Es una noticia estupenda.

Su amiga la siguió hasta la Iglesia. —Eres muy cabezota. Nos van a estropear el día.

—¿Te has probado el vestido?

—¿Y tú?

Se detuvo por la ironía de su voz. —¡No lo voy a necesitar! ¡No seas pesada!

Entraron saludando distraídamente a sus conocidos. —Esto va a acabar fatal. Lo veo.

—¿Ahora eres pitonisa?

Su amiga vio como miraba a Parker, que estaba sentándose en el banco al lado de su madre. —¡Estás coladísima por él y vas a perder la oportunidad de cazarle!

—¡No quiero cazarle! —Varios las miraron y Muriel forzó una sonrisa antes de susurrar —No quiero cazarle.

—Pues si le odias tanto y solo quieres hacerle la vida imposible, la mejor manera de conseguirlo es casándote con él. Dos años soportando tu carácter y se tira por un puente.

—¡Oye! —Indignada puso los brazos en jarras. —Menuda amiga estás hecha.

Jacinta soltó una risita antes de ir hacia el banco donde estaba su familia y su novio. Pensó en ello seriamente mientras iba hacia la suya. Parker puso los ojos en blanco cuando vio su vestimenta y ella le lanzó un beso con la mano.

Se sentó al lado de su padre, que se frotaba las manos sonriendo de oreja a oreja. —Va a ser un día estupendo. Espero que ganes.

—Haré lo que pueda.

—Larry, no deberías animarla —le reprendió Wendy molesta—. ¡Tengamos la fiesta en paz!

Su padre la miró inocente. —Sí, hija. Tengamos la fiesta en paz. —Se acercó a su oído. —Machácale.

Se rió por lo bajo y al mirar hacia el banco de Parker, vio cómo su madre hablaba con él muy seria mientras su prometido asentía. La actitud de

su madre la sorprendía un poco. Debería comportarse como su padre, pero estaba de lo más animada con la boda. Igual era la única alegría que había tenido después del fallecimiento de su marido, pero no era como para estar tan contenta, pues había sido una pedida totalmente forzada y todo el mundo lo sabía.

Se miró la mano. El anillo de pedida había pertenecido a la bisabuela Montgomery y había pasado de una prometida a otra a lo largo de los años. Entrecerró los ojos viendo su esmeralda central en forma rectangular y los grabados que había en el oro alrededor de la piedra. En algún sitio estaba algo desgastado pero lo importante era lo que significaba, que sería una Montgomery. Que la madre de Parker, que nunca se lo había quitado, se lo quitara en la iglesia sin protestar por hacer esa pantomima, cuando era tan importante para ella, la empezó a inquietar. Se quedó sentada mirando el anillo sin darse cuenta de que se levantaba todo el mundo por la entrada del Padre Haise. El cura levantó una ceja mirándola, provocando que todo el mundo volviera la vista hacia ella y su hermano le dio un toque en el hombro. Sorprendida levantó la cabeza y se incorporó de golpe. —Ah, ya está aquí.

—Siento haberte hecho esperar, Muriel. Espero verte tan impaciente el próximo sábado.

Varios rieron a su alrededor y ella contestó con descaro —Por supuesto, jefe. —Se giró y le guiñó un ojo a Parker.

Su madre sonrió encantada y miró a Parker interrogante. Él se hizo el loco antes de girarse al Padre Haise, que empezó la misa. Estaban cantando mientras se bendecía el pan y el vino, cuando una niñita se escapó de su madre corriendo hasta ella por el pasillo. Se agachó para susurrarle que regresara cuando le dio una cinta rosa. —¿Ganarás?

Se sonrojó al ver que el cura la miraba. —Lo intentaré, ¿vale? Ahora vuelve con mamá.

—Tienes que ganar por todas las que no han podido participar. Eso dice mamá.

Sonrió acariciando su cabello rubio. —Haré lo que pueda. —Cogió la cinta de sus manos y la niña salió corriendo muy contenta. Miró al cura y se encogió de hombros. No estaba nada contento y supo que en cuanto terminara la canción, le iba a soltar una pulla.

Se equivocó. La pulla se la soltó al final de la misa, cuando ella ya se creía a salvo.

—Queridos hermanos... Quiero compartir con vosotros ciertas impresiones que me inquietan, pues veo a mi alrededor como ciertos feligreses no se toman en serio una institución tan importante como es el matrimonio. ¡El matrimonio! ¡La base de nuestra sociedad cristiana! ¡Los pilares en los que se apoya nuestra iglesia! —Muriel se sonrojó ligeramente

cuando levantó el dedo hacia el cielo. —¡Y a nuestro señor no le gustaría la burla y el escarnio que se le está haciendo a todo lo que representa! ¡El amor y el sacrificio en lo bueno y en lo malo, hasta que la muerte separe a los cónyuges! ¿Qué es esto de poner anuncios en el periódico retando a encontrar un marido mejor? ¿Qué burla es esta? —Su padre carraspeó a su lado. — ¡Una burla a una sagrada tradición, que no pienso tolerar!

Parker la miró como si quisiera cargársela y entonces se le pasó una idea por la cabeza. Sus ojos verdes brillaron cuando sonrió y Parker se tensó. ¡Haría que el cura anulara la boda! ¡Si él se negaba a casarles, estaba salvada!

—¿Y qué es eso de que el novio rete a todo el que quiera competir contra él? ¿Es que estamos todos locos? ¡La carrera de caballos es una antigua y bonita tradición inocente que se ha convertido en algo dantesco! ¡Y no lo digo porque una mujer vaya a participar! ¡Si me hubieran preguntado hace años, hubiera estado de acuerdo, pero como una manera de demostrar a la persona que amas que te importa y que quieres estar con él! ¡No como una manera de ridiculizar al hombre que te ha puesto un anillo en el dedo! ¿Eso es amor? ¡No! ¡Allá vosotros con vuestra conciencia, pero como participes en esa carrera, me demostrarás que no quieres estar con Parker Montgomery y no os casaré el sábado!

—¡Padre! —exclamó la madre de su prometido indignada—. ¡No puede meterse en eso! Son especiales y...

Todos se echaron a reír y eso no le gustó a Muriel, que entrecerró los ojos dando un paso al frente. Su padre gimió por lo bajo antes de escucharla decir —¿De qué os reis? ¡Lo que hagamos Parker y yo, es asunto nuestro! ¡No tenéis que meter la nariz donde nadie os llama! —El cura la miró indignado. —¡Ni siquiera usted, padre!

—¡Muriel Daniels, como participes en esa carrera, ya te estás buscando otro cura para que te case en esta pantomima!

—¡No le vi protestar el otro día cuando me ponía un anillo en el dedo! —Apretó los puños. —¿O es que me había quedado sorda con las risas que rodeaban a esa pedida de mano?

La señaló con el dedo. —¡Creía que los Daniels y los Montgomery al fin habían entrado en razón! ¡Tú verás lo que haces!

Levantó la barbilla y sonrió. —Voy a poner esta cinta en mi silla, si a su nariz entrometida no le importa.

Con la cabeza bien alta salió de la Iglesia dejándolos a todos con la boca abierta. Fue hasta su caballo y ató la cinta al pomo de la silla. Estaba concentrada en el nudo cuando escuchó —Al parecer lo has conseguido.

Se volvió para ver a Parker, que estaba realmente furioso. —¿Pero qué te pasa? He solucionado el problema y ya está. —Acarició la cinta de la niña antes de respirar hondo y volverse. —¿No era lo que querías? ¿O

hubieras esperado que fuera yo la que me retractara?

La miró como si fuera idiota. —No entiendes nada.

Se volvió dejándola con la palabra en la boca yendo hasta su caballo. Algo la inquietó. Parecía disgustado. ¿Acaso quería casarse? ¿No lo había hecho por burlarse de ella o para darle una lección? Sí, estaba claro que no entendía nada.

Sintió a alguien tras ella y se volvió para ver a su padre, que observaba a Parker con el ceño fruncido. —¿Tú entiendes algo?

—Cada vez más.

—¿Y eso qué quiere decir?

La miró a los ojos y sonrió antes de alargar la mano para acariciar su mejilla. —Sigue tu corazón, cielo.

—¿Qué? —Cuando se alejó se dijo que debía estar en otra dimensión. ¡Su padre debería estar contentísimo porque había ganado!

Al ver que la madre de Parker se acercaba con lágrimas en los ojos, se sintió fatal por haber explotado su burbuja. —Señora Montgomery, yo...

Levantó la mano para interrumpirla. —¿Sabes? Hace años vi como él se comportó contigo aquel día. Sé que te hizo daño. Pero hay que dedicar mucha energía para fastidiarse el uno al otro durante años sin que haya algo detrás. ¡Si le hubieras ignorado, si te hubiera ignorado él, sabría que este

matrimonio no tiene futuro, pero no sé si te has dado cuenta de que no podéis vivir el uno sin el otro! —La miró sorprendida. —¡Os queréis! ¡Yo lo sé y medio pueblo también! ¡Vais a tirar vuestro futuro por la borda! ¡Ninguno va a ser sincero con el otro, porque os dejáis llevar por el orgullo! —Alargó la mano. —Mi anillo, por favor.

Apretó los labios antes de mirar su mano y sacárselo de su dedo lentamente. Sintió que se arrancaba un brazo y se lo puso en la palma de la mano forzando una sonrisa. —Siento que esta situación le haya afectado. — Se miraron a los ojos. —Lo siento de verdad.

Cuando se alejó, vio cómo se limpiaba las lágrimas y no pudo sentirse peor. Sabía que estaba muy ilusionada con la boda.

—Había pedido muebles para vuestra habitación matrimonial —dijo Wendy tras ella—. Iba a decorar la que era su habitación, para que te sintieras a gusto en tu nueva casa.

Se pasó la mano por la frente. —Esto se ha salido de madre.

—Como todo lo que te ocurre desde que él pisó tu cinta. Han sido diez años de despropósitos uno tras otro. Él se sentía culpable y te fastidiaba para no demostrártelo y tú intentabas hacer que no te había hecho daño fastidiándole también. —Vio la confusión en su cara. —Ahora ya no importa. Ya no hay boda que suspender y todo ha terminado.

Se volvió hacia su caballo y ajustó la cincha, aunque sabía que Henry la había dejado perfecta, pero no sabía lo que le ocurría en ese momento. Sentía mil cosas en su pecho, pero sobre todo se sentía decepcionada. ¿Qué esperaba, que él le dijera que la quería y que sí quería casarse? Miró la cinta que le había dado la niña y la acarició en el bordado que ponía su nombre.

—Disculpe, señorita Daniels. —Se volvió sorprendida para ver un montón de hombres tras ella. A hombres que ni siquiera conocía y varios de sus vaqueros. —Le traigo mi cinta y espero que si gana, me elija para compartir mi comida. —Atónita dejó que le pusiera la cinta en la mano y uno tras otro fueron dando sus cintas. Se echó a reír cuando vio a un niño de unos siete años, que hinchó su pecho y le entregó una cinta amarilla. —¿Tú también quieres que gane para compartir tu comida?

—Mi mamá hace un pollo frito buenísimo.

—Bueno, intentaré probarlo.

Su padre se acercó pensativo mientras cogía otra cinta y miró las que ya tenía colgadas de la silla. —Son muchas.

—Sí. —Se encogió de hombros como si le diera igual y en ese momento se dio cuenta que solo le importaba una cinta que no tenía. Si él le hubiera entregado una, se hubiera sentido como si le regalaran la luna.

Su padre pareció entender y sacó algo del bolsillo del pantalón. —

Hace años vi cómo se te rompía el corazón cuando te rechazó ante todo el mundo, pero los años han pasado y vosotros habéis madurado. Lo que nunca te conté, es que cuando terminó la carrera que él no ganó porque no quiso, le vi volver a donde le habías dado la cinta y recoger esto. —Su corazón saltó en su pecho cuando vio que tenía su cinta en la mano. Estaba manchada de la tierra que aún conservaba entre sus bordados, como si su padre al no lavarla quisiera recordar todo lo que había pasado.

—¿La recogió?

—Se la arrebaté de las manos cuando intentaba ocultarla, pero siempre me arrepentí de haberlo hecho, porque ahora creo que era importante para él tenerla. Igual quieres devolvérsela. —Se miraron a los ojos. —Sin la rivalidad entre las familias, sin nada de lo que os rodea, si quieres que él tenga tu cinta, dásela.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mirándola entre sus manos. —¿Y si vuelve a rechazarme? Ahora tiene más razones.

—Puede que te lleves una sorpresa. Y si ocurre... siempre puedes cerrar página de una vez. No te has enamorado de nadie como lo has estado de él. —Emocionada le abrazó porque sabía que para él había sido difícil decir esas palabras y solo lo hacía porque la quería. —Venga, mi niña no es cobarde. Demuéstrale de la pasta que estás hecha. Y si no va como espero, nos emborracharemos.

Se echó a reír porque él jamás bebía por los excesos de su padre. Se limpió las lágrimas y se atusó el cabello. Larry sonrió acariciando su mejilla. —Estás tan preciosa como el día que tu madre me conquistó.

Tomó aire y se volvió haciéndole sonreír, viéndola aún más nerviosa que cuando tenía quince años. Wendy se puso al lado de Larry y unió las manos. —¿Se la has dado?

—Ahora a ver qué ocurre. —La miró de reojo. —Como vaya mal, vas a oírme por haberme convencido.

—Oh, cállate Larry. ¡El sábado nos vamos de boda!

Capítulo 4

Muriel muy nerviosa y con el corazón a mil por hora, se acercó a Parker que hablaba con un amigo. Le recordó tanto a aquel día diez años antes, que pensaba que le iba a dar un infarto. Parker se enderezó al ver que se acercaba. Se había quitado la chaqueta para la carrera y estaba guapísimo. Muriel forzó una sonrisa apretando la cinta metida en su puño hasta que llegó hasta él. Su amigo carraspeó antes de alejarse y se miraron a los ojos.

—Todo ha terminado. ¿Qué quieres ahora? ¿Regodearte?

—No. —Agachó la mirada sin saber cómo decírselo, así que alargó la mano y la giró lentamente antes de abrirla. A Parker se le cortó el aliento al ver la cinta azul arrugada sobre la palma de su mano. —¿Quieres llevar mi cinta? —Como no respondía, levantó la mirada insegura. Parecía que no quería cogerla y avergonzada estuvo a punto de cerrar la mano. La cogió por la muñeca y le miró a los ojos mientras cogía la cinta de su mano acariciando

la suave piel de la palma hasta llegar a su dedo.

—Supongo que no me dejarás ganar para disfrutar de tu comida —
dijo sin soltar su mano.

—No he cocinado nada, porque voy a ganar yo.

Parker se echó a reír. —Eso ya lo veremos, nena.

Se sonrojó porque por primera vez creyó que la llamaba así porque sentía algo por ella. La observó alejarse y cuando Muriel se subió al caballo vio cómo se ataba la cinta en la muñeca. Eso lo hacían los que ya estaban comprometidos y sintió un calor en su pecho que la hizo sonreír de emoción.

Su padre acarició el cuello de Huracán. —Bien, ¿sabes el recorrido?

—Salimos del pueblo y atravesamos las tierras de Parker para volver.

—Este recorrido es nuevo y puede que alguno se despiste. No sigas a cualquiera si pierdes de vista a Parker, porque puede llevarte fuera de la carrera.

—No voy a perder a Parker. —Cogió las riendas haciéndole sonreír.

—Adelántale en el último tramo.

—¿Cómo sabes que no le voy a dejar ganar?

—Porque conozco a mi hija.

Se acercó a la línea de salida saludando a quienes la animaban a

ganar. Sobre todo las mujeres, que estaban encantadas de que participara una de las suyas. Ya en línea, vio que Parker se colocaba a su lado deteniendo a Tornado, que estaba muy nervioso. Eso alteró bastante a su montura y apretó las rodillas para controlarle. —Nena, ten cuidado. Sabes que siempre hay algún accidente y hoy hay mucha gente de fuera.

—Cuida tu trasero.

—Eso es lo único que verás en toda la carrera.

Se echó a reír mirando sus ojos azules. —No estés tan seguro.

—Contigo no puedo estar seguro de nada. —La miró como si quisiera devorarla y ella se sonrojó haciéndole reír. —¿Si ganas a quién vas a elegir?

—Todavía no lo he decidido. —El alcalde ya se estaba colocando en el estrado con la pistola en la mano. —¡Y no me distraigas!

—Así que te distraigo. —La cogió por la nuca pillándola desprevenida y le dio un beso que le robó el aliento. Ni siquiera se dio cuenta de que se separaba antes de que el disparo hiciera que todos salieran a galope.

Su padre puso los ojos en blanco al ver que miraba al frente y jadeaba de indignación gritando —¡Parker, juegas sucio! —Hincó los talones mientras medio pueblo se reía. No pasaba nada. Todavía quedaban muchas millas de carrera. Huracán iba a buen ritmo y adelantó a varios participantes antes de rodear el pueblo. Masculló por lo bajo al ver que iba el primero.

Tendría cara.

Al adelantar a otro, este gritó —¡Muriel, no te va a dejar ganar!

Ella volvió la cabeza para ver que era Kevin y le sacó la lengua haciéndole reír. Y como a partir de ese momento era todo recto, corrió a rienda suelta dejando que Huracán galopara todo lo que pudiera. Su caballo no la defraudó y antes de darse cuenta ya estaba en tercera posición. Ya veían el pozo de agua que indicaba la mitad de la carrera y cuando Parker lo rodeó, los cuartos traseros de Tornado resbalaron en el suelo de tierra casi desmontándolo, pero se recuperó rápidamente para continuar su carrera. Agitó las riendas con fuerza y Tornado se lanzó a galope de nuevo. Fueron apenas dos segundos, pero perdió una posición haciéndola reír. Cuando dio la vuelta al pozo, él miró hacia atrás y Muriel se dio cuenta que quería comprobar que no había caído en la curva. Sonrió azuzando a su caballo llegando a sus cuartos traseros. —¡Eres un tramposo! —gritó ella haciéndole reír.

El caballo del que iba en primera posición empezó a cansarse y los dos vieron cómo se iba a quedar atrás. Le adelantaron uno por cada lado antes de entrar en el pueblo de nuevo. Varios echaron a correr para atravesar el pueblo gritando que iban los primeros. Estaban a punto de pasar la iglesia y entrar en la recta final, cuando Parker dio la vuelta a la curva mientras el público le jaleaba. Ella le seguía de cerca, pero un adolescente se puso en su

camino de espaldas a ella animando a Parker y Muriel gritó tirando de las riendas de Huracán para esquivarlo. Su caballo resbaló sobre el asfalto y perdió el equilibrio cayendo de costado. Fue como si le arrancaran la pierna de cuajo. Huracán se levantó y la gente gritó horrorizada al ver que su pierna rota aún tenía la bota enganchada en el estribo. Eso puso a Huracán nervioso, que se levantó sobre las patas traseras asustado arrastrándola con él. Parker subido a su caballo, cogió sus riendas con fuerza deteniéndole cuando Larry aterrorizado llegó corriendo hasta su hija, sacando su pie del estribo. Se arrodilló a su lado y muerta de dolor sonrió a su padre. —Estoy bien. ¿Huracán está bien? —Intentó levantar la cabeza para ver a su caballo.

Cosa que no pudo hacer porque Parker se arrodilló a su lado sujetándola por la frente. —No te muevas, nena. Ha sido una buena caída.

—Mierda, Wendy me va a matar por fastidiarle el día.

Parker miró a su alrededor. —¿Dónde está el médico? —gritó fuera de sí.

En ese momento apareció el doctor Mitchell y gritó a su enfermero — ¡Trae la tabla y la camilla! ¡Tenemos que llevarla a Austin!

—¿A Austin? —preguntó sorprendida—. ¿Por qué?

—Nena, tienes una fractura un poco fea.

Intentó mirar, pero él no la dejó. Se miraron a los ojos y ahí sí que se

puso nerviosa. —¿Cómo de fea?

—Nada que el doctor no pueda arreglar. —Le acarició el cabello mirando hacia abajo, pero parecía que no soportaba mirarla. Su padre resistía las lágrimas apretándole la mano. Estaba realmente asustado.

—¿El chico está bien?

—Estará peor cuando le ponga las manos encima —siseó Parker antes de forzar una sonrisa. En ese momento llegó la madre de Parker, que gritó tapándose la boca antes de mirar a su hijo con horror.

—Estoy bien. —Forzó una sonrisa.

El doctor estaba arrodillado al lado de su pierna. —Tiene al menos dos fracturas. —Forzó una sonrisa. —¿Te duele?

—No —mintió para no preocupar a nadie más.

—¡No le mientas al doctor! —le gritó Parker sorprendiéndola.

—¡Vale, pues me duele!

Parker se tuvo que apartar para que le pusieran el collarín y una tabla debajo de la espalda. Antes de darse cuenta estaba en una camilla pálida de dolores porque habían tocado su pierna varias veces.

Wendy llorando la vio pasar en la camilla y ella sonrió. —Te he fastidiado el día.

—Mi niña... —Larry le dijo algo al oído y asintió intentando parecer

más fuerte.

La pierna debía tener una pinta horrible. La subieron en la ambulancia. —¿Papá?

—Parker irá contigo. Yo tengo que ir a por la camioneta a casa y Wendy tiene que recoger lo que necesites. Te veremos allí.

Parker se sentó al lado de su cabeza y le acarició sus rizos rubios. —
¿Me van a operar?

—Seguramente. —Miró al médico que asintió y Parker forzó una sonrisa. —Te operarán.

—Vaya, ahora no te comerás mi comida.

—Ah, ¿pero habías preparado algo?

—No. Pero algo le robaría a Wendy. Su tarta de manzana es la mejor del estado. —Un estremecimiento la recorrió provocando que se le fuera todo el color de la cara.

Él la besó en la frente. —Casi me ganas.

—Sí. —Se miraron a los ojos. —Uff, la boda de Jacinta. Ahora sí que me mata.

—¿No pensarás dejarme plantado en el altar?

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Dijiste que te casarías conmigo. ¿Te estás retractando?

—Pero el Padre...

—Era entre tú y yo. ¿Te echas atrás, Daniels?

Ella sonrió. —¿Y tú Montgomery?

—Sabes que no nos damos por vencidos.

—¿Me vas a hacer arrastrarme hasta el altar con la pierna así?

¡Retrátate tú!

—Sí, claro.

Muriel se echó a reír gimiendo cuando un dolor le recorrió la espalda.

—No sé si estará para bodas el sábado, Parker —dijo el doctor divertido.

—Claro que sí. Muriel siempre cumple su palabra. ¿Verdad, nena?

—Eso espero. —Sintió que los dolores la abandonaban y sonrió encantada.

—La medicación ya hace efecto. Es muy fuerte, así que estará en las nubes un rato.

Él asintió sin dejar de acariciar su cabello.

Sonrió moviendo la cara como si buscara su contacto y Parker entrecerró los ojos. —Nena...

—¿Sí?

—Estás preciosa.

Soltó una risita como si estuviera borracha y atónito miró al doctor.

—Te dije que era fuerte.

Se volvió hacia ella y le acarició la mejilla. —Nena, cuando tenías quince años...

—¿Uhhh?

—¿Me diste la cinta para dejarme en evidencia? ¿Querías burlarte de mí?

—No. —Perdió la sonrisa de golpe. —¡Tú te burlaste de mí! Trabajé tanto...

—¿De verdad?

—Un montón de noches para hacer las puntadas perfectas. Nueve cintas y la tiras como si no valiera nada. —Sus ojos se llenaron de lágrimas tensándole. —No te daré más cintas.

—Me has dado una, ¿recuerdas? Hoy.

—Ah, pero esa ya era tuya. —Cerró los ojos y una lágrima cayó por su sien. Él se la limpió con cuidado.

—Sí, era mía. ¿Te la dio tu padre?

Sonrió al hablar de su padre. —Me quiere.

—¿Tanto como para olvidar lo que te hice?

—Sí.

—Porque me quieres y conmigo serás feliz.

El médico rió por lo bajo y Parker le advirtió con la mirada antes de insistir a Muriel. —¿Me quieres, preciosa?

Miró a un lado y al otro antes de mirarle a la cara. —¿Nos escucha alguien? —susurró.

—¡No! —respondió cómplice—. Puedes decírmelo.

—¿El qué?

—¿Me quieres o no? —preguntó alterándose.

—¿Ahora?

—¡Sí, ahora!

—No sé.

El médico se echó a reír a carcajadas y Parker siseó —¿Puedes meterte en lo tuyo?

—Lo intento, pero es irresistible. Estoy pensando en pedirle una cita.

—¡Sigue soñando! —Se volvió hacia Muriel, que sonreía medio atontada y la besó suavemente en los labios.

Ella suspiró encantada y Parker susurró —¿Por qué me diste la cinta?

—Eras tan guapo... tan... guapo.

—¿Y qué más?

—No te conocía, porque eras idiota.

El doctor se partía de la risa. Ignorándole preguntó de nuevo —¿Y hoy por qué me diste la cinta?

—Oh. Dicen que llevo enamorada de ti toda la vida.

Eso le tensó. —¿Quién lo dice?

—Todos. Tendrán razón, digo yo.

—¿Así que me diste la cinta por lo que dicen los demás?

—Sí. —Le miró a los ojos. —¿Me haces lo del otro día?

Parker carraspeó. —¿El qué, nena?

—Eso... Hazme el amor.

—Menos mal que te casas el sábado, sino tendría que reparar el agujero que Daniels te haría en el pecho.

—¡Cierra la boca!

—¡Vale, no me hagas el amor! —dijo ella indignada—. Ya se lo pediré a otro.

—Más quisieras —siseó antes de besarla en los labios de nuevo

suavemente haciéndola disfrutar—. Así que me quieres.

—No sé. Antes sí.

—¡Y ahora no!

—Me gustas.

—Bueno, algo es algo.

Ella sonrió. —¿Y yo te gusto a ti?

—Sí, nena. Me gustas mucho.

—No me duele nada —dijo con los ojos como platos—. ¿Ya no tengo la pierna rota?

Parker hizo una mueca. —Solo un poco.

—Vaya. Pero podré subirme a caballo.

—Durante unos días no.

Le cogió la mano asustada. —Huracán está bien, ¿verdad?

—Sí, está bien.

Soltó una risita maliciosa. —¿Te gusta el nombre?

—Ya sé que se lo pusiste para fastidiarme. Pero me dio igual.

—Mentiroso. Te molestó porque decías que Tornado era el mejor caballo de la zona.

—Y lo es. Te estaba ganando, ¿recuerdas?

—¡Porque eres un tramposo!

—Chicos, estamos llegando. —Ella acarició la cinta de su muñeca sin darse cuenta y se le cerraron los ojos quedándose dormida. Parker miró al médico asustado. —Tranquilo, es la medicación.

—¿No te habrás pasado?

—¿Y que me pegues un tiro?

—Muy gracioso.

Para su alivio, Muriel se despertó cuando la bajaron de la ambulancia. Intentó mirar a su alrededor buscando a Parker, pero solo veía personal sanitario que no hacían más que hablar de su estado como si ella no escuchara nada. El traumatólogo apareció con las placas y le dio la noticia. —Vamos a abreviar, porque en la sala de espera hay tanta gente que voy a tener que llamar a seguridad.

—¿No me diga? ¿No quería abreviar?

—Tienes fracturado la tibia y el peroné. —Le enseñó la radiografía. —Una fractura exterior aquí, cerca de la rodilla y otra en el tobillo. Supongo que la presión del caballo al caer los hizo romper. Has tenido mucha suerte de que no fuera más grave y los huesos no parecen astillados. Solo hay que enderezarlos. Tenía peor pinta de lo que parecía.

—¿Me tendrán que operar?

—Esa es la buena noticia. Lo he consultado con mis colegas y creemos que es suficiente con una escayola desde la ingle hacia abajo. Tengo que asegurarme de que no mueves esa rodilla.

Se apoyó en sus antebrazos parpadeando antes de mirarle fijamente. —¿Está seguro? ¡Mire que si me quedo coja, me voy a cabrear! Usted si tiene que operar, opere sin miedo.

El doctor retuvo la risa. —No te vas a quedar coja. ¿Crees que podría enfrentarme a todos los que hay fuera? No soy tan valiente.

—Sí, disparan muy bien.

Él se echó a reír. —No lo dudo. Sobre lo demás, estás bien. Tendrás dolores por supuesto, pero nada que no se pueda arreglar con antiinflamatorios y reposo.

—Uff, es un alivio. ¿Puedo montar a caballo?

—Nada de apoyar el pie en un mes. —Al ver su cara dijo muy serio —¡Nada de apoyar el pie! Y después necesitarás rehabilitación. Ahora vendré a arreglar este estropicio. —Salió de la consulta exasperado.

—¿Está seguro? —gritó a la puerta.

Su padre y Parker entraron en la sala. Su padre estaba muy contento. —No tienen que operarte.

—Soy más dura de lo que parezco.

—Eso ya lo sé. —La besó en la frente y pudo ver que todavía tenía el miedo en el cuerpo.

—Una escayola y listo. —Miró a Parker y él sonrió. —Al parecer no os libráis de mí.

—Ni un caballo puede contigo. —Se cruzó de brazos. —Lo que no sé es qué hará tu padre contigo unas semanas en casa sin salir a trabajar.

—Algo podré hacer... —Ambos negaron con la cabeza.

—Hija, no te van a operar y es una noticia buenísima, pero no podrás apoyar el pie en unas semanas. Ni con muletas. Tendrás la pierna recta y necesitas silla de ruedas.

—¡No fastidies! ¡Cómo una vieja!

¿Cómo iba a ir así hasta el altar? Miró a Parker de reojo, que la observó con desconfianza. —Nena...

—¡Estoy lesionada! ¡Lo entendería todo el mundo!

—¡Muriel, ni se te ocurra!

—Creo que antes de casaros, deberíais tomaros un tiempo —dijo su padre mirándole con desconfianza—. Al fin y al cabo, esto de la boda empezó como una broma y miraros ahora.

—¡Así que os echáis atrás aprovechando esto! —Ella se quedó impresionada porque hablaba en serio.

El doctor entró con dos médicos más jóvenes. —Deben irse. Vamos a enderezar esa pierna.

—Yo me quedo —dijeron los dos a la vez cruzándose de brazos.

Pareció dudar, pero al verles las caras se encogió de hombros. Parker se puso en la cabecera tras su camilla y ella levantó la cabeza para mirarle. —Solo es un mes.

—¡Ni un mes ni nada! ¡Si te vas a echar atrás, dímelo ya! La pierna no impide que digas sí quiero. Eso sí convengo al cura de que nos case, claro.

—Ah, entonces no hay problema. Seguro que dirá que no. —Sonrió radiante antes de gritar de la sorpresa al sentir el tirón en la pierna. —Será hijo de...

—¡Hija!

—¡La madre que le parió! —gritó sin poder contenerse—. ¡Esto se avisa!

—Vaya boquita que tiene la rubia —dijo uno de los médicos divertido.

Se apoyó en sus antebrazos furiosa para mirarle. —¡Te diría cuatro cosas, sádico de mierda, pero estoy discutiendo con mi prometido! —Se dejó caer en la camilla y miró a Parker. —¡Me casaré cuando me dé la gana!

—¡Si el sábado no llevas puesto el vestido de novia, no cuentas

conmigo!

—¡Entonces me casaré con otro! —dijo fuera de sí con rabia—. ¡Ya has visto que tenía cintas de sobra!

Parker apretó los labios y salió de allí dando un portazo. Muriel se quedó de piedra mirando la puerta. ¿Qué acababa de ocurrir?

—¡Por eso no quiero a nadie con los pacientes! ¡Están pasando por un mal momento y pueden decir algo que no sienten!

—Se le pasará. —Su padre cogió su mano forzando una sonrisa, pero ambos sabían que su relación era tan frágil que aquello no era bueno. No era nada bueno. Por Dios, si solo había cogido la cinta y por eso habían pensado en casarse. ¿Es que estaban locos? ¡Todo había empezado como un reto entre ambos, a ver quién se echaba atrás y esa misma mañana solo pensaba en deshacerse de él!

Miró a su padre a los ojos y ni se dio cuenta de que una lágrima corría por su mejilla. —¿A que soy tonta? Me había hecho ilusiones otra vez.

—Mi niña... Y tienes razones. Se quiere casar. Le importas.

—Si le importara, no se hubiera ido.

Capítulo 5

Sentada en su silla de ruedas en el porche, supervisaba los preparativos de la boda de Jacinta, que se estaba probando el vestido de novia en casa de su tía. Parker no había ido a verla en tres días y estaba claro que le importaba una mierda. Se sentía todavía peor que con quince años.

Vio llegar la camioneta de su hermano que había ido a recoger los manteles al pueblo. Mierda, encima no podía hacer nada para distraerse. Kevin se bajó de la camioneta. —Hecho.

—Ponlos en el salón, ¿quieres? —dijo mirando las cajas de cartón.

—A sus órdenes.

Gruñó apoyando el codo en la silla y Wendy salió con un vaso de té helado en la mano. —Bebé esto. Hace mucho calor.

Kevin subió los escalones con una caja en las manos. —¿Y para mí

no hay?

—¿Te pasa algo en las piernas? —Su hermano se echó a reír entrando en la casa y salió enseguida para quitarle el vaso de las manos y bebérselo hasta la mitad. Wendy jadeó indignada. —¿Espera que te coja, Kevin Daniels!

Su hermano le tendió el vaso y ella le miró sin atreverse a preguntar. Kevin pareció entender y se sentó en la barandilla del porche. —He visto al padre Haise.

—¿De verdad?

—Sí, no sabe si va a haber una boda o dos y no sabía qué contestar.

—¿Crees que me voy a casar con un hombre que no me quiere? No estoy tan loca.

—¿Se lo has preguntado? Si te quiere, digo.

—Es obvio que no, si ni siquiera ha venido a verme.

Kevin apretó los labios mirando a su alrededor. —No se ha quitado la cinta de la muñeca.

A Muriel se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Se rumorea por el pueblo que aún la tiene en la muñeca. Yo no lo he visto, pero...

—No hablas en serio. ¿Espera que me case el sábado? —Él hizo una

mueca. —¡Tiene que ser una broma!

—Tú le diste la cinta.

—¡Sí! ¿Y dónde está él? ¿Eh? ¿Dónde está? Porque no le veo por aquí preguntando cómo estoy.

—No esperarías que siendo como es, viniera para que le digas a la cara que no te casas el sábado.

—¡Ya sabe que no me voy a casar!

—Según tengo entendido, esas palabras no salieron de tu boca. Dijiste que...

—¡Ya sé lo que dije!

—¿Quieres saber lo que dijo él cuándo salía del hospital?

—Ilumíname. —Kevin se echó a reír. —¿Quieres soltarlo de una vez?

—Estás un poco irascible. ¿No?

—¡Serás idiota! —gritó agresiva—. ¿Qué dijo?

—Que no tenías palabra como todos los Daniels.

Eso sí que la puso frenética y su hermano bajó los escalones para seguir recogiendo las cajas.

—Que no tengo palabra —siseó con ganas de matar a alguien. Si le tuviera delante en ese momento, le pegaba un tiro. Si encontrara la pistola.

Pensando en lo que le había dicho su hermano, apretó los puños. No se podía creer que él se presentara el sábado con intención de que ella dijera sí quiero. Aunque no sabía de qué se extrañaba, porque le había dicho claramente que el sábado tenía que estar vestida de novia o no contara con él.

Esa relación necesitaba diálogo, eso estaba claro. Pensando en ello, se sorprendió por lo que le pasaba por la cabeza. ¿Qué relación? ¡Si solo se habían tirado los trastos a la cabeza en todos esos años! ¡Si ni siquiera habían tenido una cita! Se estaba volviendo loca.

Bueno, si algo tenía claro, era que no se iba a casar el sábado. ¡Con un hombre que no la visitaba cuando estaba lisiada, ni hablar! Había cogido su cinta, pero eso no significaba que pudiera hacer lo que le diera la gana. ¡O se comportaba como el novio que debía ser o no se casaba! Así de simple.

Levantó la barbilla y decidió llamarle por teléfono. Iba a dejar las cosas claritas desde ya.

Empujó su silla hasta la cocina y estiró el brazo para descolgar el teléfono que estaba en la pared al lado de la puerta. Wendy disimulando siguió cortando las zanahorias que iba a cocinar para la cena. Marcó el número del rancho Montgomery. Mirando a su ama de llaves de reojo, se puso el teléfono al oído apoyándolo en el hombro y empujó la silla fuera de la cocina todo lo que pudo. Al quinto tono pensó si colgar, cuando respondieron —Rancho Montgomery. Al habla Julie.

—Hola, soy Muriel.

Su supuesta suegra se quedó algo sorprendida, pero al final reaccionó.

—¿Cómo estás, niña? Te iba a ir a ver, pero Parker...

—¿No la ha dejado venir?

—Está algo gruñón estos días. Mucho. Muchísimo.

—¿No me diga? —dijo alterada—. ¿Más que su novia que está sentada en una silla de ruedas?

—Creo que vais a la par.

—¿Está ahí? Es que quiero gritar a alguien y él me viene de perlas.

Su suegra reprimió la risa. —Pues está a punto de llegar para la cena. ¿Quieres que le diga que le has llamado?

—¿Cuándo llega?

—En unos veinte minutos más o menos.

Muriel entrecerró los ojos. —Ya le daré la sorpresa.

—Eso está hecho. Por cierto...

—¡No me caso el sábado!

—Ah.

—¿Usted se casaría así? ¿Teniendo que empujar una silla de ruedas hasta el altar?

—No.

—Pues eso.

—Entonces solo es un retraso, ¿no?

—¿Usted se casaría con un hombre que no ha ido a verla después de un accidente?

—No.

Carraspeó como si estuviera dudando qué contestar. —Pues eso.

—¿Así que no te doy el anillo de nuevo?

Gruñó haciéndola reír porque no se había negado. —Llamaré luego.

—Mi boca está sellada.

Esperó allí sentada cuarenta minutos, porque no quería parecer desesperada por hablar con él. Volvió a marcar mientras Wendy retenía la risa e impaciente empezó a dar toquecitos con el dedo en el brazo de la silla hasta que contestaron.

—¿Rancho Montgomery?

La voz de Julie la tensó. —¿No ha llegado?

—Pues...

—¿Está ahí o no?

—Ha dicho que no quiere hablar contigo hasta la boda.

—¿Te has chivado? —preguntó tuteándola.

—¡No lo pude evitar! ¡Estaba muy contenta con tu llamada y me interrogó!

—Dile que se ponga —escuchó que susurraba algo y de repente le colgaron. Asombrada miró el teléfono. ¡Le había colgado! Aquello era el colmo.

—Uy, uy. Por tu cara deduzco que no hay boda.

—¡Pues no! —Y de repente se echó a llorar asombrándola.

—Niña... —Se acercó a toda prisa agachándose para abrazarla. —
¿Por qué lloras?

—¿Te parece poco? —Sorbió por la nariz ruidosamente sobre su hombro. —¡Estoy harta de hacerme ilusiones con Parker! ¡Harta! Esto se acabó.

Wendy le acarició la espalda. —Así que te habías hecho ilusiones de nuevo.

—¡Todo porque cogió esa maldita cinta! ¿Para qué si no me quiere? ¡Veo cosas donde no las hay! ¡Siempre me pasa lo mismo! ¡Y ahora pensaba que porque seguía llevando mi cinta en la muñeca, sentía algo por mí! ¡No siente nada! ¡Si me quisiera hubiera contestado al teléfono!

—Igual se siente inseguro como tú. ¿Por qué no lo habláis?

Se apartó para mirarla a los ojos. —¡Porque no me coge el teléfono!

Wendy hizo una mueca. Y Muriel abrió los ojos como platos. —Ya sé lo que pasa.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! ¡No me ha cogido el teléfono para que no me case el sábado! ¡Me conoce bien y sabe que era lo que necesitaba para rematarme!

—Niña...

—¡Pues tiene razón! ¡No me voy a casar! —Se cubrió la cara con las manos y Wendy la miró preocupada. Larry llegó en ese momento y suspiró al verla. Kevin entró tras él y se tensó al ver llorar a su hermana.

—Hijo, súbela a su habitación. Necesita sus pastillas para el dolor y cenar algo.

Asintió acercándose y cogiéndola de la silla con delicadeza. Muriel lloró contra su pecho y Wendy vio que Larry salía de la casa. Preocupada salió tras él. —¿A dónde vas?

—Al rancho Montgomery —dijo rabioso—. Voy a dejar las cosas bien claras.

—No, deja que lo solucionen ellos. No te metas.

—¿Qué no me meta? ¡Solo hace sufrir a mi hija! —Se subió a la camioneta. —¡No tenía que haberle dado la maldita cinta!

—Pero se quieren. Yo sé que sí, pero no son capaces de hacer las cosas como otras parejas.

—¿La quiere? —Arrancó la camioneta. —¡Yo nunca traté así a mi mujer!

Pisó el acelerador saliendo de allí a toda prisa y Wendy se apretó las manos preocupada. Aunque la verdad es que nada podía salir peor.

Se pasó los siguientes días disimulando que todo iba bien y los demás casi caminaban de puntillas a su lado. Con la que más disimulaba era con Jacinta, porque no quería fastidiarle su boda.

El sábado a las doce, se puso con ayuda de Wendy un vestido verde agua y su hermano la bajó al piso inferior. Para que las ruedas no se hundieran en la tierra, contempló desde el porche como su amiga vestida con un maravilloso vestido de princesa, se acercaba al altar del brazo de su padre que sonreía orgulloso. Wendy sentada en una silla a su lado, la cogió de la mano emocionada. —Está preciosa.

—Sí.

Se mordió el labio inferior viendo como Zack la cogía de la mano para girarse hacia el sacerdote, que sonreía con la biblia abierta entre sus

manos. Sentía un dolor en la boca del estómago que la estaba volviendo loca y estaba segura de que le saldría una úlcera por la necesidad de gritar. Por supuesto los Montgomery no habían aparecido, demostrando que Parker no quería casarse desde el principio. Aunque sin poder evitarlo miraba hacia el camino que llevaba a la finca cada cinco minutos, sintiendo que se le rompía el corazón cada vez que se daba cuenta de que su coche no iba a aparecer.

Cuando acabó la ceremonia, Kevin quiso llevarla hasta la pista de baile que tenía una tarima de madera, pero con la pierna estirada molestaría más que otra cosa, así que se negó. La comida estaba en una mesa donde cada uno se servía lo que quería, así que quien quería bailaba y quien quería comía y bebía. Los músicos animaban la fiesta y parecía que todo el mundo se lo pasaba estupendamente. Exactamente como la boda que siempre habían soñado desde niñas. Jacinta se acercó con una copa de champán en cada mano y ella forzando una sonrisa, negó con la cabeza. —Con la medicación no puedo beber.

—Vamos, una copita. No pasará nada.

Ya no se podía sentir peor, así que al diablo. Cogió la copa y se la bebió de golpe, haciendo que su amiga hiciera una mueca antes de darle la suya. —Salud.

Muriel la miró a los ojos y dijo sinceramente —Me alegro muchísimo de tu felicidad. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Y tú sabes que lo siento muchísimo por ti, ¿no?

Cogió su mano apretándosela con cariño. —Sabíamos que esto no funcionaría. Tu cara de pasmo en la iglesia cuando pidió mi mano, fue muy clara.

—No me sorprendí porque te pidiera matrimonio, sino por el momento en que te lo pidió. Siempre creí que terminaríais juntos.

—Pues estabas equivocada. —Bebió media copa y sonrió. —Me siento mucho mejor. Cuéntame. ¿Has elegido la decoración para el salón? ¿De qué color lo vas a pintar?

—Déjate de rollos. Te importa una mierda el color de las paredes. — Se echaron a reír a carcajadas y Jacinta la miró con tristeza. —Joder, cómo te voy a echar de menos. Allí estaré sola.

—Si esperas que te abrace, puedes esperar sentada. No llego.

Rieron a carcajadas y antes de darse cuenta ya estaba bebiendo otra copa de champán rodeada de las dos familias. Larry se preocupó un poco, pero nadie fue capaz de decirle que dejara de beber. Fueron todos a bailar y cuando se volvieron estaba dormida en la silla con la boca abierta. El doctor se acercó a ella y le tocó el pulso antes de gritar —¡Tranquilos, solo es la medicación! La ha dejado grogui.

Se echaron a reír mientras Kevin la cogía en brazos, deteniéndose

cuando vio llegar la ranchera de Parker, que se detuvo frenando en seco y este salió del vehículo dando un portazo. Los músicos dejaron de tocar y Jacinta susurró a su marido —Va a haber bronca.

—¡Montgomery! ¿Qué haces aquí? —gritó Larry furioso—. ¡Te dije que no te quería por mis tierras!

Parker le señaló con el dedo. —¡No te metas viejo o vamos a acabar muy mal! ¡Tenía que haber venido hace horas y dejé que me convencieras! ¡Me voy a llevar a mi mujer a casa!

—¿No te lo decía? —Jacinta algo chispa sonrió radiante. —Es una pena que Muriel se lo esté perdiendo.

Zack la pegó a él pasando el brazo por los hombros de su mujer, contemplando el espectáculo. Kevin intentó meter a su hermana en casa y su pierna estirada chocó contra el marco de la puerta, haciendo jadear al público. Se volvió para meterla de otro modo, pero en sus prisas por entrar, golpeó su cabeza.

—¡Joder! —Parker subió los escalones del porche de un salto y le gritó —¿Qué coño estás haciendo? ¡Dámela!

—¡Me cago en la leche! —Larry se acercó por su espalda y le dio la vuelta furioso. —¡Largo de mi casa!

El sheriff McLain subió los escalones tranquilamente. —Vamos a ver,

que esto se empieza a salir de madre. ¿Qué pasa aquí?

—¡No pasa nada! ¡Me llevo mi mujer a mi casa!

El cura carraspeó. —No es tu mujer, hijo. No te has casado, ¿recuerdas? Ni siquiera has aparecido por aquí.

—¡Porque él me dijo que no viniera!

Kevin carraspeó. —¿Puedo sentarla en la silla? Empieza a pesar y...

—¡Trae aquí! —La cogió en brazos y Kevin no pudo resistirse.

—¡Dame a mi hija!

Parker se la iba a llevar, pero el sheriff se puso en medio. —Esto es secuestro, Montgomery, y el cura tiene razón. No es tu mujer.

Parker gruñó mirando a todos y Larry gritó —¡Ella no quiere esto!

—¡Me quiere a mí! ¡Lo sabes mejor que nadie! ¡Lo sabéis todos!

—Eso es cierto —dijo Kevin haciendo que su padre le fulminara con la mirada—. ¡Papá, sabes que es cierto!

El sheriff se pasó la mano por la barbilla. —No está consciente para decidir si quiere irse contigo.

—¡Por eso decido yo, que soy su padre!

—Un momento —dijo un abogado—. Si no es capaz de decidir, entonces es incapaz, ¿verdad?

El sheriff entrecerró los ojos. —Legalmente sí.

—Entonces su tutor debería poder decidir por ella. Larry tiene razón.

—¡Yo soy su prometido!

—Una duda legal. Debemos discutirlo —dijo el sheriff antes de mirar al alcalde—. ¿Usted qué opina?

—Ella había elegido a su futuro esposo y yo no he oído que rompiera el compromiso en ningún momento. Así que siguen comprometidos. — Miraron al cura que asintió. —Entonces Montgomery legalmente es quien toma las decisiones.

El sheriff asintió y Jacinta se echó a reír a carcajadas. —¿Así que si decide que se casen, ella no tiene nada que decir?

Parker entrecerró los ojos y Larry gritó —¡Ni se te ocurra!

—Padre Haise...

Él carraspeó. —Bueno, hijo... Ella tiene libertad para elegir y... Aunque no está consciente. Estoy en una encrucijada.

—¡Me quiere a mí! —Miró a los que estaban allí. —¿Opináis otra cosa? —Nadie pudo decir una palabra y sonrió. —¡Pues se acabó! ¡Ahora decido yo!

—¡No quería casarse así! —protestó Wendy.

—Sé realista, Wendy —dijo Jacinta riendo—. ¡Siempre tendrán algo

por lo que discutir! Al menos así ya estarán casados y discutirán en su casa y no en medio del pueblo.

—¡Eso nos entretenía! —gritó una vecina.

El cura estaba muy pensativo. —Jacinta tiene razón. Así abreviaremos. Ya no podrá negarse y será problema tuyo. Además, ella dijo que se casaría hoy, así que es como si hubiera dado su consentimiento.

—¡A mí me dijo que no se casaría hoy! —dijo Wendy furiosa—. ¡Y a él también se lo dijo!

—No, esas no fueron exactamente sus palabras y lo que te dijera a ti, me importa poco. ¡Para mí seguimos comprometidos!

—A mí no me dijo nada sobre que no había boda —dijo el cura.

—¡Exacto!

—¡No podéis hablar en serio! —Larry no se lo podía creer. —¡Es mi hija!

—Ahora es mi mujer. O lo será en unos minutos. —La sentó con cuidado en la silla y ella roncó ligeramente antes de dejar caer su cabeza hacia atrás. Parker hizo una mueca intentando enderezarle la cabeza, pero le cayó a un lado. Carraspeó enderezándose y forzó una sonrisa antes de murmurar —¿Qué le pasa?

—Está borracha —dijo Jacinta bebiendo de su copa.

—Cielo, aún queda la noche de bodas. —Zack le quitó la copa de la mano antes de beber disimulando la risa.

—¿La habéis dejado beber? —Parker estaba indignado. —¿Está medicándose!

—¡No se hubiera emborrachado si hubieras venido! —gritó Wendy.

—¡Hubiera venido si no hubiera sido por él! —respondió señalando a Larry—. ¿Padre, empezamos? Mi mujer tiene que acostarse.

Eso pareció gustarle al cura que sonrió. —Queridos hermanos, estamos aquí reunidos para unir a este hombre y a esta mujer en sagrado matrimonio.

Capítulo 6

Le dolía la cabeza, la cadera y la pierna, así que gimió deseando que alguien le pegara un tiro. Abrió los brazos y su brazo izquierdo chocó con algo. Giró la mano para palpar lo que parecía un pecho de hombre y se detuvo en seco. Dios mío, ¿qué había pasado en la boda? ¿Se había cogido un pedo y se había acostado con alguien? Pensar en lo que opinaría Parker, casi la hizo gritar de horror. ¿Y qué le importaba lo que pensaba ese idiota? ¡La había plantado! ¡Podía acostarse con quien le diera la gana! Ahora el problema era recordar con quien se había acostado. ¿Lo había hecho en casa de su padre? ¡Dios mío! ¡Tenía que echarle cuanto antes! ¡Y que saliera por la ventana! ¡Lisiada no podía matarle y esconder el cadáver! ¡Mierda!

Abrió un ojo y gimió al ver el pecho moreno que tenía al lado. Tenía el brazo levantado y le veía la axila. Era sexy... Ni borracha tenía mal gusto. Era un alivio. Al menos sabía que si eso volvía a ocurrir en otra ocasión, cosa

que dudaba, se acostaría con un cañón de hombre. Y era moreno. Eso se lo decía el vello de su axila y el que veía en su pecho. No es que tuviera mucho, pero era un indicativo muy claro de que era moreno. A no ser que se tiñera el pelo de la cabeza, que también podía ser. Gimió interiormente pensando que como fuera un peón del rancho, le iba a dar un infarto. Porque tenía músculo, lo que demostraba que hacía ejercicio. En el pueblo no había gimnasio, así que solo le quedaba una opción. Giró la cabeza lentamente abriendo el otro ojo. Miraba para el otro lado, pero tenía una oreja muy bonita. Entrecerró los ojos al ver un pequeño lunar debajo de su lóbulo y abrió los ojos como platos porque reconocería ese lunar en cualquier parte. ¿Se había acostado con Parker? Levantó las sábanas de golpe para ver que los dos estaban desnudos. Bajó las sábanas de nuevo antes de levantarlas otra vez para ver que estaba empalmado.

Él carraspeó. —Nena, ¿cómo te encuentras?

Asombrada bajó las sábanas lentamente y vio cómo se incorporaba para apoyar la espalda en el cabecero de la cama. ¡Y el cabecero no era blanco! Volvió la cabeza de golpe para ver frente a ella un armario de roble que hacía juego. Se sentó dejando los pechos al aire mirando a su alrededor para ver una habitación enorme con muebles clásicos. ¡Y es habitación no estaba en su casa!

Él le acarició la espalda sobresaltándola. —¿Cómo he llegado hasta

aquí?

—Ayer bebiste un poco —respondió lentamente como si hubiera perdido las neuronas.

—¿Y?

—Y ocurrieron cosas.

—¡Oh, Dios mío! ¿Me he arrastrado hasta aquí?

Parker reprimió la risa. —No exactamente.

—¡Estaba borracha! ¡No sabía lo que hacía!

—Ya me di cuenta.

—Tengo que irme. Mi padre estará preocupado.

—Tu padre sabe dónde estás.

Chilló de la impresión. —¿Te has chivado?

—No ha hecho falta. Lo vio todo.

Gimió tapándose la cara. —Dios mío. ¡No tengo vergüenza!

—No pasa nada. —Volvió a acariciarle la espalda.

—¡Muy bien! —Tomó aire dándose valor. —¿Qué he hecho exactamente?

—¿Exactamente?

—¡Sí! No omitas nada, lo soportaré.

Parker sonrió. —Es un alivio. ¿Así que no gritarás y te pondrás como loca quemando la casa de paso o...?

Asintió. —Suéltalo todo. Tengo que conocer toda la verdad para saber qué he hecho.

—Nena, te emborrachaste y ...

—¿Y?

—Te has casado.

Parpadeó sorprendida. —¿Con quién?

—¿Cómo que con quién? ¿Con cuántos estás comprometida?

—Con nadie.

—¿Perdón?

—¡No me has llamado en toda la semana! ¡Y te fuiste del hospital furioso! ¡No contestaste al teléfono! ¡Creo que eso deja claro que no estábamos comprometidos!

Parker hizo una mueca sonrojándose ligeramente. —No habíamos roto, roto. Legalmente estábamos unidos aún.

—¿De qué hablas?

—Fui a la boda.

Se le cortó el aliento. —¿Fuiste? —Entonces entendió y chilló

tapándose la boca señalándole con la otra mano, antes de volver a chillar señalándose a ella. Se quitó la mano de la boca. —¡Estaba borracha!

—Técnicamente no.

—¿Cómo que no?

—Técnicamente estabas inconsciente. —Volvió a chillar. —Pero todo ha sido muy legal. ¡Estaba hasta el sheriff! ¡Y tu padre! En realidad, estaba todo el pueblo, excepto mi madre que tiene un cabreo...

—¿Tu madre tiene un cabreo? —siseó furiosa—. ¿Tu madre?

—¡Dijiste que no te enfadarías! ¡No puedes enfadarte tú también! Esta casa será un infierno con las dos cabreadas. ¡Poneros de acuerdo para turnaros!

Asombrada vio que se levantaba dejándola sin aliento al encontrárselo desnudo por completo por primera vez y cogió unos vaqueros que tenía sobre una butaca para empezar a ponérselos. Se volvió abrochándoselos y se detuvo en seco cuando vio su mirada. —Nena, no me mires así que estás escayolada.

Se sonrojó cubriéndose con la sábana los pechos y se miró las manos. —¿Y mis anillos?

Él carraspeó cogiendo una camiseta limpia del armario. —¿Anillos?

—Claro, si fuiste para casarnos, llevarías anillos.

—Es que pensé que estaban allí. —Entrecerró los ojos. —Y no

estaban.

—¡Anulé el pedido! ¡Si ni siquiera sabía tu talla!

—Lo mismo digo.

—¿Y el de compromiso de tu madre? ¿Y por qué tu madre no estaba?

Si ibas a casarte...

—¿Te duele la pierna?

—¿Estás cambiando de tema?

—Es que no iba exactamente a casarme.

—¿Y a qué ibas? ¡Dios mío! Te han obligado a casarte conmigo, ¿verdad? ¡Pero no quieres decírmelo! ¿Es eso?

—Nena, tienes una imaginación muy activa.

—¿De veras? —Gimió tumbándose en la cama. —. Eso me ha metido en este lío.

Parker se acercó a ella y se sentó a su lado. —No me obligaron a casarme. Tu padre no quería. De hecho, seguro que tu familia está esperando a que la llames, porque se deben estar imaginando que en este momento ya me habrás matado y estarás viuda. No dudo que tu padre ya tendrá preparado un abogado para ti.

—¿Te quieres explicar? ¡No entiendo nada!

—¿Pues estabas borracha! ¡Inconsciente! ¿No te da vergüenza?

Parpadeó al ver que estaba cabreado. —¿Uy, perdona por beber una copita cuando me habían plantado ante todo el pueblo!

—¿Yo? ¿Plantado yo? ¡No fui porque tu padre amenazó con pegarme un tiro como asomara mi nariz por su casa!

A Muriel se le calentó el corazón. —¿De verdad? —Sonrió de oreja a oreja pensando que al final había ido a pesar de que su padre le había amenazado. Pero eso no cambiaba que no hubiera ido a verla en toda la semana y le fulminó con la mirada. —¿No me cogiste el teléfono!

—¿Para que me dijeras que no te casabas? ¡No soy imbécil!

—¿Solo quería retrasarla! ¡Nadie quiere casarse escayolada! ¡Menuda mierda de noche de bodas!

Él se sonrojó ligeramente y se levantó carraspeando. —¿Así que era por eso? ¿Te ibas a casar?

—Bueno eso era antes, claro. ¡Antes de darme cuenta de que mi prometido era gilipollas, aunque los años anteriores tenían que haberme dado una pista!

—¿Pues ya no tienes que preocuparte por eso! ¡Ahora ya está!

Asombrada vio que se iba. —¿A dónde vas?

—A trabajar.

No se lo podía creer. Si ni le había dado un beso y se suponía que estaban de luna de miel. —¡Alto ahí, Montgomery! —gritó furiosa. Él se detuvo con el pomo de la puerta en la mano—. ¡No sé si te has dado cuenta! ¡Pero no puedo moverme sola!

Parker frunció el ceño. —Mierda...

—¿Mierda qué?

—Con las prisas dejé la silla de ruedas en casa de tu padre.

—¿No has traído mis cosas?

—¡Oh disculpa, pero es que temía que tu padre usara la escopeta que ya tenía en la mano! ¡Me ha pegado un tiro a la caja del coche! ¡Me va a costar un ojo de la cara la reparación!

—¡Pues tendrás que ir a por mi silla y mis cosas!

—Enviaré a mamá. Con ella no se atreverá. —Se acercó mirándola receloso. —¿Tienes que ir al baño?

—Pues si no te importa —siseó sintiéndose humillada.

Él suspiró sentándose a su lado. —Nena, lo hice para abreviar. —Le miró sin comprender. —Si los Daniels y los Montgomery no son capaces de ponerse de acuerdo en nada durante más de cien años, a nosotros nos iba a costar decidirnos. Ahora ya está. Estamos casados y solo tenemos que discutir de millones de cosas más.

Ella miró las sábanas que tenía entre las manos y susurró —Pero no hemos tenido boda, ni baile, ni luna de miel... —Le miró como si quisiera cargárselo. —¡No he tenido vestido de novia ni alianza! ¡Por no tener, no tengo ni bragas!

—¡Deja de protestar! ¡Muchas lo verían lo más romántico del mundo!

—¡Encuéntrame a una que quiera casarse inconsciente! ¡Esto no puede ser legal!

—Estaba el alcalde y el sheriff. ¡Incluso el cura dio el visto bueno!

—¡Ya hablaré yo con ese cura de pacotilla, que se toma tan en serio el matrimonio como para casar a alguien sin sentido! ¡Esto es el colmo! ¡Y luego da sermones!

Parker reprimió una sonrisa, pero no lo pudo evitar y al final se echó a reír. —¡No tiene gracia, Parker! ¿Imagínate que te despiertas y te digo que nos hemos casado sin tu permiso?

La cogió por la cintura arrastrándola hasta él. Parker sonriendo la miró a los ojos. —Joder, nena. Estás preciosa por las mañanas.

Se sonrojó ligeramente. —¿Ah, sí?

Acarició uno de sus rizos hasta llegar a su hombro. —Me ha gustado dormir contigo. —Apartó la sábana dejando un pecho al descubierto. —Y a mí también me hubiera gustado una luna de miel y verte caminar hacia mí en

nuestra boda vestida de blanco. —Se le cortó el aliento cuando acarició su pezón con el dorso de los dedos. —Me hubiera gustado hacer el amor toda la noche, después de bailar contigo ante todo el pueblo. ¡Pero eres muy cabezota! —Se levantó y puso las manos en jarras. —¿Quieres ir al baño o no? ¡Tengo mucho que hacer!

—¡Tu mujer es lo primero! —Indignada se sentó. —¿O no?

—Eso podrá decirlo el que no tenga un rancho con seis mil cabezas de ganado.

—¿Seis mil? ¡No me metas una trola!

Él sonrió malicioso y Muriel gruñó —No puedes tener seis mil.

—¿Cuántas tenéis vosotros?

—Ni loca te lo digo.

Parker se echó a reír y se agachó para besarla lentamente robándole el aliento antes de apartar las sábanas y gruñir al verla desnuda. —Nena, ¿cuándo te quitan esa cosa? —preguntó con voz ronca.

—En un mes más o menos. Eso me ha dicho el médico en la última revisión. Si hubieras venido conmigo, lo sabrías —dijo con ironía alargando las manos—. ¿Me llevas? —Pasó las manos bajo sus piernas poniéndole la piel de gallina y cuando acarició su espalda soltó una risita. —¿Te gusto?

Volvió a gruñir levantándola. —Van a ser unas semanas larguísimas,

preciosa. —Ella le besó en el cuello. —Eternas.

Rió contra su piel estremeciéndole. —Pues tienes que bañarme.

Él carraspeó. —¿No me digas? —La miró a los ojos antes de atrapar su boca pegándola a él. Muriel acarició su lengua estremeciéndole de nuevo y Parker apartó su boca. —Nena... Compórtate.

—¿Si has empezado tú!

Entró en el baño que tenía en la habitación y le dijo que encendiera la luz. —Hala, tienes el baño en la habitación. Y de mármol negro. —Frunció su naricilla haciéndole reír.

—A mi madre tampoco le gusta, pero a ti no debe preocuparte porque nos mudamos en cuanto puedas.

—¿A dónde?

—A la habitación matrimonial. Es más grande y tiene vestidor. —La agachó para que levantara la tapa y la sentó. La pierna escayolada tenía que quedar recta y él sujetándosela, cogió una banqueta de madera poniéndosela debajo. La miró con los brazos en jarras. —Venga, nena.

—¿Si me miras, no puedo! Me da corte.

—¿Estás en pelotas y te preocupa eso?

Se puso como un tomate. —¿No nos conocemos tanto! —Exasperado salió del baño y ella gritó —¿Cierra la puerta!

Riendo por lo bajo cerró la puerta y Muriel miró a su alrededor estirando la mano para abrir el grifo del agua del lavabo. Suspiró del alivio haciendo pis y cuando terminó, se levantó apoyándose en la pierna sana y la banqueta cayó al suelo. Hizo una mueca de dolor por sostener la pierna para que no cayera al suelo cuando la puerta se abrió y el entró en el baño. —¡Por qué te has levantado! ¿Te has hecho daño?

—Estoy bien.

La cogió preocupado y la llevó hasta la cama. —No he traído tu medicación. —Suspiró apoyando la cabeza en las almohadas y dejó que la tapara. —Iré ahora. Voy a avisar a mi madre para que te traiga algo para desayunar.

—Déjame llamar al rancho para que no te peguen un tiro. —En ese momento escucharon un claxon ante la casa y Parker fue hasta la ventana apartando las cortinas. —¿Es Kev?

—Sí, es tu hermano. Al parecer no quieren ni verme por tu rancho — dijo divertido—. Tiene la camioneta cargada de cosas.

—Dame una camiseta. Querrá verme.

Parker fue hasta el armario y le entregó una camiseta blanca. Le encantó ponérsela, era algo muy íntimo.

—¿Quieres unos calzoncillos?

—Ah, ¿pero usas?

—Muy graciosa. Solo si me pongo traje.

—Ah... —Sonrió maliciosa. —¿No me digas?

—Señora Montgomery, es muy traviesa. —La besó en los labios cuando llamaron a la puerta.

—Hijo, ¿puedes salir?

—Puedes entrar.

La puerta se abrió lentamente en una rendija y su suegra sonrió al verla. —Estás despierta.

Se sonrojó por lo que pensaría la mujer al llegar a su casa inconsciente. —Sí.

Parker fue hasta la puerta. —Voy a hablar con Kevin.

—¡Mis pastillas!

Se miraron tímidamente y Julie se acercó. —Nos ha fastidiado bien, ¿verdad?

—Tu hijo es imprevisible.

—Pues ya puedes hacer algo, porque no me quedo sin la boda de mi único hijo.

Abrió la boca asombrada. —¿Y qué puedo hacer ahora y así? —

Golpeó la escayola con los nudillos.

—Algo se te ocurrirá. —Se cruzó de brazos. —¡Quiero una boda por todo lo alto y me la habéis quitado! ¡Solo tengo un hijo! ¡Tu padre tiene dos, pero yo no!

—¡La culpa es de Parker! ¡Yo solo quería esperar!

—¡Creía que si te echabas atrás, después ya no te casarías!

—¿Y qué sugieres? ¿Qué le pida el divorcio? —La mujer pareció pensárselo. —¡Debes estar de broma! ¡Si se lo pido, no me perdonará nunca!

—Pues lloriquea. Con los Montgomery funciona muy bien. Di que quieres una boda porque no te enteraste de la primera.

—¿Qué lloriquee? Señora, yo no lloriqueo.

—Así te va.

Puso los ojos en blanco. —Julie, en el bautizo te desquitas, ¿vale?

—¿Bautizo? —chilló sobresaltándola. Se llevó una mano al pecho—. ¡Estás embarazada! Por eso esta boda, ¿verdad? —Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras que ella negaba con la cabeza. —¡Un nieto! ¡Voy a tener un nieto!

La cara de Kevin, de no me lo puedo creer detrás de Julie la hizo gemir y Parker entró en la habitación sonriendo de oreja a oreja. —Nena, ¿cómo no me lo habías dicho?

—¿Pero no lo sabías? —Julie miró a sombrada a su hijo.

—No habíamos hablado, mamá. —Se sentó a su lado encantado de la vida. —Nena, no me iba a enfadar.

—¿Ah, no? —preguntó abrumada.

—Es una noticia maravillosa. —La besó suavemente en los labios.

Kevin se echó a reír después de la sorpresa. —Felicidades. Ya verás cuando se entere papá. Te va a pegar un tiro con dos razones.

Se puso como un tomate haciendo reír a Parker. —Ahora ya está solucionado, ¿no crees?

—Supongo que sí. —Dio un paso hasta la cama. —¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. Mis pastillas... —Dios, en qué lío se había metido.

—Oh, sí. Ahora las traigo.

—Mamá, ¿puedes traerle el desayuno? No quiero que las tome con el estómago vacío.

—Sí, sí. Enseguida lo traigo —dijo emocionada—. ¡Un nieto!

Salió más contenta que en toda su vida y ella forzando una sonrisa miró a Parker. —Cielo...

—Me has hecho muy feliz. —La besó apasionadamente y cuando se

apartó susurró contra sus labios —No me imaginaba que cuando me dieras un hijo me haría tanta ilusión.

—¿Sí? ¿No es un poco pronto? Puede que sea una falsa alarma. Mira que no hace tanto que nos acostamos.

Él pensó en ello. —Sí, tienes razón. Además, eras virgen y puede ser un desajuste de esos. —Muriel sonrió aliviada. —Tú no te preocupes. Si estás embarazada perfecto. Si no es así, lo intentaremos cuanto antes.

—¿Cuánto antes? ¡Si nos acabamos de casar!

—¿No quieres ser una madre joven?

—Un año o dos solos... ¡No voy a envejecer de repente!

—Bueno, pero eso será si no estás embarazada ahora.

—Sí, claro.

—¿Te hicieron la prueba en el hospital?

Madre mía, qué lío. —Ajá.

—Mierda, tenía que haberme quedado.

—Tienes un carácter...

—Y tú llamándome. ¿Querías contármelo?

—Ajá. —Tendría que hacer penitencia toda la vida, pero cómo les iba a decir ahora que no. Ni sabía lo que había pasado.

—Pero nena... ayer bebiste. —La miró como si fuera un desastre. —

¡No puedes hacerlo!

—Se me olvidó.

—Del disgusto, claro.

—¡Me dejaste plantada!

—Y embarazada. Lo siento. —Llevó la mano a su nuca y se la acarició. —Pero ahora todo irá mejor. Te lo prometo.

—¿Tú crees? —Los nervios le estaban revolviendo el estómago.

—Nena, ¿estás bien? Estás un poco pálida.

—Es que ...

—¡Ya están aquí las pastillas! —Su hermano entró en la habitación sonriendo con los botes en la mano y Muriel se descompuso de los nervios, apartando a Parker para vomitar en el suelo. Kevin se llevó la mano a la boca mientras Parker se levantaba para ir al baño a toda prisa. Volvió con una toalla mojada y la ayudó a tumbarse. —Bueno, creo que no hay dudas. —Él sonrió pasándole la toalla por su mejilla sonrojada.

—¿Qué? —preguntó confundida.

—Muchas embarazadas vomitan por las mañanas.

Sí, sobre todo las que tenían resaca. Gimió cerrando los ojos y sintiéndose fatal. Y no solo físicamente.

—Cariño, ¿qué ha pasado? —La voz de su suegra era lo que le faltaba para rematarla y volvió a gemir. —Oh, no te preocupes, hija. Ahora lo limpio. Pobrecita. Embarazada en ese estado. —Por su tono de voz le importaba una mierda, porque estaba encantada.

Abrió los ojos para mirar a Parker que parecía preocupado. —Nena, ¿llamo al doctor Mitchell?

—¡No!

—Hijo, esto es normal. Déjame a mí, que yo me encargo. Ahora ir a descargar la camioneta que necesita sus cosas.

Su suegra limpió rápidamente y ella la miró desde la cama, apretándose las manos mientras Julie hablaba hasta por los codos. Muriel estaba intentando encontrar la solución para decirle que no estaba embarazada y su suegra la miró de reojo.

—No debes sentirte incómoda, niña. Esto es lo más normal del mundo.

—Julie... ¿Y si no es seguro?

Su suegra que tenía la bandeja en la mano, se detuvo en seco y a través de sus ojos supo lo que pensaba antes de dejar la bandeja en el aparador de nuevo. —Metí la pata, ¿no?

Gimió pasándose las manos por la cara. —Lo que quería decir era...

—Que podríamos celebrarlo a lo grande en el bautizo. No que el bautizo sería pronto.

—Exacto.

—¡Mierda! —Julie miró hacia la puerta y la cerró a toda prisa.

Cuando se volvió, negó con la cabeza y Muriel hizo lo mismo. —¿No qué?

—¡No puedes decir la verdad!

—Oh, él no me preocupa. Ya sabe que puede ser una falsa alarma.

—¡Y una leche! ¡Está convencido y más después de vomitar!

Se apretó las manos nerviosa. —¿Tú crees?

—Como le digas ahora que no, le das el disgusto del siglo.

—¡Pues tú te lo has tomado muy bien! ¡Y en menudo lío me has metido!

Su suegra gimió —¡Tú no me contradijiste!

—¡Me quedé en shock! Tengo resaca y me despierto casada. ¡Un poquito de comprensión!

—¡Bueno, pues ahora tienes que quedarte en estado!

—¿Estás de broma? ¡Me acabo de casar! ¡Quiero disfrutar de mi marido!

—Eso está muy bien. ¡Ya disfrutarás después de dar a luz! Yo te lo cuido. —La miró como si estuviera loca. —¿Quieres que se entere de que es mentira?

—¿Qué va a pensar? ¿Qué quiero cazarle? —preguntó con ironía—. Te recuerdo que me casó inconsciente.

—Pero hay una posibilidad, ¿no? —Se puso como un tomate y Julie sonrió. —Entonces puede que tengamos suerte.

—¡Querrás decir que tú tengas suerte!

—Uy, ahora entiendo como llevabais tantos años discutiendo.

Jadeó indignada porque le echara toda la culpa a ella. —Tu hijo es fino también.

—Pues como se entere de que le has mentado, prepárate porque no has visto nada.

Preocupada se apretó las manos. —¿Tú crees?

—No soporta las mentiras. Y es de un rencoroso...

—¿No me digas? La rencorosa debería ser yo que pisó mi cinta y me plantó y...

—No seas pesada.

Asombrada vio que le acercaba la bandeja. —Ahora a desayunar y a tomar la medicación. —Al mirar los huevos revueltos casi le da algo. —¿Te

dan asco? —lo preguntó con voz esperanzada.

—Julie... —Cogió el tenedor y comió por pura cabezonería. Bebió el zumo sedienta.

Su suegra se sentó a su lado. —No pasa nada. Le seduces y antes de que te des cuenta... No tiene por qué enterarse de nada.

—¿Cómo le voy a seducir con esto en la pierna?

La miró como si fuera tonta y se sonrojó. —Además así le harás feliz. ¿No quieres hacerle feliz?

—¿Y para eso tengo que quedarme preñada? Tú lo que quieres es un nieto.

—¡Pues sí! —Levantó la barbilla orgullosa. —Y ya que me habéis quitado la boda...

—Tu hijo te quitó la boda.

Julie gruñó cogiendo una de sus tostadas para untarla con mantequilla. Entrecerró los ojos. —¿No lo habrás hecho a propósito?

—Pues no. Pero como todavía hay una oportunidad, no pierdo la esperanza.

Llamaron a la puerta y Julie gritó —¡Adelante!

Kevin entró llevando una caja y su marido entró detrás con la silla de ruedas sonriendo de oreja a oreja. Eso sí que la hizo sentirse mal. Julie

levantó una ceja como diciendo que tenía razón. ¿Qué iba a hacer? Tampoco quería desilusionarle cuando él casi la había secuestrado para llevársela a casa.

—Aquí tienes, nena. —Vio que estaba comiendo y sonrió. —Así me gusta. ¿Te encuentras mejor? —Metió los huevos en la boca y asintió forzando una sonrisa.

Kevin sonrió encantado. —Ya verás cuando se lo diga a papá. El abuelo más orgulloso de todo Texas.

Dios mío. ¡Ya podía embarazarse cuanto antes, porque se iba a enterar todo el país!

Salieron de la habitación y su suegra sonrió radiante. —¿A que ahora lo de seducirle no te parece tan mal?

—No sabía que eras tan bruja.

Se echó a reír yendo hasta las cajas y abriéndolas. —Me encanta tenerte aquí. Otra mujer en la casa... o dos.

—Ja, ja.

—Va a ser un padre maravilloso. Tenías que verle con los hijos de sus empleados.

—Ya le he visto mil veces como trata a los niños de sus amigos.

—Sí, claro. —Soltó una risita. —Después de suspirar por él a lo lejos

durante años, esto tiene que ser un shock.

—¡Yo no suspiraba por él a lo lejos!

—Ya, claro.

—¡Él me provocaba!

—Eso también. —Se echó a reír a carcajadas. —Todavía me acuerdo cuando en la feria del ganado de hace tres años, les dijo a todos que te había pillado dormida en el porche con una foto suya entre las manos. Se lo creyó todo el mundo. En venganza le dijiste a medio pueblo que tenía la gonorrea. —Se puso como un tomate haciéndola reír aún más. —Una chica anuló la cita que tenía con él para esa noche.

Sonrió maliciosa. —Lo sé.

—¿Y sabes que estuvo semanas cabreado cuando saliste con Gregory Stuart? —La miró sorprendida. —Por mucho que le decía, no lograba que te dejara y se subía por las paredes.

—¡Si ni siquiera me besó! ¡Solo somos amigos!

—Claro, cuando se enteró de que era gay se le pasó, pero todavía tiene la mosca tras la oreja cuando os ve juntos y...

Los chicos entraron hablando y riendo. Ellas disimularon y Kevin dejó una maleta al lado de las cajas antes de decirle a su hermana. —Mañana te traigo a Huracán, aunque no vas a montar en una temporada...

—Mejor se queda allí en el establo. Está embarazada y no puede montar. Se sentirá inquieto con gente extraña a su alrededor. —Miró a Muriel que parecía estar a punto de protestar. —¿No crees, nena? No querrás que se estrese.

—No, claro que no. —Ahora tenía que renunciar a su caballo. Su vida se estaba complicando un poco desde que se le había ocurrido la genial idea de hacerse la graciosa en la Iglesia.

Él sonrió como si no se esperara que fuera razonable. Ella que era la persona más razonable del mundo. ¿Pero qué se esperaba, que se pusiera a protestar como una niña?

Cuando terminó de desayunar, su suegra la ayudó a asearse y vestirse. Se sentía una inútil. —Odio esto —susurró abrochándose los corchetes de la camisa.

Julie apretó los labios. —Lo sé. Eres muy activa y te gusta estar al aire libre. Pero nos entretendremos, ya verás. Solo serán unas semanas más y la rehabilitación.

—Siento ser una carga —dijo mirando sus ojos azules apenada.

—No digas tonterías. Es una suerte que solo tengas eso, después de lo

que podía haber pasado.

Se quedó sentada en su silla pensando en ello. La verdad es que tenía razón y hace un mes ni de lejos se habría imaginado casada con Parker. Tenía que ver el lado positivo de lo que había ocurrido.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? Vamos a elegir muebles por internet —dijo su suegra haciéndola sonreír—. Los que están en mi habitación están muy anticuados para una pareja joven como vosotros. Necesitáis algo nuevo. Será mi regalo de bodas.

—Ya los habías elegido.

—Sí, pero anulé el pedido cuando se anuló la boda. Ahora los elegiremos juntas y me aseguro de que te gusten. Además pintaremos la habitación y quitaremos ese papel pintado. Tú quitas por abajo y yo por arriba.

—No es necesario que te cambies de habitación. Aquí estamos bien.

—Tonterías. Es muy grande para mí sola. Allí estaréis más cómodos y cuando tengas allí la cuna de la niña...

—¿Niña?

—Como no me des una nieta la tenemos.

Puso los ojos en blanco y se echó a reír. Aquello era surrealista.

Parker entró en la habitación y sonrió al verla vestida con un pantalón

corto y una camisa sin mangas. —No se puede estar más bonita.

Se sonrojó de gusto. —¿Eso es para que no te eche la bronca por casarte conmigo cuando no podía protestar?

—Claro. —La cogió en brazos y la besó en los labios suavemente. —
Y por lo del bebé.

—Parker...

—Sí, ya lo sé. Puede que no sea seguro, pero tienes cara de embarazada, ¿verdad mamá?

—Totalmente.

Miró a su suegra sobre su hombro que sonrió con burla. En ese momento la estrangularía. La sentó en una silla de la cocina con una banqueta debajo de la pierna escayolada y su suegra le puso delante un bol de judías.

Empezó a cortar los extremos y susurró —¡No le animes!

Pasó de ella reprimiendo una sonrisa y cuando llegó Parker con la silla la volvió a sentar en ella. —¿Todo bien? ¿Necesitas algo más?

—No. Vete a trabajar que ya te he retrasado bastante. —Forzó una sonrisa y él frunció el ceño.

—Nena, ¿todo va bien?

—Sí, claro. Me aburriré como una ostra, pero...

La besó en la sien. —Tienes que tener paciencia. En nada de tiempo ya tendrás al bebé en brazos y te entretendrá todo el día.

Salió dejándola con la boca abierta. —¿Qué ha querido decir? —Su suegra se hizo la loca. —¿No pensará que me voy a quedar en casa todo el día? —Siguió haciéndose la loca. —¡Julie!

Tomó aire dejando una olla sobre la encimera. —Es que las mujeres de esta familia siempre se han quedado en casa. Parker no ha visto otra cosa.

—¡Me ha visto a mí trabajar!

—Ya, pero no eras de la familia. Ahora sí.

Ay, madre. Si pensaba que se quedaría de ama de casa, haciendo tareas domésticas, se iba a llevar una sorpresa.

Capítulo 7

Consiguió entretenerse porque estuvo con Julie mirando muebles para la habitación y el color de las paredes. Además, su padre se acercó a verla con Wendy, que se echó a llorar de la alegría porque Kevin les había dicho que iban a ser abuelos. Ella no sabía qué decir. Sobre todo porque su padre estaba preocupadísimo pensando que estaba medio secuestrada y que era infeliz. Al ver que estaba bien, tuvo que decirle que no era para tanto. Que tenían que reconocer que Parker había tenido mucho valor al ir a buscarla y que había demostrado que le importaba.

—Kevin me ha dicho que está como loco de la alegría por lo del bebé. Que fue una sorpresa —dijo su padre sonriendo—. Me alegró mucho enterarme. Un nieto.

—Sí... —Forzó una sonrisa. —Aunque aún es muy pronto y...

—Claro, claro. No se hablan de estas cosas hasta más adelante —dijo

Wendy muy seria advirtiéndolo a Larry con la mirada—. Pero nos ha alegrado mucho. Solo queríamos que lo supieras.

—Pero no se lo digas a tu marido. Quiero torturarlo un poco.

Sonrió sin poder evitarlo. —Te guardaré el secreto, papá.

Su amiga Jacinta se acercó a despedirse y coincidió con ellos. Supo en el mismo instante en que Wendy le dio la noticia, porque la miró maliciosa. —Así que has sido mala, pillina.

—¡Wendy!

—¡Es tu mejor amiga! Tiene que saberlo.

Julie se echó a reír sirviendo té helado. —Apuesto a que ya lo sabe todo el pueblo.

—Estupendo, casada inconsciente y preñada —siseó antes de beber de su vaso.

—Vamos, cielo. Todo el mundo sabe que le quieres. Nadie verá nada malo en ello. —Su padre le guiñó un ojo sin darle importancia.

—Todo el mundo vio muy romántico que fuera a buscarte y te obligara a casarte. Nadie olvidará mi boda, te lo aseguro.

—Era tu día.

—Y el tuyo. —Se echó a reír. —Al final nos casamos el mismo día.

—A mí se me pasó en un suspiro.

Todos se echaron a reír. Todos excepto Julie que forzó una sonrisa porque se lo había perdido todo.

La despedida de Jacinta fue llena de lágrimas porque no la vería hasta las navidades. —Espero que cuando vuelva, las dos tengamos un bombo bien grande. A ver quién gana.

—Espero que ganes tú. —La besó en la mejilla. — Lllámame.

—A todas horas.

Cuando se fueron, se quedó mirándolos desde el porche. Se sentía rara, como si perdiera parte de su vida en ese mismo momento. No había sido consciente de lo que cambiaría su vida estando casada, pero ahora empezaba a darse cuenta. Julie le apretó el hombro. —Tu padre vive muy cerca.

—Lo sé, pero es que...

—¿Sabes? Cuando yo me casé y vine aquí, casi me muero las primeras semanas.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida.

—Dejar a mi familia atrás y vivir con mi suegra. —Abrió los ojos como platos. —Era una bruja manipuladora.

—¿Cómo tú?

—Ja, ja. ¿La conociste?

—Murió cuando tenía seis años. Solo la vi un par de veces.

Julie sonrió con tristeza. —Me alegro de que muriera antes que mi Jack. Hubiera sido horrible para ella pasar por algo así.

—Tuvo que ser muy duro. Yo no me imagino que papá no esté.

—Fue lo más duro que he vivido en la vida. Pero mi Parker lo pasó todavía peor. Se fue su referente y... —Apretó los labios. —Lo pasó muy mal. Tuvo que hacerse cargo del rancho y al principio dudaba de todo.

—Lo entiendo.

—Tú también perdiste a tu madre muy joven.

—No la recuerdo. Murió en el parto de Kevin.

Asintió con la mirada perdida. —Era una mujer preciosa. Nunca hablamos, pero parecía una buena mujer.

—¿Nunca hablasteis?

Suspiró sentándose en la mecedora blanca del porche. —Las cosas han cambiado bastante y supongo que la muerte de mi marido ha influido mucho para eso, pero antes los Daniels y los Montgomery no se hablaban. Para nada. Creo que la primera vez que hubo un acercamiento, fue el día que tú le diste esa cinta a Parker.

No se lo podía creer. No recordaba que sus padres no se hablaran antes de eso. —Sé que no se llevaban bien, pero no hablarse viviendo tan cerca...

—Yo se lo pregunté a mi marido millones de veces, pero él simplemente decía que era mejor dejar las cosas así, porque su padre y su abuelo habían intentado solucionarlo y no habían podido. Siempre acababan a puñetazos. Así que él ni siquiera lo había intentado. —Sonrió mirándola. — Pero tú has acabado con la disputa. Cuando te vi en el funeral, supe que eras distinta porque tú no peleabas por unas tierras, sino que peleabas por mi hijo. Algo mil veces más importante.

—Él no luchó por mí.

—¿Crees que si no le hubieras importado, te provocaría como lo hacía? Era la única manera que tenía de acercarse a ti.

—Vaya manera de ligar tan rara.

Su suegra se echó a reír. —El día que tiró tu cinta, se fue a la cama hecho polvo porque sabía que te había hecho daño. Cuando le pregunté, me contestó que no pasaba nada, para que su padre no le dijera que era idiota.

—¿De veras?

—Eras una Daniels, al parecer para ellos no debías tener sentimientos.

—¿Por eso tiró mi cinta? ¿Porque era una Daniels?

—Y porque pensaba que te burlabas de él. Si hubiera cogido tu cinta con toda la historia que había detrás, pensarían que se sentía atraído por ti y ni loco iba a dejar que su padre pensara eso. —Sonrió con tristeza. —Sin embargo, estoy convencida de que a mi Jack le hubiera encantado la mujer en que te has convertido. Como tu padre, que adora tu descarado y tu arrojo. Cualquier tejano apreciaría esas cualidades en una mujer.

—¿Y por qué quiere que me quede en casa?

Apretó los labios. —Vi cómo te caías del caballo. Dios, como aquel día horrible.

Palideció entendiendo lo que quería decir. —Como su padre.

—Estoy convencida que tiene algo que ver eso, pero no estoy segura. Deberías hablarlo con él. Sin discutir. —Gruñó como si eso fuera imposible. —Y después le seduces para asegurarnos el bebé. —Volvió a gruñir y su suegra se echó a reír.

—¿Ves cómo eres una bruja manipuladora?

Jadeó indignada. —No me parezco en nada a mi suegra.

—Ya, ya.

Cuando Parker llegó a casa, estaba tumbada en la cama con un

picardías verde esmeralda que había sido de su madre. Con la pierna sana doblada, escuchó como hablaba con su madre en el piso inferior y subía las escaleras corriendo. Cogió a toda prisa el libro que tenía en la mesilla de noche y aparentó estar muy concentrada. Él abrió la puerta y se detuvo en seco. Muriel bajó el libro y sonrió al ver su camiseta sudada y sus vaqueros llenos de polvo. —¿Qué tal el día?

—Mejora por momentos —dijo mirándola mientras cerraba la puerta.

—¿No me digas? —Tiró el libro a un lado haciéndole reír y estiró los brazos. —Ven, te necesito.

—Cielo, tengo que ducharme. —Se acercó y le dio un beso en los labios. Ella se abrazó a su cuello pegándole a sus pechos y profundizando el beso. Se apartó para mirarla a los ojos. —Tengo que ducharme.

—Me gustas así. Tan... hombre.

Parker se echó a reír. —¿No me digas?

Sonrió maliciosa. —¿Te gusta mi camisón? —Dejó caer un tirante para mostrar la parte de arriba de su pecho. —¿Me sienta bien?

—Te prefiero sin él —dijo con voz ronca antes de acariciar su pecho por encima de la seda.

—Pues quítamelo. —Le besó demostrando todo lo que le deseaba y Parker la abrazó por la cintura pegándola a él. Pero de repente se apartó

pasándose la mano por su pelo negro. —¿Qué pasa?

—Nena, mírate. —Fue hasta el baño. —Además tengo que bajar a cenar. ¿Tú ya has cenado?

Parecía que la rehuía y se quedó allí sentada de lo más confundida. ¡Estaban casados! ¡Nadie se iba a sorprender porque no bajara a cenar! Escuchó el ruido de la ducha y mil cosas le pasaron por la mente. Igual no la quería. ¿Pero si no la quería para que la había forzado a casarse con él? No entendía nada. ¿No estaría deseable? Porque vale que tenía la pierna hecha polvo, pero todo lo demás estaba en su sitio. ¿Sería el embarazo? ¿No querría hacerle daño?

Cuando salió con una toalla en la cintura fue hasta el armario. —¿Has cenado?

—Sí.

—¿Y te has tomado las pastillas? —Cogió unos pantalones negros de la percha. —¿No te dan sueño?

—¿Me estás insinuando que cuando vuelvas tengo que estar dormida? —preguntó molesta.

La miró sorprendido. —No, claro que no.

—¿Es que ya no te pongo?

Él suspiró cogiendo unos calzoncillos. —¿Quieres discutir?

—¿Y tú? ¡Porque solo un hombre que quiere discutir, rechaza a su mujer cuando le espera así!

—Nena, llevo todo el día trabajando y tengo hambre.

—¡Ni que llevaras una semana sin comer! ¡Si no te pongo, dímelo!

—¡No quiero hacerte el amor así!

—¿Así como? —Él siguió vistiéndose dándole la espalda. —¡Parker!

—¡Lisiada y embarazada! ¡Puedo hacerte daño!

—¿Eso significa que si estoy embarazada, me vas a ignorar hasta dentro de casi un año?

—Serás exagerada.

—¡Después de dar a luz, viene la cuarentena! —Una idea se le pasó por la cabeza. Recordó el día que habían hecho el amor y él le dijo que ahora sí que se tenían que casar. —Oh, Dios mío. Pensabas que esto iba a suceder, ¿verdad? Por eso te casaste conmigo.

—¡No digas tonterías!

—Por eso te cabreaste en el hospital, porque quería suspender la boda. Por eso no me cogías las llamadas, para que no lo anulara todo — susurró pálida.

—¡Muriel, estás sacando las cosas de quicio!

—¿Qué te dijo mi padre?

—¿Qué?

—¿Qué te dijo mi padre cuando te prohibió verme?

Parker se tensó. —Que no me acercara más a ti. ¡Eso me dijo!

—Ya, y tú no podías consentirlo, ¿verdad? Si estaba embarazada...

—¡Tendrías un Montgomery! ¡Mi hijo!

Sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. —Por eso habló tu madre conmigo el día de la carrera, para que me sintiera culpable. Por eso cogiste la cinta. Ella lo sabía. ¡Todos lo sabíais y me manipulasteis! ¡Por eso te alegraste tanto esta mañana y por eso tu madre pensó que estaba embarazada cuando dije lo del bautizo!

—¡No sé de qué me hablas! —gritó furioso.

—¿Sabía que nos habíamos acostado? —gritó desgarrada—. ¿Lo sabía tu madre?

Parker apretó los labios. —Sí, lo sabía. —Cerró los ojos sin soportar mirarle y se tumbó de costado. —Nena, no sé a qué viene esto. Pero vamos a tener un hijo y nos íbamos a casar. ¡Ahora ya está hecho! ¡Así que deja de comportarte como una cría de una maldita vez! —Salió dando un portazo y se estremeció dejando que las lágrimas corrieran por sus mejillas. ¡Cómo podía haber sido tan idiota! Otra vez había imaginado cosas cuando la

realidad era mucho más simple. Durante años solo se había metido con ella, ¿y de repente quería casarse? Siguió su broma para dejarla en evidencia ante todo el pueblo y le hizo el amor en un impulso. ¡Nunca la había querido por pareja! Cuando se dio cuenta de que sí podía estar embarazada, la manipuló de tal manera que llegó a creer que siempre se había sentido atraído por ella. ¿Pero qué podía esperar de un hombre que la había obligado a casarse inconsciente? Había aprovechado la oportunidad y le había salido bien. Y aún más, Julie había colaborado activamente para que su ilusión creciera. Como las palabras que le dijo sobre sus supuestos celos o lo preocupado que debía estar después de su accidente, tan parecido al de su padre. ¡Muy preocupado no debía estar, cuando se había ido del hospital!

Se tapó la boca para que no se oyeran sus sollozos. Estaba claro que no la quería, porque un marido enamorado no se hubiera ido de la habitación, dejando a su mujer en ese estado. Todo era mentira. Y era obvio que Julie no le había dicho que era mentira lo del embarazo, porque seguía convencido de que estaba embarazada. Lo había hecho todo para que su hijo tuviera el apellido Montgomery. Pues se iba a llevar una sorpresa cuando le dijera que era mentira y que se había casado para nada.

Cuando él volvió a la habitación, suspiró al verla sentada en la cama

mirando al vacío. —Nena, deberías descansar.

—Si no nos hubiéramos acostado, ¿hubieras querido casarte conmigo?

—¿A qué viene eso?

—¿Puedes contestar sinceramente por una vez?

—Si no te hubieras retractado, me habría casado. —Le miró sorprendida. —Los Montgomery no nos echamos atrás. Era un reto y yo siempre gano los retos.

—Así que si me hubiera retractado antes del accidente, te hubieras burlado de mí y ya está. —Él se tensó. —Era una burla más. Me pusiste el anillo de tu abuela en el dedo para burlarte de mí, aprovechando una broma mía.

Parker apretó las mandíbulas con fuerza y Muriel le miró como si no le conociera. Y realmente no le conocía de nada. —Pero me hiciste el amor. —Él no respondió. —¿Y si ahora no estuviera embarazada?

—Déjate de tonterías. Lo estás.

—¿Y si no lo estuviera?

—Daría igual, ahora estamos casados. Eres mi mujer. —Ahora entendía por qué Julie insistía en que tenía que seducirle. Sino aquel matrimonio no tenía sentido.

Ella se quedó en silencio pensando en su padre. Él sí pensaba que Parker la quería y que las circunstancias familiares habían hecho que estuvieran alejados. Por eso le había dado la cinta, aunque sabía que le había costado muchísimo hacerlo. Pero ella le importaba más que nada. No podía darle ese disgusto a su familia. Sobre todo porque su padre había estado muy preocupado por no haber podido impedir la boda. Se echaría la culpa de todo y no podía consentirlo, porque la culpa era solo suya por haber jugado con fuego durante todos esos años.

Parker se estaba desvistiendo mirándola de reojo, pero ella sumida en sus pensamientos no se daba cuenta. Estaba claro que ese matrimonio no tenía futuro por mucho que ella le quisiera. Para él no era nadie. Solo era la madre de su posible hijo. La molesta vecina de la que se había burlado toda la vida. Si ni siquiera quería hacerle el amor.

Cuando él se acercó a la cama y se metió en ella, le miró como si fuera un desconocido. —Nena, me estás poniendo muy nervioso. ¡No sé qué se te pasa por la cabeza, pero ya te estás olvidando! ¡Estamos casados y vamos a tener un hijo! ¡Miremos hacia delante de una puta vez y déjate de historias!

Se estremeció por esas frías palabras y le miró a los ojos. —¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Si con eso te olvidas del tema de una vez? —preguntó agresivo

dándole la espalda.

Apretó los labios, pero tenía que saberlo. —¿Dónde está mi cinta?

Él se tensó y la miró sobre su hombro. —¡Se me rompió trabajando!
—A Muriel le estalló el corazón en mil pedazos. —¿Ahora puedes dormirte?
Estás agotada.

En silencio se acostó y le dio la espalda. La primera vez que era consciente de que dormía a su lado y se daban la espalda como enemigos. Apretó las sábanas entre sus puños sintiéndose impotente. Cuando viera al cura se iba a enterar.

Al día siguiente Julie se dio cuenta que algo iba mal y a la hora de la comida ya no lo soportó más. —¿Qué ocurre, Muriel? —preguntó recogiendo la mesa—. Casi no has comido y tienes mala cara. Como si no hubieras dormido en toda la noche. Y sé que no ha habido sexo, porque mi hijo se levantó furioso.

—Tú sabrás porque a mí no me ha dicho nada.

—Habéis discutido —dijo decepcionada.

—No. Me ha iluminado, eso es todo.

—¿Iluminado? —Confundida se volvió a sentar a su lado. —No te

entiendo.

—¿No me entiendes? —La miró con ironía. —No te hagas la tonta. ¿Por qué creías que podía estar embarazada si nos acabábamos de casar? ¿Qué suegra creería, al día siguiente de la boda por nombrar la palabra bautizo, que yo estaba embarazada?

Julie se sonrojó. —Ah.

—Sí, ah. ¿Sabías que nos habíamos acostado y me comiste la cabeza para que me sintiera culpable el día de la carrera, por la remota posibilidad de que estuviera embarazada!

—¿No fue así!

—¿Ah, no? ¿Y cómo fue? ¿Qué historia te vas a inventar ahora? ¿Qué siempre ha estado enamorado de mí? ¿Qué el rencor de nuestras familias le impedían demostrarme lo que me quería? ¿Por eso se reía de mí cada vez que podía?

—No lo entiendes.

—¿No! No entiendo cómo habéis podido jugar así con mis sentimientos —dijo desgarrada—. ¿Porque yo sí que le quería!

—Lo sé. —Intentó cogerle la mano, pero ella la apartó rápidamente y Julie suspiró. —Claro que lo sabía. Se te notaba cada vez que le mirabas. ¿Os pinchabais mutuamente, pero él te seguía el juego! Y es cierto que estaba

celoso de ese chico y mil cosas más que no te voy a contar porque no me vas a creer.

—Tienes razón. Ya no me creo nada.

—Cuando iba a lavar uno de sus pantalones el día después de la estampida, vi la sangre y asustada le pregunté si estaba herido. Avergonzado me contó lo que había ocurrido. ¡Eras virgen y se sentía responsable! Vi como lo que hasta ese momento había sido una charada con el tema de la boda, se volvía realidad en su cabeza y me dijo que iba a casarse contigo.

—Antes no tenía pensamiento de casarse, ¿verdad?

—¿Acaso lo tenías pensado tú? Ese instante lo cambió todo, dándome esperanzas. Ni siquiera os dabais cuenta de que estabais enamorados en vuestro esfuerzo por fastidiaros. ¡Él estaba celoso de otros hombres y yo podía ver que no entendía la razón! Es cierto que cuando tenías quince años le sorprendiste y reaccionó mal. Pero después de eso empezó a mirarte de otro modo. ¡Se sentía posesivo contigo y no se daba cuenta! Siguió la corriente a tu broma y yo le apoyé cuando me pidió el anillo. ¡Casi le animé dándole algo tan importante para mí! Sé que estáis hechos el uno para el otro, pero él todavía tiene que darse cuenta. No dejes que te decepcione por unas palabras. Lo que importan son los hechos y después de que tu padre viniera amenazando con matarle, él no pudo resistirse y fue hasta tu casa para reclamarte porque estaba convencido de que si no iba, no te casarías con él

jamás. Creía que perdería esa oportunidad para siempre, ¿no lo entiendes?

—¿Temía perder al bebé?

—¿Un bebé que no sabemos si existe? ¡No seas idiota, Muriel! ¡Eso es solo una excusa para atraparte! ¿Quieres un hombre tierno? ¿Un hombre que te diga que te ama continuamente, aunque no sea verdad? ¡Puedes estar segura de que el día que mi hijo te diga que te ama, será porque lo hace tan profundamente que no puede vivir sin ti! ¡Cómo mi Jack!

Se levantó cogiendo los platos y tirándolos en la pila rompiéndolos. Muriel la miró asombrada y más cuando se volvió y la señaló con el dedo. — ¡Quiero verle feliz! ¡Así que ya estás haciendo las paces!

—¡No quiere ni tocarme! ¡Dice que no me va a tocar hasta después de dar a luz!

Entonces su suegra levantó ambas cejas. —¿Crees que se va a resistir? ¿Estás tonta? Tú arrímate a él de noche y a ver si se resiste.

Se puso como un tomate. —No creo que deba tener esta conversación contigo. ¡No eres objetiva! ¡Tú quieres que estemos casados por encima de todo!

—¡No, por encima de todo no! ¡Si no estuviera convencida de que te quiere, ya te podrían ir dando, guapa!

Jadeó indignada. —Vaya, muchas gracias. ¡Me impresiona lo que te

importan mis sentimientos!

—¡Si me tuviera que preocupar de todas las que están coladas por mi hijo, no pegaría ojo!

Muriel entrecerró los ojos. —¿No me digas?

—¡Lo sabes de sobra!

—¡Las espanté a todas!

—¿Ahora quieres que vuelvan? —Eso no le gustó un pelo. —¡Lucha por él por una vez! ¡Qué sepa que no solo te has casado inconsciente, sino que te casarías de nuevo con él las veces que hiciera falta! ¿Cuándo le has demostrado tú que le querías? ¿Por una cinta? ¡Eso es un pedazo de tela!

Se sonrojó porque tenía razón. Tampoco ella le había demostrado que le importaba. Cuando le rayó el coche, seguro que pensó que no le quería mucho. Gruñó apoyando el codo en el brazo de la silla y sujetándose la cara con la mano. Por demostrarle que le quería no perdía nada. Su corazón ya estaba hecho polvo.

Julie sonrió al verla pensar. —Si quieres sugerencias...

—¡No! ¡Esto voy a hacerlo yo! ¡Y deja de meter la nariz donde no te llama nadie!

—Será desagradecida —susurró volviéndose hacia el fregadero—. Encima que la ayudo.

—¡Te he oído! —Su suegra chasqueó la lengua antes de empezar a recoger los restos de los platos. Pensando en ello, Muriel se miró la pierna. — Mierda de escayola...

—Te dije que una lagrimita hace maravilla con los Montgomery.

—¡Serás metomentodo! ¡Qué no voy a utilizar ese truco tan viejo! Además, ayer vio que me iba a poner a llorar y salió cagando leches de la habitación.

—¿Pero a que volvió mucho más suave?

—¡No!

—¿Cómo qué no? —preguntó asombrada.

—¡Qué no! ¡Y le pregunté dónde estaba la cinta y me dijo que la había roto!

Su suegra entrecerró los ojos. —¿Ah, sí?

—¡Sí, trabajando!

—¡Este hijo mío es idiota! —Caminó hasta ella y la cogió de la silla tirando de ella hasta fuera de la cocina.

—¿A dónde me llevas?

—Espera y verás. —Detuvo su silla ante una puerta y la rodeó para abrir, antes de empujarla a lo que era un despacho. Su suegra fue hasta detrás del escritorio y empezó a abrir cajones.

—¿Qué haces?

—En la habitación no está. Así que tiene que estar aquí.

—¿Hablas de la cinta?

—Exacto. —Sonrió y levantó la mano mostrando su cinta.

Alucinó al verla entera y su suegra se la acercó, cogiéndola rápidamente para revisarla. Estaba arrugada en los extremos donde había hecho el nudo para atársela a la muñeca, pero no se había roto. —¿Por qué me ha mentido?

—No es la pregunta correcta. ¿Por qué se la quitó de la muñeca?

Se miraron a los ojos. —¿Cuándo se la quitó?

—Días antes de la boda, cuando vino tu padre. Le dijo con desprecio que no te merecía y que no fuera hipócrita llevando eso en su muñeca, cuando ni siquiera había sido capaz de visitarte.

A Muriel le dio un vuelco el corazón. —¿Creía que tenía razón?

—No lo sé. Dímelo tú.

—Ya no sé qué pensar.

—Tenéis mucha historia detrás y me da la sensación de que tú solo piensas en el pasado. Piensa en el futuro con él.

La miró asombrada. —Me dijo que ahora estábamos casados y que

me olvidara del pasado. Que miráramos al futuro.

—Pues no es mal consejo.

—Claro, como metió la pata al no coger esto cuando tenía quince años...

Julie se echó a reír. —¿Te das cuenta de que ese episodio ha marcado tu vida?

—¡Sí! ¡Porque lo pasé fatal!

—¿Y qué tiene que hacer para que se te olvide?

Miró la cinta entre sus dedos. —Bueno, si me dijera que me quiere...

—Aún tenéis que trabajar un poco en ello.

—¡Querrás decir que yo trabaje en ello, porque él no mueve un dedo!

—¿Quién fue a buscarte y convenció a todo el mundo para casarse contigo? —Muriel gruñó tendiéndole la cinta. —¿Eso no gana a lo de esta tira de tela?

—Cállate ya, bruja manipuladora.

Su suegra se echó a reír a carcajadas y guardó la cinta en el cajón de nuevo. —Ahora vamos a la habitación que hay mucho que hacer.

Capítulo 8

Estaba arrancando el papel de flores de la habitación de su suegra, que en ese momento estaba haciendo la cena, cuando empezó una canción en la radio de Marc Anthony y alargó la mano para subir el volumen. La volvía loca ese hombre y eso que era delgadito y no parecía muy alto, pero tenía un aura rodeándole que siempre que le escuchaba saltaba de la silla.

Cantando a pleno pulmón “Ahora quién” cogió un extremo del papel y tiró con fuerza. Juró por lo bajo y se miró el dedo. ¿Cómo era posible que se cortara con papel de pared? Pues ella podía. Una mano cogió la suya sorprendiéndola y al ver a Parker sonrió. —¡Ya estás aquí!

Él miraba su dedo y al ver una gotita de sangre, se acercó el dedo a la boca. A Muriel se le cortó el aliento cuando chupó su dedo mirándola a los ojos. Si esa era su disculpa, le valía. Le cogió por la camiseta con la otra mano y tiró de él hacia ella atrapando su boca y besándole, demostrando todo

lo que le necesitaba. Parker se apartó con la respiración agitada al igual que ella. —¿Se te ha pasado el enfado? —Acarició su mejilla hasta su nuca. — Nena, no quiero hacerte daño. Hablo en serio.

—Me quedó muy claro. —Se levantó la camiseta mostrando sus pechos desnudos. —Pero tú te lo pierdes. Yo seguiré dándome placer sola.

Eso le dejó de piedra y ella sonrió antes de bajarse la camiseta para agarrar otro trozo de papel y tirar con saña. Él carraspeó incorporándose y mirando a su alrededor. Unos peones que había llamado su suegra habían sacado los muebles y la habitación se veía enorme. Volvió a carraspear moviéndose de un lado a otro como si estuviera incómodo y dijo al fin — ¿Dándote placer sola?

—Claro, ¿tú no lo haces?

—Desde adolescente no.

—Ah, pero es que yo perdí la virginidad hace poco. ¿No lo recuerdas?

—Lo recuerdo muy bien.

—¿No te tienes que ir a duchar?

—Tengo tiempo todavía.

—Uhhh, la alcachofa de la ducha da mucho gustirrinín. La uso mucho.

—¿No me digas?

—Sí, no puedo tener juguete a pilas, porque si lo ve Wendy...

—Entiendo —dijo molesto.

—Pero con la ducha me vale. O el dedo. —Volvió a arrancar otro pedazo de papel. El bulto en sus vaqueros le dijo que estaba de lo más excitado. —Si quieres hacértelo, no me importa. Sé que otras mujeres se enfadan, pero a mí me da igual.

—Prefiero hacerlo con mi mujer —dijo con voz ronca.

—Ya, pero no quieres. —Le miró extrañada. —¿O has cambiado de opinión?

—¡Nena, si te hago el amor no voy a ser delicado precisamente!

Soltó una risita. —Me alegro. Cuando te pusiste apasionado fue cuando más me gusto.

Casi sudando se pasó una mano por la nuca. —Estás embarazada y no puede ser bueno.

Chasqueó la lengua tirando del papel. —¿Y si no lo estoy? ¿Has pensado en lo que nos estamos perdiendo?

—¡El médico te dijo que sí! ¡No se equivocan en esas cosas!

Ella hizo una mueca. ¿Le debería decir la verdad? ¿Y que se cabreara más? Ni hablar. —Pero es muy pronto y...

—¡Déjate de rollos!

—¿Por qué no lo hacemos para asegurarnos? —Le miró maliciosa. —
¡Vamos, solo lo he hecho una vez! ¡No es justo! ¡Tú lo has hecho un montón!
—Eso pareció hacerle gracia, porque se acuclilló a su lado y ella le pasó la
mano por el cabello. —Me tienes que enseñar muchas cosas.

—Con la pierna así, no creas que te puedo enseñar mucho.

—Seguro que tú eres capaz de sorprenderme. —Le besó suavemente
en los labios antes de acariciar su labio inferior con la lengua. Él gruñó
cogiéndola por la nuca e inclinando su cabeza para entrar en su boca
besándola apasionadamente. Sintió que había ganado y acarició su lengua con
ganas de fundirse con él.

Llamaron a la puerta dos veces y él se apartó de golpe para ver a su
madre en la habitación. —¿No bajáis a cenar? Hoy tengo partida de póker.

¡La mataba! ¡La mataba y tiraba su cuerpo al río para que no la
encontrara nadie!

Parker se sonrojó enderezándose. —Sí, claro. ¿Tengo tiempo para una
ducha rápida?

—Claro. Mientras tanto ayudo a mi querida nuera a bajar.

—¿Seguro que puedes?

—¿Cómo crees que hemos subido y bajado estos dos días?

Él entrecerró los ojos —Ni idea.

—¿Quieres verlo?

—Estoy impaciente.

Se quedó de piedra cuando vio como Muriel cerca de la escalera se levantaba y su madre la ayudaba a sentarse al borde del primer escalón, bajando de culo cada uno de los peldaños, apoyándose en el otro pie y en las manos, mientras Julie sujetaba su escayola por el talón. —Así para subir y bajar —dijo su madre a la mitad—. ¿Has visto? —Parker puso los ojos en blanco antes de entrar en su habitación y ambas soltaron una risita. —Le ha encantado.

—Eres un poco inoportuna, suegra.

—Lo he hecho a propósito porque luego me voy y podrás gritar lo que quieras. —Se puso como un tomate. —Me refiero al sexo.

—Ya me había dado cuenta.

Su suegra sonrió emocionada. —Hoy no se te escapa.

—No.

—Más te vale.

—Qué pesada estás.

Cuando estaban en la mesa charlando de la pintura beige que había elegido, apareció su marido que sonrió frotándose las manos. —Pollo frito.

Muriel entrecerró los ojos porque parecía mucho más relajado y

cuando se sentó en la cabecera, se sirvió dos muslos de pollo y un montón de puré de patatas. Sonrió a Muriel antes de ponerse a comer. Demasiado relajado para su gusto. Ella pinchó el pollo como si quisiera cargárselo, antes de ponérselo en el plato sin quitarle ojo y Parker se echó a reír. —Nena, ya está muerto.

—¿No me digas?

Hablaron de varios temas, entre ellos el tipo de muebles que querían y estaban de acuerdo. No demasiado recargados ni oscuros. —¿Qué te parece un cabecero de piel? Son cómodos para apoyarse.

La miró a los ojos. —Sí, me gusta la idea. Pero nena, que la cama sea grande que soy muy alto.

—Tranquilo. Tenemos espacio de sobra.

Su madre se echó a reír. —Su padre le cambió la cama y pegó un estirón que se pasó cinco años durmiendo con los pies fuera. Jack se negaba a cambiarla porque estaba nueva.

—Le convencí cuando se rompió una pata con mi peso. —Divertido cogió su cerveza. —No le gustaba desperdiciar nada.

Su suegra miró el reloj de la cocina. —¡Oh, voy a llegar tarde! No recojáis. Ya lo haré yo cuando vuelva. —Le dio un beso a Parker en la mejilla y otro a Muriel. —Pasarlo bien.

—Desplúmales, mamá.

—A eso voy.

Cuando se quedaron solos, ella se cruzó de brazos mirándole fijamente. Parker carraspeó. —¿Te has tomado las pastillas?

—Me lo has preguntado ya dos veces.

Se levantó de golpe recogiendo los platos del postre. —Estarás agotada de tanto trabajar.

—Lo has hecho, ¿verdad? —Él disimuló dejando los platos en el fregadero. —¡Parker!

Él suspiró dándose la vuelta. —¿Sí, nena?

—¡No me lo puedo creer!

—¡La culpa es tuya, que me pusiste a mil! ¡Cómo iba a bajar así a cenar!

—Estupendo. Enseguida te pongo a tono de nuevo y... —Él negó con la cabeza. —¿Cómo qué no?

—Estoy muerto.

Gimió tapándose la cara. —Esto no está pasando.

—Pero te has dado cuenta de que sí te deseo, ¿verdad? —preguntó algo inseguro apartando sus manos como si estuviera preocupado por sus

palabras del día anterior—. Nena, te deseo muchísimo.

—Pero no me lo demuestras.

—Es que es muy pequeño y teniendo la pierna así...

—Precisamente porque es pequeño no le molestas. Ni se enterará.

¡Eso si está ahí!

Él entrecerró los ojos. —Lo repites mucho.

—¿El qué?

—Cualquier mujer a la que su médico le diga que está en estado, se lo creería. Pero tú lo dudas continuamente. ¿Por qué?

—Pues... —Madre mía, ¿se lo decía o no? —Es que solo fue una vez.

Parker reprimió la risa. —Ah, es por eso.

—La probabilidad es muy pequeña.

—Pero la hay.

—Sí, pero yo creo que deberíamos asegurarnos.

—¿Quieres tener un hijo? Me dijiste...

Le cogió por la nuca. —¡Quiero hacer el amor con mi marido!

Los ojos de Parker brillaron. —¿Con tu marido?

Solo su mirada le alteró el corazón y se excitó solo con eso. Dios, no podía pasarse meses sin tocarle. —Sí, quiero hacer el amor contigo —susurró

con voz ronca—. Y repetir si se puede.

Parker se echó a reír antes de cogerla en brazos. —Pues vamos a ello.

Le abrazó por el cuello. —¿De verdad? ¿No me pondrás la miel en los labios para quedarte dormido o algo así?

—¿Con dos horas será suficiente?

—¿Solo?

Se echó a reír y la metió en la habitación con cuidado. —Intentaré que sean dos horas muy interesantes.

—Uy, estoy impaciente.

La estaba sentando en la cama cuando sonó el teléfono y ella gimió — ¡No me lo puedo creer! ¡Menuda mierda!

—Nena, igual no es nada.

—¿A las nueve de la noche?

Efectivamente cuando cogió el teléfono era uno de los peones que llamaba para informarle de que había habido una pelea en el barracón y uno de los peones tenía roto un brazo. Él apretó los labios muy serio diciendo que iba de inmediato antes de colgar el teléfono.

—Por la cara que pones, no es nada bueno. ¿Qué ha ocurrido?

—Una pelea en el barracón. ¡Mierda, voy a perder a uno de los dos y

ambos son buenos en su trabajo!

Ella que sabía lo importante que era tener buenos vaqueros suspiró.

—Lo siento.

La besó en los labios y susurró —¿Puedes quedarte sola?

—Claro que sí. Vete tranquilo. Ya estoy en la cama.

—No me esperes despierta. No sé lo que tardaré.

—Pon las cosas en orden. Que sepan quién manda.

Parker sonrió yendo hacia la puerta. —¿Sabes? Vas a ser la esposa perfecta de un rancho.

—Claro. Porque soy ranchera, guapo. Uso el lazo mejor que tú.

—Eso ya lo veremos.

Muriel se echó a reír. —Claro que lo veremos. Cuando quieras, vaquero.

Llegó de madrugada y Muriel no quiso despertarle cuando se levantó. Le costó un poco ir al baño a la pata coja levantando la pierna sin hacer ruido, pero lo consiguió. Cuando llegó al piso de abajo, tenía la silla al lado de la escalera y aliviada se sentó colocando la pierna en su sitio antes de empujar la

silla hasta la cocina. —Buenos días.

Su suegra se volvió sorprendida. —¿Has bajado sola?

—Sí, no te chives. Está agotado. —Al ver la mirada de su suegra jadeó. —¡No de eso! Tuvo que ir a trabajar antes de empezar a pasarlo bien.

—Vaya.

—Sí, vaya. —Se acercó a la cafetera y su suegra le sirvió una taza antes de que cogiera la jarra. —Puedo hacerlo sola.

—Ya, ya. —La cogió de la silla y la empujó hasta la mesa. Al mirar el calendario que estaba al lado del teléfono, se atragantó al ver la fecha. —¿Qué ocurre? ¿Se te ha ido por el otro lado?

Pálida miró a su suegra. —¿Es once de julio?

Frunció el ceño. —Sí. —Al ver su cara de asombro se tuvo que sentar. —No.

—Sí.

—¿Cuándo?

—¡El día ocho o antes, pero con la boda y todo lo que estaba pasando ni me di cuenta!

—No nos pongamos nerviosas. —Vio que iba a tomar más café y le arrebató la taza. —No nos pongamos nerviosas —dijo de nuevo levantándose y bebiendo de su taza mientras paseaba de un lado a otro—. Sólo son tres

días.

—Sí, no nos pongamos nerviosas.

—¡Cómo no te diste cuenta antes de ayer! —le gritó medio histérica.

—¡Ni sabía en el día en que vivía, guapa! ¡Lo acabo de ver en el calendario! —Señaló la pared y su suegra miró el calendario.

—Bueno, han pasado muchas cosas en poco tiempo. Igual no es lo que creemos. Has tenido un accidente y...

—Tu cara no dice eso.

—Voy a por una rana.

—¿Una rana?

—¿Quieres que todo el mundo se entere de que quieres una prueba de embarazo, cuando se supone que ya estás embarazada? Pensarán que no me fío.

—Vete a por una rana.

—Pues a ver dónde la pillo.

Pensó en eso. —En el instituto.

—¡Y una leche!

—¡Pues no es que haya muchas charcas por aquí!

Se miraron a los ojos. —¡La charca del parque! —gritaron a la vez.

—¡La madre que te parió! ¿Cómo voy a coger una rana en el centro del pueblo? ¡Pensarán que he perdido un tornillo!

—Ya lo sé. ¡Dale diez pavos a un niño para que te la meta en un tarro! Por diez pavos te meten media charca.

Corrió hasta el hall cogiendo un tarro de cristal con galletas de la que salía. —¡Está chupado! ¡Vuelvo enseguida!

Escuchó las ruedas del cuatro por cuatro derrapar por el camino y gimió. Quizás lo de la rana no había sido buena idea. Se pasó inquieta toda la hora y cada poco se acercaba al hall para mirar hacia arriba y escuchar si su marido se había levantado. Cuando su suegra regresó hora y media después, se había comido de los nervios toda la tarta de manzana que había en la nevera. Bebía zumo cuando la vio llegar entrando en casa como si fuera un ladrón con el bolso sujeto por las dos manos. Entró en la cocina y suspiró aliviada al ver que estaba sola.

—¿La conseguiste? —Sacó el tarro del bolso y vio que tenía no una sino dos ranas. —Estupendo, ¿y ahora qué hago?

—Tienes que pincharles el pis.

Dejó caer la mandíbula. —¿Qué?

—¿Qué creías que había que hacer? ¿Sonreírles y que croaran que es niña?

—¡Cada día me caes peor!

—Lo que no tengo es una jeringuilla. —Pensó en ello un rato. — Seguro que en el establo hay alguna de las que usan para los caballos. Voy a por ella. —Metió el tarro debajo del fregadero y sonrió. —Esto va a salir genial.

—Tiene toda la pinta. Toda la pinta de acabar en desastre.

Estaba mirando por la ventana como su suegra entraba en el establo casi corriendo, cuando la cogieron de la cintura haciéndola gritar del susto. Miró sobre su hombro y forzó una sonrisa a su marido que la miraba algo sorprendido. —Te has levantado... Me has asustado.

—¿Estás bien?

—¿No deberías volver a la cama?

Escucharon como una de las ranas croaba y Parker miró hacia atrás.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué?

—No sé.

—Cariño, estás cansado.

Él suspiró pasándose la mano por el cabello antes de agacharse para darle un beso en los labios. —Hoy vienen a recoger trescientas reses para un supermercado.

—¿Quieres que te ayude?

—Ja, ja.

Su madre entró casi corriendo en la cocina y se detuvo en seco al verle, escondiendo la mano en la espalda con poco disimulo. —¡Hijo! ¡Ya te has levantado!

Muriel gimió interiormente porque su suegra disimulaba fatal. — Mamá, ¿estás bien? Pareces acalorada.

—Es que hace calor.

La rana volvió a croar y Julie tosió con fuerza.

—Igual deberías ir al médico.

—Enseguida te hago el desayuno.

—Déjalo, desayunaré con los demás en el barracón. —Mirándola con el ceño fruncido fue hasta el hall. —¿Seguro que estás bien?

—Claro que sí. —Sonrió de oreja a oreja. —Venga, vete a trabajar que tendrás que mantener una familia numerosa.

Levantó ambas cejas. —Empecemos por el primero y a ver qué pasa.

—Eso —añadió Muriel sonriendo como una loca—. Que disfrutes del día, cielo.

Las miró como si estuvieran algo chifladas antes de coger su

sombrero. —Os veo luego.

Cuando salió de la casa, Julie suspiró del alivio y fue hasta la ventana.

—Esperaremos a que se vaya.

—¡Seguro que piensa que pasa algo raro! ¡Te comportas como una loca!

—¡Va! En cuanto se suba al caballo, se le olvida.

Efectivamente cinco minutos después salía del establo y se montaba al caballo. Distráido miró hacia la casa y ambas se despidieron de él con la mano, sonriendo de oreja a oreja. Con el ceño fruncido giró el caballo y se llevó la mano al sombrero, inclinando la cabeza en señal de despedida, antes de encaminarse a la salida del rancho.

—¡Ya está! —dijo Julie con alivio—. Uff, tiene un mosqueo...

—¡Y no me extraña! Venga, acabemos con esto.

—Tienes que hacer pis.

—¿Ahora?

—¿Cuándo quieres hacerlo, cuando Parker vuelva a casa?

—¿Estás segura de lo que haces? ¿No te cargarás a las ranas si les inyectas eso?

—¿Sabes cuántas veces mi madre fue al practicante para que le hiciera esta prueba?

—No, ¿cuántas?

—Pues un montón. Una vez al mes durante tres años. Cuenta. Hasta que llegó mi hermano y dejó de torturar al pobre hombre. Después de tener su primer hijo, ya se le quitaron las ganas.

—¿Ah, sí? ¿Tan mal le fue?

—Es que mi hermano es un chillón de primera y se pasó los dos primeros años berreando. Cuando llegué yo, dijo que ni se había enterado porque me pasaba dormida todo el día. Depende del niño. Pero como nos toque uno pesado...

—¿Cómo era Parker?

—Un santo mi niño. Solo comía y cagaba.

—Muy gráfico.

Julie hizo una mueca. —El tuyo saldrá guapísimo. ¿Meas o no? —Le tendió un vaso de cristal limpio.

—¿Aquí?

—¡No seas remilgada!

—¿No deberíamos mirar en internet? Para asegurarnos de que lo hacemos bien.

—Si te empeñas...

Cinco minutos después estaban viendo un video en YouTube sobre cómo se inyectaba la orina. Las dos miraban la pantalla con cara de asco, pero Julie no se daba por vencida. —Está chupado.

—¿Estás segura? Igual deberíamos ir a otra farmacia o...

—¿Ahora que tengo dos ranas?

—Pero aquí dice que si es sapo la prueba es distinta. ¿Sabes si es sapo?

—Claro. Los sapos son más grandes. —Frunció el ceño. —¿O son las hembras?

—¡Oh, por Dios! ¡Con lo fácil que es mear en un palito!

—¡Les estás cogiendo mucho cariño a dos ranas que ni conoces! ¡Eres vaquera! ¡Estás acostumbrada a tratar con animales!

—Está bien. Dame el vaso.

Después de meter la orina en la jeringuilla, se quedaron mirando el tarro con las ranas. —Lo haremos en las dos para asegurarnos. Coge una. — Su suegra sonrió con la jeringa en la mano.

—Me dan mucho asco. En el instituto no fui capaz de diseccionarla.

—¿Inyectas tú?

—No. Yo las cojo. —Metió la mano en el tarro de cristal y gimió tocando la primera rana antes de atraparla. La agarró con la otra mano para

que no se le escapara y miró a su suegra. —Ya está.

—Dale la vuelta.

Exasperada hizo lo que le decía y su suegra la inyectó con mucho cuidado. Sonrió cuando terminó. —¡Lo haces muy bien!

—Gracias. Le ponía las inyecciones en el trasero a mi abuelo. Decía que ni se enteraba.

—Estupendo. Ahora la otra.

—Ten cuidado no las mezcles.

—Esta tiene una mancha en el lomo.

Cuando terminaron las miraron a través del cristal. —Bien. Mañana sabremos el resultado. Si hay huevos, estás preñada.

—Es increíble que la hormona del embarazo las haga ovular y tener huevos, ¿no crees?

—La naturaleza es increíble, pero entiendo que saliera lo del palito. El que lo inventó, debió forrarse. Ahora a desayunar. Con tanta actividad se me ha abierto el apetito.

Intentaron distraerse, pero cada poco miraban el tarro. —Menuda tontería —dijo Muriel tomando su zumo—. Si hasta mañana no sabremos nada.

—Seguiremos trabajando en la habitación para distraernos. —Cogió

el tarro y lo metió bajo el fregadero. —Así nos olvidaremos de eso un rato.

Casi a la hora de la cena estaban de los nervios y ambas miraban el tarro sentadas en la mesa de la cocina. —¡Esto es ridículo! —protestó su suegra—. Me voy a Gleenfield a por una prueba al centro comercial.

En ese momento ambas pegaron la nariz al tarro, al ver que de una de ellas salía lo que parecían circulitos transparentes. Se miraron asombradas antes de echarse a gritar abrazándose, para volver a mirar el tarro de nuevo y gritar como locas.

—¿Qué coño os pasa?

Asombradas miraron a la puerta de la cocina, donde Parker las observaba como si estuvieran chifladas. Al ver el tarro ante ellas, se acercó mirándolas mosqueado. —¿Qué es eso? ¿Ranas?

—Queríamos hacer un experimento que me enseñó mi madre —dijo su suegra mintiendo como una bellaca—. La prueba de la rana.

—¿La qué?

—¡Mira! ¡Hay huevas de rana! ¡Vais a tener un hijo!

—Ya —dijo Parker atónito—. Mamá, ¿te encuentras bien?

—La hemos hecho para asegurarnos. ¡Y es positiva!

Parker sonrió acercándose a Muriel y la besó suavemente en los labios. —¿Así que ya es seguro? ¿Puedo repartir los puros?

—Eso mejor lo dejamos para cuando nazca. —Le acarició la nuca. —
¿Estás contento?

—Claro que sí. Ya me había hecho a la idea. Me hubiera
decepcionado lo contrario. ¿Y tú? ¿Estás contenta?

—Sí.

—Espero que sea niña —dijo Julie ilusionada—. Y en el bautizo
podéis repetir los votos.

—¿Qué votos? No los dije la primera vez.

—Pues eso. Los dices. Es para asegurarse también de que el señor
está de acuerdo con esta unión. Nunca se sabe.

—Mamá, ¿seguro que estás bien?

Julie sonrió encantada. —¡Me habéis hecho muy feliz! ¡Un nieto! —
dijo saliendo de la cocina—. ¡Voy a tener un nieto!

—Lo dice como si se acabara de enterar. ¿Ha bebido?

Muriel se echó a reír. —¿Qué tal el ganado?

—Uno de los camiones perdió un eje y van a tener que repararlo.
Saldrá mañana.

—Vaya. Esas cosas son una pesadez cuando ya se tiene el traslado
organizado.

—Por cierto, tienes a Albert muy cabreado.

Se tensó al escuchar el nombre del veterinario. —¿No me digas? Si se iba a tomar unos días por el nacimiento de su hijo, debería haber adelantado el trabajo. No puede esperar que yo detenga mi explotación para que él disfrute de su bebé.

—Pues me ha dicho...

—¿Qué?

—Que no va a volver a trabajar para los Daniels.

—Pues muy bien. El veterinario que le sustituyó, realiza un trabajo excelente.

—Nena, vive a cincuenta kilómetros de distancia. Si tu padre tuviera una urgencia...

—Tenía una urgencia para Albert y no estaba disponible. Gordon hizo un buen trabajo y seguirá trabajando para nosotros.

—¿Tu padre sabe esto?

Muriel se tensó. —Yo era la encargada del traslado del ganado y confía en mi criterio. Ya había reservado los camiones y Albert sabía que tenía que hacer la entrega. ¡No iba a quedar mal con el cliente porque él hubiera tenido un bebé! Los negocios son así. ¿Tú le hubieras esperado?

—No hubiera dejado los análisis para el último momento. —Se cruzó

de brazos —Pero si hubiera ocurrido algo parecido... No, no le hubiera esperado. El cliente es lo primero.

—Pues esa es una norma que no sigue tu veterinario. —Sonrió encantada. —Me alegra que me des la razón.

Él frunció el ceño y Muriel se echó a reír. —¿Cómo lo has hecho?

—¿El qué?

—Convencerme. Tenía otra opinión al principio.

—Pero eres razonable y te has dado cuenta de que tenía razón.

—Nena, no puedes perder a Albert. Tu padre no puede perder a Albert.

—Estoy harta de que se crea importante por ser el veterinario. Trabaja para mí y siempre me mira por encima del hombro y cree que puede hacer lo que le venga en gana. Se acabó, trabajaré con Gordon y deberías apoyarme en esto.

La miró asombrado. —¡No voy a quedarme sin veterinario para darte el gusto! ¡Conmigo trabaja muy bien! ¡Además, a partir de ahora contigo no trabajará en absoluto! —Ella miró a un lado haciéndose la loca. —¡Muriel! ¡Ni se te ocurra pensarlo! ¡Estás embarazada!

—Lo dices como si fuera una enfermedad. —Las ranas croaron y ambos las miraron para ver como la otra rana expulsaba más huevas.

—¡Estás embarazadísima! —gritó él señalando el tarro—. Ni se te ocurrirá trabajar con el ganado después de que te quiten la escayola.

—Puedo trabajar desde la ranchera. No pienso quedarme en casa. ¡Mi madre trabajó en sus embarazos!

—¡Y murió en el parto de tu hermano!

Palideció al escucharle. —¿Por qué has dicho eso? ¿Quieres asustarme?

Él suspiró agachándose a su lado y le cogió la mano. —No, preciosa. No quiero asustarte. ¡Pero te quedarás en casa!

Apartó la mano enfurruñada y su suegra volvió a entrar cargando una cuna de madera antiquísima. —¿Habéis visto? Estaba en el desván. Es de la bisabuela, pero yo la utilizaba para tener a Parker aquí en la cocina.

Al ponerla sobre el suelo vio cómo se movía de un lado a otro. Era muy bonita con unos grabados en los laterales. Sería útil como cuna portátil, pero le parecía un poco pronto para sacarla. Miró a Parker que se enderezó. —Mamá, es un poco pronto para eso. Mejor la guardamos hasta el parto.

Julie miró confundida a Muriel y al ver que tenía la mirada perdida sin dejar de mirar la cuna forzó una sonrisa. —Claro que sí. Qué tonta. Hasta el séptimo mes no se hacen regalos. Pero esto no es un regalo —enfaticó—. Estaba en la casa, así que no es un regalo. Aun así la guardaré para evitar el

mal fario.

—Mamá...

—Ya me la llevo.

—Ya la subo yo. —Parker cogió la cuna y la sacó de inmediato de la cocina.

Julie miró preocupada a Muriel que sonrió sin darle importancia. — No va a pasar nada, pero...

—Sí, claro. Mejor prevenir. Pero eres joven y fuerte. No debes preocuparte. Todo va a salir bien.

Sonrió sintiéndose algo culpable por estropearle la alegría. —Es preciosa. Me vendrá muy bien.

—Ya verás. La lijaremos y la pintaremos de blanco como las cunitas modernas. Quedará estupendamente.

Las ranas croaron y miraron al tarro. —¿Qué hacemos ahora con ellas?

—Soltarlas, supongo.

—Pobrecitas.

—¿Quieres quedártelas de mascotas? —La cara de horror de Muriel lo dijo todo. —Entonces las devolvemos a la charca.

—Sí, será lo mejor.

Capítulo 9

Después de cenar estuvieron un rato hablando de la explotación, pero Muriel se sintió cansada y Parker la subió a su habitación. La ayudó a desvestirse y le puso un ligero camisón de hilo blanco, que apenas le cubría el trasero. Apoyó la cabeza en las almohadas observando cómo se desvestía.

—Mañana vendrá tu padre a verte.

—¿Ah, sí?

—Me lo encontré cuando iba hacia el pueblo. Hoy no podía venir porque tenía mucho trabajo.

—Es que ahora son uno menos. —Se apretó las manos preocupada.

—Espero que se las puedan arreglar.

—Claro que sí. Además, siempre pueden contratar a alguien más.

—Sí, supongo que sí.

Se acercó a la cama totalmente desnudo y se tumbó a su lado sobre las sábanas llevando el brazo tras su cabeza. Los dos miraron el techo en silencio durante varios segundos. Él la miró de reojo. —Nena...

—¿Sí?

—¿Ya no insistes?

—¿En qué?

Frunció el ceño. —¿Cómo que en qué? En hacer el amor.

—Ah...

—¿O es que ahora que es seguro ya pasas de mí?

—¿Qué?

—Ayer insistías mucho en asegurarnos, pero al parecer ya te has asegurado de que había bebé y ya no te interesa el sexo.

—¿Eras tú el que no quería hacerlo por si dañabas al niño! —exclamó asombrada—. ¡No hay quien te entienda!

—Pero casi me habías convencido. ¿Recuerdas?

Sonrió maliciosa. —Sí, me acuerdo ligeramente. —Con descaro miró su sexo. —Pero al parecer tú te acuerdas mucho.

—¿Te encuentras bien? Estabas cansada. ¿Es eso?

No era buena manera de empezar un matrimonio diciendo que estaba

hecha polvo, así que sonrió. —No estoy nada cansada. —Alargó la mano para tocar su pecho. —¿Sabes que cada día estás más guapo?

Él sonrió cogiendo su mano suavemente. —¿No me digas?

—Voy a tener que vigilarte.

La besó suavemente en los labios. —Duérmete, nena. Estás hecha polvo.

Gimió cerrando los ojos. —Eres el mejor marido del mundo.

Parker se echó a reír. —Prepárate para cuando no tengas eso en la pierna. ¿Te duele mucho?

—La verdad es que hoy me ha dolido todo el día. Esas pastillas ya no funcionan tan bien.

—Cielo, igual deberías descansar unos días. Tanto movimiento para arriba y para abajo igual no te viene bien.

—Me moriría de aburrimiento en la cama todo el día —susurró quedándose dormida.

Un beso en el cuello la sorprendió y se despertó sobresaltada. Parker hizo una mueca. —Lo siento. ¿Estás bien?

Muriel sonrió llevando las manos a sus hombros desnudos. —Buenos días.

—Casi, está amaneciendo. —La besó en los labios. —Y no quería irme sin saber que estás bien.

—Estoy muy bien. —Acarició su nuca enterrando sus dedos en su cabello. —¿Y tú?

Él se echó a reír. —Nena, ¿ahora?

—Sí, ahora. —Atrapó sus labios entrando en su boca y Parker respondió gruñendo de deseo. Apartó las sábanas de manera brusca, llevando su mano a uno de sus pechos, que amasó con pasión por encima del camisón. Muriel cerró los ojos por el placer que la recorrió apartando su boca y él besó su cuello bajando hasta su pecho, pasando la lengua por su pezón por encima de la ligera tela, estremeciéndola de arriba abajo. Torturando sus pechos, bajó los tirantes de su camisón para liberarlos y atrapó su pezón entre sus dientes, haciéndola chillar de placer cuando tiró de él ligeramente. Levantó su camisón mostrando sus braguitas blancas y besó su vientre hasta llegar al ombligo. Su lengua rodeó el ombligo estremeciéndola, provocando que clavara las uñas en sus hombros. Él gruñó apartándose de ella y Muriel protestó abriendo los ojos. —No te vayas...

—Nena, no podría hacerlo. —Metió su mano por dentro de las

braguitas y Muriel gritó de placer cuando la acarició de arriba abajo. —No vuelvas a dormir con esto, nena. Molestan. —Tiró de ellas rompiéndolas en un lateral y Muriel se sintió excitadísima, más aún cuando dobló la rodilla de su pierna sana, abriéndola todo lo que podía dejándola expuesta. Cuando su marido se agachó para besar su vientre, se retorció de placer. Muriel arqueó la espalda con fuerza cuando su lengua recorrió su sexo lentamente volviéndola loca. —Estás lista, nena. ¿Quieres que siga?

—¡Oh, por Dios! —gritó llevando sus manos al cabecero de la cama golpeándose los nudillos intentando asirse a algo. Él siguió torturándola hasta que sus labios llegaron a su clítoris chupando con fuerza. Fue como si un rayo la traspasara de arriba abajo y se estremeció con fuerza una y otra vez. Parker sujetó su pierna por debajo de la rodilla y entró en ella de un solo empujón alargando su éxtasis, moviendo su cadera ligeramente y cerrando sus ojos por el placer que experimentaba. Cuando Muriel empezó a regresar a la realidad, abrió los ojos a la vez que su marido, que entró en ella con contundencia una y otra vez sin darle tregua. Su vientre se tensó con fuerza y gritó cuando se derramó en su interior llegando juntos al culmen del placer.

Agotada y sudorosa, tumbada a su lado, susurró casi sin respiración —Como me vuelvas a negar esto, me voy a cabrear.

Parker se echó a reír antes de apoyarse en su antebrazo y mirarla. —Preciosa, no he podido negarme demasiado, ¿no crees? —La besó en el

hombro antes de levantarse. —Nena, duérmete. Ayer estabas agotada.

—Ya no podría dormirme ni aunque lo intentara.

Cuando la bajó hasta la cocina, se detuvo en la puerta con ella en brazos al ver a Julie encendiendo el triturador de basuras con el grifo abierto.

—¡Mierda! ¡Mierda!

—¿Mamá?

Se volvió sobresaltada y se sonrojó antes de forzar una sonrisa. —
¡Qué pronto os levantáis!

—¿Se ha estropeado el triturador?

—¡No! Es que...

Parker fue hasta la silla y sentó a Muriel antes de ir hacia el fregadero a apagar el triturador. —¿Qué coño es...? —Su marido se tensó antes de mirar a su madre, que se apretó las manos nerviosa.

—¿Has perdido el anillo en el triturador? —preguntó ella desde la mesa.

—¿El anillo? —preguntó Julie confundida.

—Tu anillo de compromiso. No lo llevas.

Se miró las manos. —¡Sí! Es eso.

Parker se mordió el labio inferior moviendo el grifo de un lado a otro.

—No te preocupes, mamá. Seguro que está en el desagüe.

—¡Sí! Seguro que sí. Venga hijo, siéntate. Ahora te hago el desayuno.

Vieron como llegaba el chico de los periódicos y Parker siseó —Voy a por el periódico.

—¡Eso! —Muriel frunció el ceño mirando a su suegra que parecía una loca. —El periódico.

—Julie, ¿te encuentras bien? Te veo muy alterada. No te preocupes por el anillo. Seguro que Parker te lo encuentra.

—Oh sí, no me preocupa.

Parker entró dejando el periódico ante Muriel, que sonrió cuando la besó en la sien. Al pasar la hoja escuchó como murmuraban, pero concentrada en la noticia del cierre de una fábrica situada a veinte kilómetros, no les prestó atención. Al volver la hoja vio un anuncio de una casa de muebles. Todos estaban a un cincuenta por ciento y al ver una cuna levantó la vista hacia la mesa. —¿Dónde están mis ranas? —Se volvió hacia ellos, que al lado del fregadero se habían quedado mudos. Sonrió divertida. —¿Han tenido más huevas?

—Pues sí —dijo su suegra acercándose—. No puedes tomar café.

Tenemos que comprar descafeinado.

—¿Así que han tenido más huevas? —Miró a su alrededor. —¿Y dónde están?

—Ya las he soltado, niña. ¿Quieres unos huevos revueltos?

—Vaya, es una pena. Me hubiera gustado ver cuántas habían tenido.

—Un montón. Son ranas.

—Nena, ¿quieres un zumo? Tienes que tomar las pastillas.

—Sí. —Volvió a mirar el periódico. —Hay rebajas en esta tienda.

Parker miró el periódico sobre su hombro. —¿Quieres que vayamos después por si hay muebles para la habitación que te gusten?

Sonrió. —¿De veras?

—Iremos después de comer.

—¡Qué bien! —dijo Julie exageradamente.

Parker la advirtió con la mirada. —Mamá, ¿el desayuno?

—Cariño, ¿no miras si puedes sacar el anillo? —Pasó la hoja del periódico. —Es un recuerdo familiar.

—Sí, claro.

—Voy al baño un momento —dijo Julie casi saliendo de la cocina corriendo.

Parker abrió las puertas bajo el fregadero y se agachó para empezar a trastear. Distraída miró sobre su hombro llevando su zumo a la boca y se detuvo en seco al ver que no tenía herramientas. Su suegra entró en la cocina y al ver que tampoco llevaba herramientas preguntó —¿Cómo va abrir la tubería sin una llave inglesa?

Parker juró por lo bajo y sacó la cabeza de debajo del fregadero. Se mosqueó al ver la cara de culpabilidad de su suegra, que disimulaba fatal. —¿Qué pasa?

Su marido fulminó con la mirada a su madre antes de levantarse y acercarse a ella. —Nena, las ranas...

—¿Las ranas?

—¡Aquí está el anillo! —Su suegra la sobresaltó antes de que dejara el anillo sobre el periódico. —Me lo había dejado en el baño, ¿te lo puedes creer? Hijo, ¿no se lo pones? Ya va siendo hora.

Miró el anillo y sonrió a su marido alargando la mano. —¿Me lo vuelves a poner?

—Te lo pondría mil veces —susurró cogiendo el anillo. Muriel frunció el ceño al ver que parecía preocupado y más aún cuando forzó una sonrisa poniéndoselo en el dedo antes de besárselo—. Te queda perfecto.

—Cariño, ¿estás bien?

—¿Desayunamos, mamá? Tengo mucho trabajo.

—Sí, ahora lo preparo todo.

—Así que vamos a ver muebles. Pensaba que ya habías escogido lo que te gustaba en internet. —Se sentó a la cabecera y era evidente que quería cambiar de tema.

—Sí, pero igual en la tienda hay algo que me guste más a mejor precio. Pero si tienes mucho trabajo...

—No, iremos. Además te vendrá bien salir de casa.

En ese momento escucharon el ruido de un motor y Parker se acercó a la ventana. —Es tu padre.

—Ha venido temprano.

Parker abrió los ojos como platos antes de ir hacia la puerta. —Vengo ahora.

Asombrada miró a su suegra. —¿A dónde va?

Julie se acercó a la ventana y corrió las cortinas de inmediato. —Oh, al parecer trae algo para el establo.

—Ah.

—¿Pero qué dices Montgomery? ¡Aparta! ¡Es para mi hija!

Su padre y su hermano entraron con una cuna enorme con dosel

dejándola ante la mesa y sonrieron de oreja a oreja. —La cuna de mamá. La compró en París y es para ti, mi niña. Le encantaría que la tuvieras.

Miró la cuna emocionada. —¿Esa es la cuna que eligió mamá?

—Le costó un montón decidirse, pero sí. ¿Te gusta? La hemos limpiado. Habrá que comprarle un colchón nuevo, pero está en muy buen estado.

Julie se limpió las lágrimas. —Es un detalle precioso, Larry.

—Por mi niña lo que sea.

—Daniels, es muy pronto para hacer regalos.

Su padre miró a su marido y perdió la sonrisa. —Oh, vaya. No lo había pensado.

—Déjate de tonterías, papá. —Kevin se acercó y le dio un beso en la mejilla a Muriel. —¿Te gusta?

—Sí, es preciosa.

—Kevin ayúdame a subirla al desván. —La voz de Parker no admitía discusión y Larry le hizo un gesto a su hijo para que le hiciera caso.

—Julie también me ha regalado una cunita preciosa para el piso de abajo.

—Que también se quedará en el desván hasta el séptimo mes.

Todos se dieron cuenta de que Parker se estaba empezando a poner nervioso y que iba a pegar un grito en cualquier momento, así que Kevin fue a ayudarlo a subir la cuna.

—No quiere ser grosero —dijo Julie incómoda—. Es que se preocupa por ella.

—Muchas personas no quieren hablar del embarazo hasta más adelante. Lo entiendo. —Larry sonrió sentándose a su lado. —¿Hay algo de café?

Su consuegra pareció aliviada y le sirvió una taza rápidamente.

—Es una cuna preciosa. —Le cogió la mano y se la apretó. —Te quiero, papá.

—Y yo a ti, mi niña. ¿Tú quieres regalos?

—Será mejor que no.

Él asintió antes de beber de su café. —Se lo diré a Wendy. Ya está encargando la canastilla.

—Sí, díselo. No quiero recibir nada hasta el séptimo mes. Mira lo que le pasó a Stayce Lambert.

—Niña, eso puede pasarle a cualquiera. Es una desgracia que no se puede controlar.

—Sí, pero solo pensar que ya tenía la casa llena de cosas de la niña,

me entristece mucho.

—No pienses en eso —dijo su padre—. Vas a tener un bebé precioso.

Parker entró en la cocina y muy serio se sentó en la cabecera donde su madre estaba poniendo el plato. —¿Qué tal las nuevas reses, Daniels? — preguntó cambiando de tema para alivio de Muriel.

Al final en la tienda de muebles no encontraron nada que les gustara, excepto un sillón blanco que quedaría perfecto en la habitación del bebé. Para Julie y Parker fue obvio que le encantaba, pero salieron de allí sin comprarlo porque daba mal fario comprar nada tan pronto. Era algo que había oído desde niña al igual que los demás y no se lo podía quitar de la cabeza. Sabía que había muchas embarazadas que lo pasaban por alto, pero ella no pensaba hacerlo.

Dos días después estaba en el salón leyendo un libro de suspense, cuando llegó un camión y su suegra cerró la puerta del salón diciéndole —Me traen el pedido de la mercería.

Al mirar por la ventana vio que el pedido de la mercería se parecía al sillón que quería para la habitación del bebé. Decidió ignorarlo y siguió con el libro. Si no lo sabía, tampoco pasaba nada. Y tampoco estaba segura,

segura, de que fuera su sillón.

—¿Qué coño es esto, mamá? —Hizo una mueca al escuchar el grito de Parker en el piso de arriba. —¿En qué habíamos quedado?

Ahora sí que estaba segura de que era su sillón.

Pero la cosa no quedó ahí, porque las mujeres de la parroquia le enviaron una canastilla enorme en color blanco, porque todavía no sabía el sexo. Parker casi la tiró por la ventana al verla. Era tan grande como la mesa de la cocina y tenía de todo. Desde biberones hasta una tarta hecha de pañales en el centro con un cartel que ponía “Felicidades papás”

Por supuesto acabó en el desván con todo lo demás. Los regalos de los vecinos empezaban a ser inevitables. Una le regalaba la ropita de su hijo o la de su nieta. Era una tradición y todos querían ser los primeros en tener el detalle. Parker se ponía de los nervios cada vez que alguien llegaba con algo.

—En realidad se dice que no debe comprarse nada, no que no nos puedan regalar —dijo su suegra intentando animarles cuando recibieron un triciclo rojo antiguo que era una maravilla.

Esa noche estaban en la cama después de hacer el amor y Parker le acariciaba la espalda. Ella susurró —No quiero que te preocupes, ¿vale?

Todo va bien.

—Sí, pero no puedo dejar de pensar en tu madre. —Se tensó entre sus brazos. —Nena, lo siento. No quiero preocuparte.

—Todo va a salir bien.

—A veces tengo la sensación de que yo he provocado esto apurando las cosas, cuando en realidad deberíamos habernos tomado nuestro tiempo para casarnos y para tener hijos. Tú no querías tener hijos y te casaste inconsciente. Siento que lo he estropeado todo. Ni siquiera tuviste una boda decente.

—Eh, eh... —Levantó la mirada. —He sido la novia inconsciente más feliz de la tierra. —Parker se echó a reír y la besó en los labios. —Y respecto al bebé, es cierto que hubiera preferido esperar, pero está aquí. Y me hace feliz tener un hijo tuyo. —Los ojos de su marido brillaron. —Muy feliz. Todo va a salir muy bien.

Antes de darse cuenta estaba en la consulta del médico para quitar la escayola y estaba algo nerviosa. Parker estaba a su lado y le sujetaba la mano mientras se la cortaban.

Al quitarle la escayola el médico sonrió. —Tiene muy buen aspecto.

—Todavía le duele a veces.

—Es lógico. Además tendrá que hacer algo de fisioterapia.

—¿Puede seguir tomando las pastillas con el embarazo?

Su médico la miró sorprendido. —¿Estás embarazada?

Se sonrojó avergonzada, pero su marido dijo antes que nadie —Claro que está embarazada. ¿No lo recuerda? Se lo dijo en el hospital.

—¿Que yo le dije qué? —Confundido fue hasta su expediente que estaba sobre la mesa. —No lo tengo en su historial. —Levantó una hoja. —
No.

Parker giró la cabeza hacia ella. —¿Me has mentado?

—No, no fue así... Julie se equivocó y dijo que... Pero todavía no lo sabía seguro.

Su doctor al ver que se encontraba en un aprieto dijo —Si quieren le hago la prueba. Es mejor asegurarse antes de recetar más medicación.

—¿Esas pastillas que ha estado tomando eran compatibles con el embarazo? Porque no le ha bajado el periodo.

—Sería mejor no tomarlas, por supuesto. Pero antes de nada confirmaremos si hay embarazo.

Diez minutos después en los que su marido no había dicho palabra el doctor sonreía. —Felicidades.

Parker no contestó y ella sentada en la camilla le miró de reojo. Al ver que no estaba el horno para bollos, el médico le dijo que podía apoyar el pie, pero que si le dolía no debía forzar la pierna demasiado. Que siguiera las instrucciones del fisio.

Salieron de la consulta en silencio. La cogía por el brazo para ayudarla a caminar lentamente, pero no le dirigía la palabra.

—Parker, no fue a propósito.

—¿Quieres hablar de esto en medio del hospital? ¿De verdad?

Estaba a punto de estallar y negó con la cabeza. Cuando estaban en la autopista camino al rancho, él la miró de reojo. —¡Así que me mentiste!

—¡Te dije que no era seguro!

—¡Has puesto en riesgo al bebé! ¡Pensaba que el médico lo sabía y te has pasado un mes tomando una medicación contraindicada! ¡Eres una irresponsable!

Se mordió el labio inferior sabiendo que tenía razón. Debería haber ido al médico en cuanto se dio cuenta de que podía estar embarazada, pero no lo había hecho precisamente porque no pasara eso. Que él no se enterara de su metedura de pata.

—Lo siento. Pero estabas tan contento que...

—¡No me eches a mí la culpa, Muriel!

No fue capaz de contestarle por el nudo que tenía en la garganta. Se apretó las manos mirando por la ventanilla intentando no llorar.

—¡Ahora entiendo lo de las puñeteras ranas! Mi madre lo sabía, ¿no? ¡Y todo ese rollo de asegurarse! ¡Mi madre y mi esposa mintiéndome a la cara! ¿A qué coño venía la pantomima de que no querías regalos cuando la que ponía en riesgo a mi hijo eras tú? ¡Contesta de una puta vez!

—No queríamos disgustarte.

—¡Pues ahora sí que estoy disgustado! —gritó furioso—. ¡Cómo le pase algo al niño por tus tonterías, me vas a oír! —Asombrada le miró sintiendo que se le rompía el corazón. —¡No se puede ser más estúpida!

Se tapó la boca asombrada, porque le hablaba con una rabia dentro que no se lo podía creer. Por supuesto, al fin y al cabo se lo había dicho él mismo. La razón para aquella ridícula boda había sido el bebé. Ella había decidido ignorarlo, pero escuchándole ahora ya no podía ignorarlo más. Miles de imágenes aparecieron en su memoria. Él riéndose de ella al tirarle la cerveza encima o cuando se besaba con otra chica y le guiñaba un ojo al apartarse sabiendo que la hacía de rabiar. Ese no era el comportamiento de alguien que te quiere. De alguien que se preocupa por ti. Todo había cambiado cuando se habían acostado y no lo podía ignorar. Todo había cambiado con la posibilidad de que le diera un hijo.

Cuando llegaron a casa, Julie salió corriendo hasta el coche y abrió su puerta. —¿Cómo está la cojita? —Perdió la sonrisa al verle la cara.

—¿Quieres bajar del puto coche de una vez? —gritó Parker furioso.

Julie le miró asombrada. —Hijo, qué...

Sin decir una palabra, se apoyó en el hombro de su suegra para bajar de la ranchera. Ni siquiera había cerrado la puerta, cuando él aceleró saliendo tan deprisa que las ruedas traseras derraparon.

—¿Qué ha ocurrido? Que...

—Que ha descubierto que no sabía si estaba embarazada cuando me rompí la pierna. Y no podía tomar esa medicación.

Julie jadeó tapándose la boca. —¡No!

—El doctor ha dicho que seguramente no pasará nada, pero no debí haberlo hecho.

—Oh, lo siento. ¿Por eso está enfadado? No te preocupes, se le pasará.

—No, no se le pasará porque se casó por el bebé. —Una lágrima corrió por su mejilla con la mirada perdida. —Él me lo dijo. Pero soy una estúpida como me acaba de decir. No me ha querido nunca en todos estos años y he vuelto a dejar que mi imaginación se desbordara.

—No te entiendo. Claro que te quiere. Niña, no dejes que esto te

hunda...

Sonrió sin ganas. —Eso mismo me dijo papá con quince años. Que no me dejara hundir por nadie. —Caminó cojeando hasta la casa y se apoyó en la barandilla para subir los escalones del porche. Su suegra la cogió por la cintura preocupada.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? Vas a comer y después dormirás una siesta.

—No tengo hambre.

La ayudó a subir a la habitación sin decir nada mirándola con preocupación. Cuando se tumbó en la cama de su nueva habitación, abrazó su almohada sin darse cuenta de que lloraba. —Niña, no te disgustes. Se ha enfadado, pero sabes cómo es y se le pasa pronto.

—Quiero descansar —susurró sintiéndose mil veces peor que cuando tenía quince años. La había decepcionado tanto, que no sabía si lo podría superar. Y lo peor, no sabía si lo quería superar.

Cuando llegó Parker a la hora de la cena, entró en el vestidor sin dirigirle la palabra y fue hacia la ducha sin la camiseta ni el pantalón. En ese momento Muriel se decidió y se sentó en la cama en cuanto escuchó la ducha.

Abrió la puerta de su habitación y bajó las escaleras. Julie le sonrió. —Te has levantado. Enseguida estará la cena.

—No voy a cenar.

Pasó ante ella saliendo al porche cojeando y cuando la vio bajar los escalones le dijo —¿A dónde vas?

—A dar un paseo.

—¿Con la pierna así? Creía que no tenías que forzarla aún.

—Le viene bien el ejercicio.

Su suegra escuchó el timbre del horno. —Espera, que...

—Tranquila, necesito tomar el aire.

Julie preocupada la observó alejarse antes de entrar en la casa de nuevo, mientras ella caminaba hacia la valla rota por la estampida, que Parker no había llegado a arreglar. Se sintió ridícula. Llevaba toda la vida enamorada de ese hombre y después de haberse arrastrado por él pasando por alto todo lo que le había hecho, la trataba de esa manera. No sabía de qué se extrañaba. Lo que había vivido con él ese último mes, había sido un espejismo que Parker había creado para que se sintiera a gusto a su lado, pero al primer escollo había sacado a relucir la verdadera opinión que tenía de ella.

Caminando hacia las tierras de su padre, furiosa se limpió las lágrimas que corrían por sus mejillas. Le dolía la pierna y se sentó en una roca que

había en el camino, para mirar el atardecer sin verlo realmente. Si no se hubiera acostado con él, todo habría sido muy distinto. No se hubieran casado, eso seguro. Iba a tener un Montgomery.

Pensó en su padre y en lo que él le diría. Que no se dejara hundir. Se pasó la mano por los ojos sabiendo que no podía darle ese disgusto. Se había preocupado muchísimo cuando la habían casado sin que se enterara y se había echado la culpa de ese matrimonio. Si llegaba a casa diciendo lo que había ocurrido, haría algo irreparable. Y las dos eran familias de su bebé. Ella se había metido en ese problema y ella tendría que salir de él de la mejor manera posible.

Se acarició el vientre pensando en su hijo. Por primera vez desde que sabía que estaba embarazada, sentía que era real. Sabía que había sido una irresponsable al no acudir al médico en cuanto se enteró de su existencia. Eso no podía negarlo. Parker tenía razón al recriminárselo. Una lágrima rodó por su mejilla. Pero también ahí había demostrado que no la quería en absoluto por cómo lo había hecho. Se mordió el labio inferior pensando en su madre. En lo que opinaría ella de su vida. La rabia la recorrió de arriba abajo. Era una mujer de carácter y la mejor ranchera de Texas. Ella sí que no se dejaría hundir por nadie. Entrecerró los ojos. Se había casado con ella y ahora iba a saber cómo era una Daniels cabreada, porque hasta ahora no había visto nada.

Caminó de nuevo hasta la casa y su suegra que estaba nerviosa en el

porche, sonrió al verla mostrando el alivio que sintió. —Ya está la cena. Cordero al horno. —Forzó una sonrisa, aunque su suegra vio sus ojos enrojecidos. —¿Tienes hambre?

No queriendo preocuparla asintió. —Mucha. Estoy hambrienta. —Levantó un dedo. —¿Me disculpas un segundo?

Muriel pasó ante el porche y Julie la miró confundida. —Cielo, ¿a dónde vas? —preguntó al ver que iba al garaje. —La cena está en la mesa. —La vio entrar en el garaje y preocupada bajó los escalones del porche antes de oír un estrépito. Jadeó llevándose la mano a la boca y corrió hasta el garaje, abriendo la puerta para ver a su nuera con una maza en las manos, abollando el Jaguar de Parker que solo usaba para las ocasiones especiales. Gimió cuando destrozó el parabrisas y la vio arrastrar la maza hasta la parte de atrás cojeando para destrozarse la luna trasera, antes de emplearse a fondo con el capó. Julie miró sobre su hombro y dijo —¡Ya viene!

—¿Ah, sí? —Muriel empuñando la maza con fuerza, destrozó la ventanilla del conductor antes de arrearle un golpe a la puerta.

Parker llegó corriendo al oír el ruido y abrió los ojos como platos. —¿Estás loca? —gritó fuera de sí antes de acercarse amenazante.

Furiosa levantó la maza y siseó —¡Acércate y te abro la cabeza!

—¿Esto es por decirte lo que pienso? —le gritó con ganas de matarla

—. ¿Qué querías? ¿Qué te dijera que no me importaba que me hubieras engañado? ¿Qué hayas puesto en riesgo a nuestro hijo? ¿Debo hacer que no me importa por miedo a que quemes la casa? —Muriel palideció sintiendo que se le destrozaba el alma. —¡Estás loca! ¡Quema la maldita casa si quieres, pero esto solo demuestra que eres una niña mimada que solo quiere salirse con la suya!

—No es así, Parker —dijo su madre sufriendo por ellos—. Fue culpa mía. Ella no me dijo que estaba embarazada y...

—¡No la excuses! ¡Es mi mujer! ¡Me mintió!

—¡No lo desmintió porque te vio feliz!

—¿No lo entiendes, Julie? Era feliz porque se había casado por la posibilidad de que estuviera embarazada y al confirmárselo, para él fue un alivio porque no se había equivocado. Por eso se casó conmigo cuando estaba inconsciente. Aprovechó la oportunidad porque sabía que en cuanto me enterara de que estaba embarazada, dudaría en casarme con él, porque no estaría segura de que me quería a mí o al niño. Sabía que le quería y después de que estuviera hecho, lo pasaría por alto con tal de estar con él. ¡Sería su esposa y ya no habría nada que hacer al respecto! —gritó desgarrada.

Parker apretó las mandíbulas con fuerza y Julie miró a su hijo como si no le conociera. —¿De qué habla, hijo? Te casaste con ella porque la querías.

Por eso aceptaste su reto en la Iglesia...

—¡Él no me ha querido nunca! —gritó Muriel con desprecio—. ¡Pero iba a tener un Montgomery y no podía criarse con los Daniels! ¡Todos los años de desprecios y burlas hacia mí, demuestran que nunca me ha querido! —Desgarrada le miró a los ojos. —¡Por eso aceptaste el reto, porque no podías dejar que yo te dejara en ridículo ante todo el pueblo! —Una lágrima cayó por su mejilla. Parker apretó los puños y ella sonrió sin ganas. —Claro que sí. Pero se te fue de las manos y me hiciste el amor. ¡Por eso dijiste que teníamos que casarnos! ¡Y yo estúpida de mí, imaginándome que empezabas a sentir algo por mí cuando me lo dijiste tú mismo! ¡No ibas a eludir tu responsabilidad, ahora sí que tenemos que casarnos! ¿No fueron esas tus palabras? ¡Por eso te alegraste tanto cuando tu madre dijo lo del niño, porque esta mierda de matrimonio no había sido en vano! —Tiró la maza a sus pies. —Tranquilo Parker, soy dura de pelar y traeré a tu hijo al mundo. ¡Pero no finjamos que somos un matrimonio, cuando ni recuerdo haberme casado contigo!

Julie jadeó tapándose la boca mientras Parker apretaba los puños como si intentara contenerse cuando pasó a su lado.

Miró a su hijo atónita pues no había movido un músculo. —¡Vete tras ella y dile que es mentira! ¡Yo sé que es mentira! —Su hijo no dijo palabra y asombrada se tapó la boca. —Parker..., ¿qué has hecho?

—Cumplir con mi deber, madre.

Asustada le cogió por el brazo. —¡Mírame a la cara y dime que no la quieres! —Al no recibir respuesta confundida susurró —Pero fuiste a por ella a la finca de los Daniels.

—Me llamó el sheriff y me dijo que estaba inconsciente de la borrachera. Unas palabras con el cura, que sabía de la posibilidad del embarazo, y todo fue pan comido.

Dio un paso atrás impresionada. —Lo planeaste todo.

—Cuando salimos de la iglesia el día de la carrera, estaba seguro de que me había ganado, pero su padre le dio la cinta.

—La has manipulado para que no se revelara. Has jugado con los sentimientos que ha tenido por ti toda su vida.

Parker se tensó. —¿Crees que no me sentí un cabrón ese día cuando era una niña? ¡Pensaba que se estaba burlando de mí, pero al ver sus ojos me di cuenta de que todo era real! ¡Pero ya no podía hacer nada para solucionarlo! ¡Lo mejor era que se alejara de mí!

—¡Así que seguiste ridiculizándola!

—¡Ella tampoco se ha quedado corta!

—Pero guardaste la cinta —dijo confundida—. ¡Te vi cuando tuvo el accidente! ¡He visto como la mirabas todos estos años! ¡A mí no puedes

mentirme!

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué me la hubiera tirado? ¡Sí! ¡La he deseado todos estos años! —gritó furioso—. ¡Y lo hice! ¡Metí la pata y lo he solucionado! ¡Ahora es mi esposa y tendremos que soportarnos!

—¡Lo dices como si la aborrecieras! —Julie estaba horrorizada. —Es una mujer increíble y ni siquiera la aprecias. ¡A tu mujer!

Él apretó los puños. —¿Crees que no sé cómo es? Lo sé mejor que nadie. ¡Pero mírala! Si le llevo la contraria, pasa esto. —Señaló el coche. —Nunca nos llevaremos bien y es algo que siempre he sabido.

Julie entendió. —Así que es por eso. —Su hijo desvió la mirada. —Por eso nunca te has acercado a ella como a cualquier muchacha.

—Le hice daño y siempre está a la defensiva. No lo puede evitar. Yo la hice así. —Miró el coche y sonrió con tristeza.

—Estás últimas semanas os habéis llevado muy bien. Ella te quiere mucho.

—Si me quisiera, no me habría mentido. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que haya puesto en riesgo al bebé para ocultar su mentira.

Julie se volvió para irse y vio a través de la rendija de la puerta que Muriel estaba detrás escondida. —¿Sabes, hijo? Creo que no sabes ni lo que sientes por tu mujer. Ella te ama por encima de todo, incluso por encima de la

historia de la familia y tú te has aferrado a ella buscándote mil excusas. Cuando tenía quince años le hiciste daño y marcaste su vida, pero lo que ocurrió después lo hiciste conscientemente buscando provocarla, porque así seguiríais ligados. Por eso aceptaste el reto en la Iglesia. Sabías que ella no se desdeciría y así podrías unirla a ti para siempre. Y para asegurarte aún más le hiciste el amor. Pero no quieres dar tu brazo a torcer y reconocer que la quieres y que la necesitas. Lo del bebé te vino de perlas para tener una excusa más para doblegarla. ¡Si fueras sincero, le dirías la verdadera razón por la que te has enfadado con ella hoy, en lugar de buscar estúpidas excusas!

—¿Y qué razón es esa según tú? —preguntó muy tenso.

Su madre le miró a los ojos. —Que te aterra perderla. ¡Desde que viste la cuna que le regaló su padre, temes que le ocurra algo como a su madre! —Parker palideció. —¡Cuando viste las ranas muertas en el fregadero, te asustaste! ¡Creíste como yo que era un mal presagio y por eso no le dijiste nada! ¡Por eso te pones de los nervios cada vez que le regalan algo! ¡Pero aun así no eres capaz de decirle lo que sientes! ¿Alguna vez te has imaginado lo que será tu vida sin ella? ¿Si no estuviera? ¡Yo te lo diré porque se lo que es perder un marido! —le gritó a la cara con lágrimas en los ojos —. ¡Te arrepentirás de todo lo que no le has dicho! ¡De todos los besos que ya no os daréis y de las risas que ya no escucharás! ¡Sufrirás cada maldito segundo sin ella y te arrepentirás de todas las veces que la has hecho sufrir!

¡Por eso te aconsejo que mientras esté a tu lado, le digas a cada oportunidad que es lo más importante que has tenido en la vida y que odiarías perderla porque te faltaría el alma!

Parker vio cómo su madre salía corriendo del garaje y pálido se llevó las manos a la cabeza antes de volverse para ver el coche y jurar por lo bajo.

Muriel escondida a la vuelta de la esquina, reprimía los sollozos tapándose la boca. Todo lo que había escuchado de boca de Parker se lo había imaginado y aunque le había desgarrado escucharlo, no le había sorprendido. Pero lo que había dicho Julie sí que la había afectado, porque si a Parker le pasara algo, ya no podría vivir. Escuchó el motor de la ranchera y lo vio salir a toda velocidad. Llorando se dejó caer al suelo y se tapó la cara con las manos dando rienda suelta a su dolor.

Capítulo 10

Muriel estaba en la cama tumbada de costado mirando la ventana por la que empezaba a filtrarse la luz del amanecer. Parker no había ido a casa esa noche y no sabía dónde la había pasado. Seguramente emborrachándose por el desastre de su matrimonio. Cuando no lo soportó más, se levantó y fue hasta el armario vistiéndose con ropa de trabajo. Al menos así se distraería. Julie aún no se había levantado y cogió una de las motos del garaje para llegar a las tierras de su padre. Aunque su padre se sorprendió un poco al verla llegar para el desayuno, no dijo nada al ver su cara. Simplemente le dio algo que hacer. Cuando le dijo que fuera a la ferretería por dos cajas de puntas, guantes y dos martillos, ella cogió la ranchera porque no quería ir en moto por la estatal.

Estaba metiendo las cosas en la caja de la camioneta cuando escuchó su nombre. Se volvió para ver a la sobrina del Padre Haise cruzando la calle

hacia ella. —Hola, ¿te acuerdas de mí?

No estaba de humor para ironías, así que levantó una ceja y ella sonrió maliciosa. —Soy Brittany.

—¿Qué pasa? ¿Quieres más? A mí no me la pegas, sé de sobra que querías algo con mi marido. Le mirabas con ojos de carnero degollado. He visto esa mirada millones de veces.

—Estoy segura de eso. Porque está muy bueno. —Se tensó viéndola poner las manos en jarras. —¿Le puedes decir a tu maridito que no puedo quedar esta noche?

Muriel perdió todo el color de la cara y dio un paso hacia ella amenazante. —¿Qué has dicho?

—Sí, esta noche. Por cierto, ¿puedes darle también esto? —Llevó su mano al bolsillo trasero del pantalón y le mostró el móvil de Parker. —Se lo ha dejado en mi casa. —Movi6 la cabeza graciosamente apartando un mech6n de pelo negro de su mejilla. —Seguro que lo necesita.

Lo vio todo rojo. Se volvió ligeramente y le dio un puñetazo que la tir6 en medio de la calzada. Brittany chill6 de miedo al verla acercarse e intent6 arrastrarse hacia atr6s, pero ella la agarr6 por la melena levant6ndole la cara con ganas de matarla. —Ahora me vas a explicar eso de que se ha dejado el tel6fono en tu casa. —Con la mano abierta le arre6 un tortazo que la

tumbó de nuevo. Se arrastró por el suelo intentando huir de ella mientras gritaba pidiendo ayuda, pero los vecinos de Gold Hill siempre estaban dispuestos a ver el espectáculo y si lo daba Muriel mucho mejor. —¿Cuándo se lo dejó? —La agarró por la melena, pero el sheriff apareció a su lado. — Ahora no, sheriff. Esta zorra tiene mucho que explicarme. —Le arreó otro tortazo y Brittany se hizo un ovillo intentando protegerse mientras lloraba como una niña.

—Estás embarazada. No deberías meterte en peleas.

—¿Peleas? Esta ha venido a buscarme. —Miró al sheriff a los ojos. —¿Ha pasado la noche con ella?

—¿Estás loca? Tu marido te quiere tanto que no la miraría dos veces. Estaba tan borracho que ha dormido en el calabozo para que no cogiera el coche. Debió perder el móvil en el bar.

Se le cortó el aliento, pero no quiso hacerse ilusiones. —Tiene su móvil.

—Lo recogería para tener una prueba ante ti y has picado. —El sheriff miró hacia abajo. —Brittany eres una provocadora, pero has elegido a la menos adecuada para ser tu enemiga. Muriel tiene malas pulgas. Su expediente policial lo dice claramente. Es tan gordo como la Biblia. —Le hizo un gesto sin darle importancia. —No te preocupes. Es nueva en el

pueblo y quiere hacerse notar.

Se agachó en cuclillas al lado de la sobrina del cura. —Vas a tener que hacer penitencia por mentirosa. ¡En este pueblo no hay secretos, guapa!

—¡Muriel! —Gimió interiormente al escuchar la voz de su marido y al levantar la vista le vio acercándose con grandes zancadas con pinta de haberlo atropellado un tren. Tenía una resaca de primera. —¿Qué haces?

—¡Cariño, he encontrado tu móvil!

La miró confundido y pasó por encima de Brittany para mirarle como si quisiera eliminarlo de la faz de la tierra. —Esa dice que te lo dejaste en su casa.

Parker pareció asombrado y después entrecerró los ojos. —¿Estás celosa?

—¡Púdrete! —le gritó a la cara antes de arrearle un puñetazo que no pudo evitar por la resaca. Cayó al suelo y le señaló con el dedo—. ¡Acércate a otra mujer y te la corto!

Varios se echaron a reír a su alrededor sobre todo porque sabían que hablaba en serio. Parker sentado en el suelo, se pasó la mano por la barbilla viendo como su mujer iba furiosa hacia la camioneta y arrancaba pisando a fondo el acelerador. El sheriff se echó a reír y Parker sonrió viéndola alejarse a toda velocidad. Hizo una mueca al ver a Brittany hecha unos zorros y

carraspeó levantándose para ayudarla. —Perdónala, tiene las hormonas algo alteradas.

—¡Ni me ha dejado hablar! ¡Le he dicho que tenía tu móvil y se ha puesto como loca!

—A mí no me la pegas, Brittany —dijo el sheriff tirando de la cinturilla de sus pantalones—. Quisiste provocarla y ahora ya sabes las consecuencias de provocar a una Daniels. —Miró a Parker. —¿Las sabes tú?

—Me largo antes de que me quemé el rancho.

Varios se echaron a reír.

Pero Muriel no llegó a casa hasta después de la cena y su marido estaba paseando en el porche de un lado a otro. Aparcó la camioneta de su padre y se bajó dando un portazo. —¿Dónde has estado? —gritó él furioso bajando los escalones del porche.

—Mira, eso mismo podría preguntar yo, pero al parecer todo el pueblo lo sabe, así que para qué preguntar.

Pasó a su lado en dirección a la casa y él la cogió por el brazo. —¿Has estado en el rancho de tu padre? He llamado allí y me han dicho que no estabas.

—¡Porque estaba trabajando! —Soltó el brazo con fuerza y entró en la casa cojeando.

—¡Te duele la pierna!

Ignorándole se cogió a la barandilla para subir las escaleras y él la siguió con ganas de guerra. Cansada entró en la habitación y se abrió la camisa. —¡Muriel! ¡Deberías descansar! ¡Estás embarazada y tienes la pierna en plena recuperación!

Como le seguía ignorando fue hasta el baño tras ella y vio cómo se sentaba para quitarse las botas, pero le costaba doblar la rodilla de la pierna herida y él se agachó para descalzarla con mucho cuidado. Acucillado ante ella la cogió por los antebrazos y siseó —Mañana te quedarás en casa.

—¿Eso crees?

—¡No me hagas cabrearme, Muriel!

—Si lo dices por el bebé, está bien. No he montado a caballo.

—¡Tienes que descansar! —le gritó a la cara—. ¿Quieres quedarte coja?

—¡He estado en la ranchera casi todo el día!

Él entrecerró los ojos. —¿Lo haces para provocarme?

Se sonrojó ligeramente. —¡No digas tonterías! ¡Soy ranchera, no ama de casa!

—¡Eres mi mujer! —le gritó a la cara. Chasqueó la lengua como si le diera lo mismo. Fuera de sí la cogió por la nuca acercándola a su cara. — Mañana te quedas en casa.

—Mañana hay que marcar el ganado —dijo con rabia sin poder evitar mirar sus labios sintiéndose muy excitada—. Y voy a ir.

—¿Vas a ir?

—¡Sí!

—Eso ya lo veremos. —Acercó sus labios hasta unos milímetros de distancia y al sentir su aliento, Muriel se volvió loca y su respiración se aceleró deseando besarle. —¿Sabes, nena? —Acarició su labio inferior provocándole un vuelco en el estómago. —Teniéndote a ti, jamás me acostaría con otra mujer. Estar dentro de ti es la mejor sensación del mundo. —Se le cortó el aliento y se miraron a los ojos. —Ver cómo te retuerces de placer bajo mi cuerpo, deseando cada una de mis caricias más que nada en el mundo... —Sonrió irónico. —No lo cambiaría por nada.

—Serás imbécil.

Su marido se echó a reír y besó su labio inferior. Tiró de su cabello hacia atrás y ella gimió abriendo su boca para que él la invadiera con pasión provocándola. Muriel llevó las manos a su cuello y lo acarició respondiendo a su beso desesperada. Parker con la mano libre tiró de su sujetador hacia abajo

liberando sus pechos y apartó su boca antes de meterse un pezón en la boca y succionar con fuerza haciéndola arquearse hacia atrás por el rayo que traspasó su pecho. Parker pasó su mejilla por él, antes de atraparlo de nuevo y pasar su lengua por el endurecido pezón haciéndola gritar de placer. —¿Lo ves, nena? Eres mía. Y lo serás siempre. —Muriel ni se dio cuenta de cómo le quitaba los pantalones mareada por sus caricias. Pero cuando separó sus piernas y colocó su pierna herida sobre su hombro, creyó que moriría de placer cuando sus labios recorrieron su sexo lentamente hasta llegar a su clítoris y soplar sobre él. Muriel se estremeció en un fuerte orgasmo que la sorprendió y Parker la siguió torturando con sus labios para alargar su éxtasis, haciéndola temblar de placer. Cuando la cogió en brazos y la llevó hasta la cama, suspiró al sentir su piel sobre ella, abrazándole sin darse cuenta. Al abrir los ojos, vio que la miraba mientras entraba en ella lentamente y Muriel jadeó al sentirle dentro de ella. —Rodéame con las piernas, nena —susurró él con la respiración alterada. Ella lo hizo sin ser consciente de ello dejándose llevar por el deseo y le besó queriendo fundirse con él. Se miraron a los ojos y Parker movió sus caderas con suavidad volviéndola loca. Muriel se aferró a él como si temiera perderle y su marido perdió el control entrando en su cuerpo con más contundencia, hasta que gritó desesperada al borde del abismo. Parker empujó las caderas con fuerza robándole el aliento, cuando el éxtasis la recorrió de arriba abajo. Fue la sensación más maravillosa de su

vida.

Muriel se quedó dormida abrazada a él y gimió por la mañana dolorida, pero cuando sintió los rayos del sol sobre su piel, abrió los ojos sobresaltada al darse cuenta de que era muy tarde. Se iba a levantar, cuando chilló porque algo tiró de su brazo. Asombrada quitó la almohada, para ver que su muñeca tenía un grillete de los que se usaban antiguamente con el ganado para asegurarlos al suelo del establo cuando no estaban en sus cercados. Tiró de él para ver que la cadena debía estar atada a la pata de la cama. Se arrastró al otro lado del colchón y se arrodilló para mirar bajo la cama. Increíble. Había atado la cadena a un maldito yunque y la había asegurado con otro candado. ¿Como había movido el yunque hasta allí sin que se enterara? Dejándola k.o. con la noche de sexo más increíble de su vida. Podía haberse caído la casa y ni se hubiera enterado. Gimió sentándose en la cama y se cubrió con la sábana. —Estupendo. Me parece que hoy no vas a marcar el ganado.

—Buenos días —dijo su suegra entrando en la habitación con una bandeja en las manos. Muriel levantó ambas cejas—. ¿Tienes hambre? Te he hecho un desayuno de reyes.

—Julie... la llave.

—No la tengo.

—¿No la tienes?

—Tendrás que esperar a tu marido. —Sonrió radiante. —¿Te traigo el orinal?

Se puso como un tomate. —No tiene gracia. Llama a Parker y dile que quiero la llave.

—Me ha dicho que no le moleste para esas tonterías. Además, soy su cómplice. Estoy de acuerdo con esto, así que no vas a convencerme. —Gruñó mirando la bandeja. —Te voy a traer una camiseta. —Soltó una risita. — Menuda noche, ¿eh? Si no estuvieras embarazada, ahora lo estarías fijo.

Muriel no se lo podía creer. Vio cómo iba hacia el vestidor y le tendía una camiseta. —¿Y cómo me la pongo?

—Oh... bueno no hace nada de frío, así que puedes seguir así. No me voy a escandalizar.

—¿Esto es el colmo! ¡Mi padre me está esperando!

—Ya le he llamado. Estás cansada después del día de ayer y no irás a trabajar. Hala, a desayunar.

Se pasó todo el día sentada en la cama aburrida como una ostra y aunque tenía que reconocer que la pierna estaba mucho mejor, no pensaba

quedarse allí el resto del embarazo. Necesitaba un plan, porque Parker era muy capaz de tenerla atada a la cama los próximos meses. ¡Aquello era un secuestro! ¡Cómo se le ocurría hacer algo así!

Estaba cenando cuando llegó a la habitación. —Hola, nena —dijo agotado—. ¿Qué tal el día? —Se acercó y le dio un beso en los labios.

—¿Qué tal el día? —preguntó fríamente.

—Veo que te lo has tomado bien. —Se quitó la camiseta y fue hasta el baño.

—¡La llave, Parker! ¡Quiero ducharme!

—Uhhh. —Metió la mano en el bolsillo del vaquero y se acercó. —
¿Me frotarás la espalda?

Parpadeó asombrada. —¿Me has secuestrado! ¿No te da vergüenza?

—¿Vergüenza? No.—Cogió su grillete y metió la llave abriéndolo. Furiosa se frotó la muñeca que estaba sonrosada. —He hecho lo que creía oportuno para manteneros a salvo. Y lo volveré a hacer hasta que entres en razón.

—¿Y si ocurre algo?

—¿Como qué? —La cogió en brazos para llevarla hasta el baño y sorprendiéndola la besó en el cuello. —¿A que ahora estás mucho mejor? ¿Has dormido la siesta?

—Qué remedio. No tengo ni televisión. —La dejó en el suelo del baño y abrió el grifo de la ducha. —Parker, no puedes atarme a la cama.

Le miró malicioso mientras se quitaba los vaqueros. —¿Ah, no?

—¡Hablo en serio! —dijo intentando controlarse.

La cogió por la cintura pegándola a él para meterla en la ducha. —Cielo, no vas a ir a trabajar. Si mañana sales del rancho, volveré a atarte a la cama hasta que aprendas la lección. ¿Me has entendido?

Entrecerró los ojos y le abrazó por el cuello. —Tengo que trabajar.

Su marido acarició su cintura hasta llegar a sus glúteos. —No.

Furiosa se apartó. —Hablo en serio, Parker. ¡En casa me volveré loca! ¡No puedes retenerme aquí siempre!

La elevó pegándola a los azulejos y ella cerró los ojos suspirando cuando entró lentamente en su interior. —Sí que puedo —susurró contra sus labios—. Haré lo que haga falta para mantenerte a salvo.

Horas después tumbada en la cama miraba al techo pensando en esa frase. Giró la cabeza para ver a Parker durmiendo a su lado. Él gruñó y poniéndose de costado, alargó el brazo para abrazarla por la cintura como si no quisiera soltarla. Así que su madre tenía razón. Lo que pasaba era que estaba preocupado por ella y por el bebé. Pues tendría que superar sus miedos, porque no pensaba pasarse en casa los próximos meses para que no

se preocupara. Se volvería loca. Sonrió acariciando su antebrazo y se dijo que ellos jamás serían una pareja normal. Estaba claro que él nunca le diría que la quería y ella no sería la típica esposa de ranchero que se quedaba en casa para hacer pasteles. Tendrían que amoldarse el uno al otro, pero lo que sí tenía claro es que se querían a su manera y que iba a hacer todo lo que fuera necesario para que su matrimonio funcionara.

Parker se volvió dándole la espalda. Ya vestida para ir a trabajar dos horas antes que de costumbre, se puso ante él y cruzó los brazos. Su marido frunció el ceño moviendo el brazo y tiró de él espabilándose de golpe antes de levantar la cabeza al ver que tenía el grillete en la muñeca. Suspiró girando la cabeza. —Nena. Dame la llave.

—¿Sabes, cielo? Entiendo que estés preocupado por mí, pero esta no es manera de solucionarlo.

Tiró del grillete furioso sentándose en la cama. —¡Muriel, la llave!

—Ah, no. Debes saber lo que sentí yo ayer para que no vuelva a repetirse. Y como mi querida suegra probablemente te ayudará e intentareis abrir eso, he decidido aumentar la dificultad. —Asombrado miró hacia abajo para ver que tenía otro grillete en el tobillo.

Ella sonrió de oreja a oreja. —Que tengas un buen día, mi amor. —Se

agachó y le dio un suave beso en los labios. Parker intentó atraparla, pero Muriel se echó a reír escabulléndose.

—¡No tiene gracia!

—Claro que no. Te veré por la noche. Te quiero.

Parker la vio salir de la habitación atónito y cuando reaccionó gritó —
¡Ten cuidado!

Satisfecha bajó los escalones saliendo de la casa. Iba a tener un día fantástico.

Menudo día de mierda, se dijo a sí misma al medio día mirando al cielo. Llovía con fuerza y tenían que trasladar a toda la manada a los pastos del norte por si se desbordaba el río. Estaba enfangada hasta la ingle, le dolía la pierna y como Parker la viera sobre Huracán la mataría. Pero necesitaban a todos los hombres por el temporal y no podía evitarlo. Tiró de las riendas y silbó para que el perro fuera a buscar a las reses que se habían alejado de la manada.

Vio a Kevin al otro lado de la manada y este le hizo una seña diciendo que se adelantara. Las tres mil cabezas de ganado iban a buen ritmo y si tenía suerte a las cinco estaría en casa. Lo que sería una faena era que la vieran al pasar por las tierras de su marido, porque pensaban ir por el atajo. Solo

rezaba porque siguiera atado a la cama, aunque no tendría suerte. Pero seguro que ya estaba trabajando, así que no estaría en casa y a su suegra podía convencerla para que no dijera nada. Estaban llegando y las que iban a la cabeza cruzaron la primera valla. Distraída miró hacia la casa y vio a su marido subiéndose a Trueno. Mierda. Él se acercó a galope y su cara lo decía todo. —Vete a casa.

—Todavía tenemos que llevar las reses hasta los pastos y...

—¡Nena, vete a casa! ¡Estás empapada!

Miró a su hermano al otro lado, que asintió con la cabeza y resignada tiró de las riendas para ir hacia la casa. —¡Y come algo! ¡Seguro que no has comido!

Se mordió la lengua porque tenía razón, pero precisamente eso era lo que le fastidiaba. Cuando Julie la vio entrar en la cocina, abrió los ojos como platos al ver su aspecto que era un auténtico desastre. —¿Te ha visto?

—¿Tu qué crees?

Su suegra gimió sentándose a la mesa. —Se va a poner hecho una furia. Vete a ducharte y te prepararé algo de comer.

—Sí, con lo bien que iba todo.

La miró como si estuviera mal de la cabeza y ella se echó a reír sin poder evitarlo. —¿El yunque sigue debajo de la cama?

—Y ahí se va a quedar.

Subió las escaleras y se dio una ducha caliente. Disfrutó de ella y cuando salió, se puso un jersey blanco y unos vaqueros. Estaba algo destemplada. Cuando bajó a la cocina, su suegra le sirvió una sopa deliciosa y pescado con puré de patatas. —Menudo banquete.

—Es que casi son las cuatro.

—¿De verdad? —Sorprendida miró la hora en el reloj de la cocina. —Vaya. Se me ha pasado el tiempo volando. —Vio como su suegra se sentaba ante ella y sacaba un bastidor de una caja de cartón. —¿Tú también bordas?

Sorprendida la miró. —¿Tú bordas?

—Sí. Mi tía me enseñó y me relaja.

—Esto sí que es una sorpresa. —Julie le guiñó un ojo. —No me digas que también haces pasteles.

—Pues sí. Mi tía me obligó a aprender. Decía que era parte de mi aprendizaje de mujer. Que debemos aprender a hacer de todo. Mi bizcocho puede derribar casas, pero se cómo se hacen.

Julie rió a carcajadas y le guiñó un ojo. —No se puede ser perfecta.

—No soy perfecta.

—Claro que sí. Para mi hijo lo eres.

—Otra mentira. Nunca me ha dicho que hago nada bien.

Julie apretó los labios. —Le darás tiempo, ¿verdad? Todavía tiene que descubrir lo importante que eres para él.

—Me he casado y una Daniels tiene palabra.

—Eres una Montgomery.

Chasqueó la lengua. —¿No me digas?

Dos horas después estaban en el salón y Muriel empezó a preocuparse. Dejando el bordado que tenía en la mano, fue hasta la ventana para ver que no dejaba de llover y que el cielo estaba de un gris oscuro que ponía los pelos de punta. Se desbordaría el río.

—Tranquilízate. No pasará nada.

Se volvió sorprendida. —¿Por qué piensas que estoy preocupada?

—Porque yo lo estoy, pero debo decir algo para que no te pongas de los nervios. Esto pasa al menos dos veces al año y nunca pasa nada.

—Si se desborda el río, el agua puede llegar a casa de mi padre.

La miró sorprendida. —¿Qué dices?

—El día que nació Kevin hubo una riada y por eso no pudieron llevar a mi madre al hospital para el parto.

—¿Qué? —Su suegra negó con la cabeza. —Ese día hacía un sol de justicia como todo ese verano, que fue uno de los más secos que recuerdo. Según me dijo mi marido, tu antigua casa sí que estaba cerca del río y se inundó, pero eso fue antes del conflicto de las familias. Los Montgomery ayudaron a construir la nueva casa. A tu casa nunca ha llegado el agua, cielo. Y menos aún desde que yo vivo aquí.

Frunció el ceño girándose. —Tienes que estar equivocada. Mi padre me contó que por eso no fueron al hospital.

Julie se levantó. —Niña, no sé lo que te ha contado, pero tu madre no fue al hospital por pura cabezonería. Lo sabe todo el pueblo.

Palideció al escucharla. —¿De qué hablas?

—Tu madre decía que estaba bien y cuando llegó la hora del parto estaba sangrando. Cuando llamaron al médico tenía una hemorragia y pudo salvar al bebé, pero tu madre no llegó al hospital para que la operaran. Es de dominio público.

Confundida se la quedó mirando. —¿Por qué me han mentido?

—No lo sé cielo, pero tu madre murió por no llegar a tiempo al hospital. Estoy segura —susurró con pena—. Durante meses no se habló de otra cosa.

Miró a su suegra a los ojos. —Por eso está tan preocupado, ¿no? Por

si hago lo mismo. Todo el mundo me compara con ella.

—Es que sois igualitas. —Suspiró sentándose de nuevo. —Era muy cabezota. Trabajó durante todo el embarazo y Larry no podía con ella. Todavía recuerdo un día en que Larry pasó por aquí para buscar a su mujer que llevaba todo el día fuera de casa. Estaba embarazada de ti de ocho meses. Se querían con locura, pero era incontrolable. Y lo pagó con su vida.

—Dios mío. —Se sentó de nuevo perdiendo todo el color de la cara. —Ahora entiendo lo del yunque.

Julie se echó a reír. —Ha exagerado un poco. —Le cogió la mano. — Está preocupado por ti. Te quiere aunque no te lo diga. Te lo demuestra así, ¿no lo entiendes?

—Sí. Lo que no entiendo es por qué me han mentido respecto a su muerte.

—¿Quién sabe? Igual no querían que supierais que fue una inconsciente. Se tiende a idealizar a los muertos. Pero todos tenemos defectos. Y ella también los tenía.

Se quedó en silencio y cuando escuchó que se abría la puerta de la cocina, miró hacia allí acercándose para ver a su marido empapado quitándose el sombrero. La miró fijamente y Muriel forzó una sonrisa. —
Hola, cielo.

Dejó el sombrero en el perchero y muy tenso se quitó el impermeable que llevaba. Sin responderle, pasó a su lado para ir hacia el hall y subir las escaleras. Hizo una mueca. —Estupendo.

—¿Qué esperabas? ¿Un besito y aquí no ha pasado nada?

—¡Pues por una vez no estaría nada mal!

Su suegra se echó a reír viendo iba hacia la escalera a regañadientes para seguir a su marido. Estaba a punto de entrar en la habitación cuando lo sintió. Un temblor que gradualmente aumentaba a través del suelo de madera y cada vez era más fuerte.

Gritó asustada sujetándose al marco de la puerta y Parker pálido salió del baño en vaqueros, con la camiseta en la mano. Se miraron a los ojos antes de gritar —¡Una estampida!

Muriel se giró gritando —¡Julie!

Parker corrió fuera de la habitación. —¡No, Parker! —gritó al verle bajar por las escaleras cuando escucharon el primer estruendo. Una res pasó al lado de Parker casi arrollándole antes de que entrara en la cocina.

Gritó horrorizada sujetándose a la barandilla para ver como varias de sus reses pasaban por el hall tan rápido que destrozaban todo a su paso. Al ver la puerta de salida donde ahora faltaba toda la pared, se aferró a la barandilla pues toda la estructura temblaba. ¡Estaban destrozando la casa!

Cuando escuchó un crujido, gritó mirando hacia arriba para ver que el techo se estaba inclinando al igual que el suelo. Entonces supo que el salón había desaparecido y que la casa empezaba a ceder. Los muebles se empezaron a deslizar por el suelo de madera y gritó sujetándose a la barandilla. No podía saltar, porque sería arrollada por la manada y el techo se iba a desplomar. El ruido era atronador y muerta de miedo se tiró hacia la habitación para ir hacia la ventana, esquivando los muebles antes de que el desván se desplomara sobre ella. Chilló cuando el piso se inclinó peligrosamente de golpe y abrió la ventana a toda prisa sacando una pierna al exterior, quedándose a horcajadas sobre el alféizar de la ventana. Vio la tubería del desagüe del tejado frente a ella y alargó la mano cuando escuchó otro crujido. ¡Se iba a desplomar! Se tiró a la tubería aferrándose a ella, haciéndose daño en las manos, justo antes de que se doblara desprendiéndose de la pared, cuando la primera planta se desplomó sobre el salón. Cerró los ojos aferrada a la tubería que se inclinaba hacia el jardín poco a poco. Los mugidos y el caos fueron remitiendo paulatinamente hasta solo escuchar el fuerte sonido de la lluvia. Muerta de miedo abrió los ojos y al mirar hacia el jardín vio dos reses justo debajo. Con cuidado se deslizó lentamente por la tubería, pero de repente se dobló del todo, haciéndola gritar cuando cayó al suelo. Gimió girándose de costado, porque había caído sobre una de las tejas de la casa. Se giró hasta ponerse de rodillas y miró hacia la vivienda. Todo el

primer piso se había derrumbado y susurró —¿Parker? —El pánico la atravesó y gritó —¿Parker? —Fuera de sí corrió hasta donde había estado la puerta de la cocina. —¿Parker, contéstame! —Desesperada se llevó las manos a la cabeza.

Capítulo 11

Necesitaba ayuda. Fue corriendo hasta la camioneta de su marido y cogió la radio que tenía instalada. —¿Hay alguien ahí? Socorro. ¡Necesito ayuda! ¿Hay alguien ahí? —Soltó el botón llorando sin darse cuenta antes de pulsar de nuevo. —¡Soy Muriel Montgomery! ¡Necesito ayuda!

—¿Señora Montgomery?

—¿Quién es?

—Soy Steven. —Gimió de alivio al escuchar la voz del capataz. —
¿Están bien?

—Avisa a todo el mundo. ¡Se ha desplomado la casa por una estampida! ¡Parker y Julie están dentro, bajo los escombros!

—¿Qué?

—¡Las reses de mi padre han destrozado la casa! ¡Busca ayuda!

Soltó la radio y corrió como pudo hasta la casa, gritando el nombre de su marido desesperada por oír su voz. Al mirar hacia el establo lo vio todavía en pie, así que corrió hasta allí para coger un hacha. Estaba intentando abrir parte de la pared de la cocina, cuando lloró de alivio al ver que las luces de los coches se acercaban rápidamente. —¡No os preocupéis! ¡Están aquí! ¡Enseguida os sacamos! —Empuñando el hacha volvió a golpear la madera. —¡Enseguida os sacamos! —La posibilidad de que no estuvieran vivos la estaba volviendo loca y desgarrada dio una patada a parte de la pared antes de que su hermano Kevin llegara hasta ella y le arrebatara el hacha.

—¡Aléjate!

Los hombres la rodearon y se apartó cuando su padre la cogió por los hombros abrazándola con fuerza. —Papá...

—Tranquila, mi vida. Medio pueblo viene de camino.

La besó en la frente antes de ponerse a ayudar. Desesperada ni se dio cuenta de que el doctor la cogió por el brazo y la sentaba en una ambulancia. —¡Estoy bien! —gritó al verle a su lado—. ¡Ayude a Parker!

—Estás sangrando, Muriel —dijo levantándole el jersey por detrás para ver un corte en la espalda, que seguramente se había hecho al caer. Wendy llegó corriendo con un abrigo en la mano y se lo tendió mirándola a los ojos. —¡Tengo que coserla!

—¡Estoy bien! —Cogió el abrigo y se lo puso antes de ir hacia la casa dispuesta a apartar escombros como todos los demás.

Wendy a su lado la ayudó en todo lo que pudo. Se pusieron focos que habían llevado los bomberos, que gritaban dando órdenes para evitar que la casa se derrumbara del todo. Consiguieron abrir una entrada por una pared del piso que se había derrumbado sobre la cocina y desde allí accedieron a la planta de abajo, poniendo puntales para evitar que se derrumbara sobre ellos. Cuando vio salir a los bomberos del agujero, lloró desesperada porque Parker y Julie no estaban con ellos. —¿Dónde están? —gritó fuera de sí.

Después de hablar con ellos el sheriff la cogió apartándola. —Están en el sótano.

—¿En el sótano? ¿Les han escuchado? ¿Están vivos?

—Han escuchado a Julie gritar sótano. —Sonrió aliviado. —Están vivos, Muriel.

—¿Han escuchado a Parker? —Muy nerviosa se acercó a uno de los bomberos. —¿Han escuchado a mi marido?

—Debe calmarse. —Le hizo una seña al médico, que se acercó de inmediato. —Sáquela de aquí.

—¡No me pienso mover de aquí hasta saber si mi marido está vivo! —gritó furiosa. Al ver que se acercaba una pala negó con la cabeza—. ¡No!

¡No sabéis si Parker está con ella! ¿Y si está enterrado en la cocina? —Se puso histérica porque no le hacían caso. —¡No! —Corrió poniéndose ante la excavadora y su hermano la cogió por la cintura para apartarla. —¡Puede estar tirado en la cocina! —gritó histérica intentando soltarse. Pataleó con fuerza desesperada. —¡Podéis matarle! ¡No podéis hacer eso!

—Tranquilízate, Muriel —susurró su hermano angustiado. El médico se acercó con una jeringuilla en la mano.

—¡No! —Vio como la excavadora se acercaba a la casa. —¡Parker! —gritó desgarrada mientras intentaban sujetarla para sedarla—. ¡Parker! — Cuando la pala empezó a despejar la zona, gritó de miedo cerrando los ojos antes de desmayarse entre los brazos de su hermano.

Se despertó sobresaltada y miró a su alrededor para ver a su padre hablando con un médico ante lo que parecía la cama de un hospital. Se sentó de golpe. —¿Y Parker? ¿Julie está bien?

Su padre dio un brinco antes de volverse hacia ella y sonreír acercándose. —Cielo, está bien. Ambos están bien. Les están haciendo unas pruebas.

—¿Pruebas? ¿Qué les ocurre? ¿No estaban en el sótano?

—Parker consiguió meter a Julie en el sótano antes de que les arrollara la estampida.

—Es increíble lo que ha ocurrido. Nunca había oído algo igual —dijo el doctor acercándose—. ¿Cómo se encuentra? Soy el doctor Wilkings y...

Ella le ignoró para coger la mano de su padre. —¿Pero está bien? — No se lo creía del todo. Hasta que no lo viera con sus propios ojos no confiaba que la estuvieran mintiendo para que no se preocupara. Decidida saltó de la cama. —¿Dónde está?

—¡Por favor señora Montgomery, vuelva a la cama! —El doctor la intentó coger por el brazo, pero ella salió de la habitación para darse cuenta de que estaba en urgencias. —¡Señora Montgomery!

—¡Parker! —Caminó por el pasillo sin ser consciente ni de que estaba descalza y que únicamente llevaba una bata de hospital mostrando su trasero a todo el mundo. —¡Parker! ¿Estás aquí?

—No grite —dijo el doctor cogiéndola por el brazo para detenerla.

Ella le miró con decisión. —¡O me dice dónde está mi marido o salimos en los periódicos! —le gritó a la cara.

Larry reprimió la risa y su médico dijo exasperado —Está al final del pasillo. Box cinco.

Soltándose corrió esquivando a una camilla y abrió con fuerza una

cortina para ver a Parker rodeado de personas del personal sanitario. Muriel se asustó antes de escuchar decir a su marido —¡Joder! ¿Dónde está mi mujer?

—La están atendiendo —dijo una enfermera inyectándole algo en un brazo.

—¡Estoy aquí! —Apartó a otra mujer vestida con un pijama rosa y se acercó a la cabecera de la camilla donde le estaban atendiendo. —¡Estoy aquí!

Parker cerró los ojos suspirando del alivio y dejando caer la cabeza sobre la camilla.

—¿Estás bien, cielo? ¿Qué tienes? —Abrió los ojos y sonrió, pero preocupada miró hacia abajo donde los médicos estaban atendiendo un corte muy feo en el costado. —¿Cómo coño te has hecho eso? —gritó sobresaltándolos a todos.

Parker sonrió. —Nena, no me regañes.

—Señora tiene que salir —dijo el doctor Wilkings—. Nosotros nos encargamos.

Volvió la cabeza lentamente hacia el doctor y siseó —¡No me voy a separar de mi marido! ¡Deje de darme la murga!

—Nena... Entérate de cómo está mi madre.

—¡Estoy bien! —gritó su madre al otro lado de la cortina—. ¡Estos pesados no me dejan en paz!

Muriel sin soltar la mano de Parker, estiró el otro brazo y abrió la cortina para sonreír del alivio al ver la cabeza de su suegra en la camilla de al lado. —¿Qué tienes?

—¡Nada! ¡Mi hijo se encargó de que no me pasara nada! ¡Son muy pesados!

—Qué familia —susurró una enfermera a su lado que colgaba una bolsa en el gotero.

—¡Pues sí! ¿Qué pasa? ¡Nos queremos! —Le echó en cara ella haciendo que se sonrojara.

Larry reprimió la risa. —¿Cómo estás, hijo?

—Unos puntos y a casa. Nada grave. —Miró a Muriel a los ojos. —¿Tú cómo estás? ¿El bebé está bien? ¿Te han hecho daño? ¿Por qué llevas esa bata?

Sorprendida se miró. —Ni idea.

Él frunció el ceño. —¿Cómo que ni idea? ¿Cómo es que no te acuerdas?

—La señora Montgomery se desmayó y como la sedaron le pusimos la bata para que estuviera cómoda —dijo el doctor Wilkings casi gruñendo—.

Todo está bien. El bebé está bien y los puntos de la espalda se curarán en una semana.

—¡Cómo que puntos en la espalda! —gritó a su mujer como si fuera culpa suya. Se incorporó de golpe sorprendiendo a los sanitarios, que dejaron la sutura colgando, gritando a Muriel a la cara —¡Te desmayaste!

Muriel sonrió radiante al darse cuenta de que estaba bien y le abrazó por el cuello con fuerza. —Estás bien... —susurró en su oído—. Me habías asustado.

Parker la abrazó con el brazo libre pegándola a él. —Joder, nena. No he pasado tanto miedo en mi vida pensando que te había pasado algo y no podía ayudarte.

—Yo también te quiero. —Parker la apretó a él con fuerza.

—Si nos permiten continuar... —dijo el doctor que estaba atendiendo a Parker.

Ella apartó la cara para fulminarle con la mirada. —¡Mi marido me está diciendo que me quiere! ¡Un poquito de intimidad no vendría mal!

Larry se echó a reír viendo la confusión en la cara del médico, que carraspeó antes de decir —Tengo que cerrar la herida.

Muriel gruñó mirando a Parker a los ojos y darle un suave beso en los labios. Él se tumbó de nuevo en la camilla mirándola a los ojos y Muriel se

sonrojó de gusto cogiendo su mano de nuevo. Él acarició con el pulgar su muñeca sin hablar mientras le cosían y en ese momento Muriel se dio cuenta que no necesitaba que le dijera que la quería, porque en sus ojos podía ver cuanto la amaba. Su corazón saltó en su pecho de la alegría mirando esos ojos azules que la habían vuelto loca desde los quince años.

—Bueno, esto ya está. —Miró hacia abajo para ver el costurón que le habían hecho en el costado y gruñó. —Unos antibióticos y en unos días como nuevo —continuó diciendo el médico—. Y nada de trabajar, está en una zona muy delicada y se pueden abrir los puntos.

Escribió algo en una hoja y Muriel miró a su marido levantando las cejas. —¿Le has oído, cielo? Nada de trabajar.

—Lo he oído, preciosa. Otra cosa es que le haga caso. —Parker miró a su madre. —¿Qué te hacen?

—¡Darme la paliza! ¡Eso es lo que me hacen!

Una mujer que la estaba atendiendo jadeó indignada. —¡Señora, que lo hago por su bien!

—¡Paparruchas!

Preocupada se acercó a la camilla de su suegra para ver que tenía en el pecho unos electrodos. —¿Qué es eso?

—Le estamos haciendo un electro.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Por qué?

—Tiene la tensión alta y se ha mareado.

—¿Será del susto! —gritó Julie—. Tres mil reses han pasado por mi casa, ¿sabe?

Sintió la presencia de su marido tras ella y Muriel sintió su preocupación. La doctora miró la hojita de papel que salía del aparato con exasperación. —¡Oh, por Dios! Es normal, ¿de acuerdo? Vístase y váyase a casa.

Los tres sonrieron aliviados y Larry carraspeó. —Iré a por la ranchera al aparcamiento.

—¿Dónde está mi ropa? —le preguntó al doctor Wilkings que les miraba como si fueran de otro planeta—. Dese prisa, hombre. ¡Tengo tres mil reses desperdigadas por las tierras de los Montgomery y mi casa está derruida! ¡Tengo mucho que hacer!

Su padre riendo a carcajadas salió de allí mientras Parker la cogía por el brazo para darle la vuelta. —Nena, ahora vas a ir a casa de tu padre y vas a dormir.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! —le gritó a la cara—. ¡Te has desmayado!

Como si eso lo explicara todo, la cogió en brazos para salir de allí con

la bata.

—Cielo, mi ropa...

—Seguro que estaba para tirar —dijo su suegra a su lado—. Ahora harás caso a Parker y descansarás. Pobrecita, menudo susto.

Lo dijo como si ella no se hubiera asustado. —Lo dice la que le acaban de hacer un electro.

Parker rió por lo bajo. —¡Esa mujer es una exagerada! —protestó Julie.

Larry frenó en seco su camioneta ante la entrada del hospital y Julie se apartó un mechón de cabello de la sien como si quisiera tener mejor aspecto. Muriel siguió su mirada hasta su padre que sonrió al verla. — Enseguida estaréis en casa. —Abrió la puerta de atrás y cogió la mano de Julie con delicadeza antes de ayudarla a subir.

Muriel gimió por dentro al darse cuenta de que se atraían y su marido la miró. —¿Qué ocurre? ¿Te duele algo?

—No, cielo. Estoy bien.

—¿Si te doliera algo me lo dirías?

—¡Claro que sí!

Eso pareció aliviarle y la subió a la camioneta al lado de su madre antes de sentarse delante con su suegro. —Enseguida estarás en casa.

—Podéis quedaros en el rancho Daniels todo el tiempo que queráis — dijo su padre emocionado—. ¡Una gran familia!

Julie rió encantada. —¿Quién me iba a decir a mí que dormiría en el rancho Daniels?

—Sí, ¿quién te lo diría? —dijo con ironía mirándola. Julie la miró sorprendida y se sonrojó antes de desviar la mirada haciéndose la tonta.

—Veremos cómo está la casa —comentó su marido preocupado—. Joder, todavía no me creo que haya pasado esto.

—Sabes que todos os ayudaremos a arreglar la casa. —Larry le miró de reojo. —Incluso podéis cambiarla de sitio. —Carraspeó incómodo. —Más cerca de nuestras tierras.

—Ya está cerca de tus tierras, papá. De hecho estaba en medio. — Confundida intentó verle a través del espejo retrovisor, pero solo veía las canas de sus patillas. —¿Papá?

Su padre suspiró con fuerza. —Me hago mayor, hija...

—¿Qué quieres decir? Kev...

—Tu hermano no quiere el rancho. —Eso cayó como una bomba sobre Muriel, que abrió los ojos como platos. —Lo hemos discutido mil veces, pero no quiere seguir trabajando en el campo. ¡Quiere montar un taller de coches en el pueblo! —dijo rabioso—. De hecho ya ha encontrado el local

y ya ha dado la entrada.

—¿Por qué no me dijisteis nada? —preguntó asombrada—. ¡Tengo derecho a saberlo!

—Porque creíamos que tú seguirías con el negocio. Pero...

—¡Y seguiré con el negocio!

Parker carraspeó. —Nena, estás embarazada.

—Lo sé, pero...

—¡No puedes estar a todo lo que implica un negocio así! ¡No te voy a tener horas trabajando sobre un caballo como a tu madre! —gritó Parker haciendo que en el coche se pudiera cortar la tensión.

—¿Papá?

—Mejor hablamos de esto en otro momento.

—¡No! ¡Quiero hablarlo ahora! ¿Por qué me mentiste sobre la muerte de mamá?

Parker giró la cabeza asombrado. —¿A qué te refieres? ¡Murió en el parto!

—¡Sí, pero me dijeron que había sido porque una inundación había llegado a la casa y no habían podido salir para llevarla al hospital!

Parker miró a su suegro atónito. —¿Por qué le dijiste esa tontería?

—¡Porque no quería que pensara que su madre era una inconsciente!
—gritó Larry dejándolos a todos de piedra—. ¡Se lo dije millones de veces,
pero jamás me hizo caso! ¡Llevaba con dolores todo el día y no se lo dijo a
nadie! ¡Incluso esa mañana se subió al caballo para ir hasta donde se marcaba
el ganado para comprobar cómo iba todo! —Apretó el volante con fuerza. —
Cuando llegué a casa vi que estaba pálida, pero todavía quedaban dos meses
para dar a luz y no creyó que fuera nada. ¡Dijo que estaba bien! ¡Estábamos
en la cama y me despertó para decirme que estaba sangrando! Cuando aparté
las sábanas casi me muero del susto. ¡Estaban empapadas de sangre! ¡Murió
dos horas después desangrada! —gritó con angustia—. ¡Por eso no te dije
nada! ¡Ni a Kevin! Se enteró en el colegio, pero tú nunca llegaste a saberlo.

—Papá... lo siento. —Miró de reojo a Julie que miraba por la
ventanilla sumida en sus pensamientos.

—Era la mejor ranchera de la zona —dijo Larry recordando—. Y
estaba orgullosa de ello. ¡Y yo! La culpa fue mía que no me puse firme con
ella. Debería haber insistido más. Pero como en tu embarazo había hecho lo
que le había dado la gana, simplemente sonreía y salía por la puerta para
hacer lo que quería.

—No fue culpa tuya. —Muriel intentó consolarle pasando la mano
por su hombro.

—¡Y eres igualita a ella!

Parecía que se lo estaba recriminando. —¡Yo no voy a hacer algo así!

Parker se giró y siseó —Más te vale. ¡Pero de todas formas yo no te dejaría!

Larry miró a su marido. —Durante años pensé que no, ¿sabes? Durante años pensé que sería normal. Pero tuviste que provocarla y su carácter salió a la luz.

Jadeó indignada. —¡Eh! ¡Qué no tengo nada de malo!

—Hubiera salido tarde o temprano. Está en su naturaleza y eso es culpa tuya.

—¡Parker!

—¡No me digas Parker cuando hace unas horas estabas empapada sobre un caballo arreando reses!

Se sonrojó y buscando ayuda miró a su suegra, que retenía la risa. — No tiene gracia.

—Claro que sí. Los Daniels y los Montgomery unidos frente a ti.

—Mejor dejamos el tema.

Su padre la ignoró para mirar a Parker de reojo. —¿Quieres mis tierras?

—¡Papá!

—Si es por un precio razonable...

—¡Parker!

No se lo podía creer. ¿Estaban hablando en serio?

—Te haré un buen precio. Al fin y al cabo la mitad de las tierras son de Muriel.

Parker sonrió y giró la cabeza levantando una ceja. —Mira por donde, sí que eres la mujer perfecta para mí.

Entrecerró los ojos. —No tiene gracia.

—Claro que sí. Ya no tienes tierras en las que trabajar. Estás despedida.

Jadeó indignada. ¡No podían hacer eso! ¡Se moriría de aburrimiento!
—Ya lo veremos.

—Está más que visto.

—¡Si la mitad de las tierras son mías, yo decidiré lo que se hace con ellas!

Los dos se echaron a reír y asombrada Julie y ella se miraron. Su suegra le hizo un gesto con la cabeza para que atacara. —¡Hablo en serio!

—La mitad de las tierras serán tuyas cuando yo fallezca. Y queda mucho para eso —dijo su padre acabando la discusión—. Cuando eso pase, te arreglas con tu marido, cielo.

—Tranquilo, Daniels. Cuando eso pase, tendrá a cinco mocosos tirando de sus faldas y en lo que menos pensará será en arrear ganado.

—¡Eso es lo que tú te crees!

Parker se volvió. —Nena, me ha costado un poco darme cuenta de que te quiero por encima de todo —dijo provocándole que su corazón saltara en su pecho—, ¡y precisamente por eso no pienso dejar que te pase nada! ¡Cómo si te tengo chillándome al oído los próximos cincuenta años y me destrozas veinte coches!

—Oh, qué bonito —dijo su suegra con una sonrisa de oreja a oreja mientras que Muriel no sabía qué decir. Simplemente le miró a los ojos y sonrió. Parker también sonrió antes de darse la vuelta para mirar la carretera.

Larry le miró de reojo. —Vas aprendiendo, Montgomery.

—Sí, ¿verdad?

Cuando llegaron a casa de su padre, Parker abrió la puerta de atrás para ayudarla a salir. La cogió por la cintura para ir hacia el porche y él susurró —No has dicho nada.

—¿Sobre qué? —preguntó haciéndose la tonta, aunque sabía de sobra de lo que hablaba.

—Sobre que te quiero.

Se giró y acarició su pecho sobre la sucia camiseta antes de abrazarse a él. —Yo también te quiero.

—Eso ya lo sabía —susurró en su oído.

Rió contra su pecho. —¿Ah, sí?

—Desde que tenías quince años y vi tu reacción al tirar la cinta al suelo, supe que eras mía.

—¿Por eso me provocabas?

—Casi salto del coche al ver que tenías una cita con ese imbécil en el autocine. —Gruñó acariciando su espalda hasta llegar a su cuello. —Me dije a mí mismo que lo hacía para provocarte, pero era una excusa para hablar contigo de vez en cuando. Fui consciente de que estaba en problemas cuando el cura se negó a casarnos. Ahí me di cuenta de que deseaba que fuera verdad, pero me engañé diciéndome que lo hacía por si estabas embarazada. Cuando me ofreciste la cinta, me hiciste el hombre más feliz de la tierra, porque me confirmaste que me seguías queriendo. Pero tuviste el accidente y eres tan cabezota...

—Pensabas que no me casaría.

—Me entró el pánico y por eso no te cogí el teléfono. Cuando tu padre me dijo que estabas destrozada porque te estaba volviendo loca, me

dije que tenía que alejarme. Pero cuando llegó la hora de la boda, me subía por las paredes sin saber lo que estabas pensando. Cuando me llamaron para decirme que estabas borracha y que te habías dormido, vi mi oportunidad de traerte a casa. El cura ayudó mucho.

Sonrió maliciosa. —Te podían haber pegado un tiro, ¿sabes?

—Tu padre te dio la cinta y sabía que en el fondo quería que fueras feliz. Me arriesgué y gané. —Le dio un beso en los labios. —Siento lo que pasó el día que te quitaron la escayola. Teníamos que haber hablado tranquilamente en lugar de ponerme como un loco.

—Y yo siento no haber dicho la verdad.

Él suspiró y apoyó su frente contra la suya. —Cielo, en el sótano me moría de preocupación porque no sabía lo que te había ocurrido. No me hagas pasar por esto de nuevo.

—Lo mismo digo. Te quiero.

La besó en los labios y se apartó sonriendo. —Bueno, pues está todo aclarado.

Ella entrecerró los ojos. —No, todo no. Porque por mucho que me quieras cielo, esas tierras siguen siendo mías y si crees que vas a camelarme para que me quede en casa, vas listo.

Parker se echó a reír abrazándola de nuevo. —Te quiero, nena.

—¿Me quieres como soy?

—Me gusta todo de ti.

—Pues todavía no has visto nada —susurró contra sus labios.

Epílogo

Julie, Wendy y Jacinta estaban sentadas en el porche abanicándose, mientras miraban a los tres bebés sentados ante ellas jugando con sus juguetes de plástico de colores.

—Parker, no le quites el juguete a Melissa —dijo Wendy a punto de quitarle el juguete de la mano, cuando la hermana de Parker se lo arrebató mirándole con el ceño fruncido.

Las tres se echaron a reír. —Igualitos que sus padres —dijo Jacinta cogiendo a su hija en brazos.

Como si les hubieran invocado, escucharon desde la otra casa —¡Y una leche! ¡El veterinario volverá mañana! —gritó Parker.

—¡Por encima de mi cadáver! ¡Es un vago y un mentiroso! ¡Y ha querido dejarme mal delante de ti cuando sabía de sobra que la cita era para hoy a las nueve de la mañana! Ha retrasado el envío por no traer los

resultados de los análisis a tiempo. ¡Y el tiempo es dinero!

—¡Esta es mi explotación y yo decido lo que se hace!

—¿Te recuerdo que a la entrada del rancho pone Montgomery-Daniels? ¡Es de los dos! Soy tu socia y yo también tengo opinión.

—¡Opinión no significa que se haga lo que tú digas!

—¿Ah, no? ¡Pues como no se hace lo que yo diga en el rancho, te diré que hoy duermes en la habitación de los niños!

Parker se echó a reír a carcajadas mientras las mujeres aguantaban la risa. Larry salió de casa y sorteando a sus nietos se acercó a Julie para darle un beso en los labios. —¿Ya ha pasado la tormenta del día?

—Espera, que seguro que queda la traca final.

—No te aguantarías —dijo Parker divertido.

—Quizás las casas están demasiado cerca —dijo Wendy cogiendo a Melissa en brazos. La niña se cogió uno de sus rizos rubios tirando de él—. Sí, mamá está haciendo eso mismo en este momento.

—¡Serás creído! —Salió de la casa dando un portazo y al ver que casi toda su familia estaba mirando gritó —¡Seréis cotillas!

Todos se echaron a reír cuando Parker salió de casa cogiendo su muñeca y metiéndola de nuevo en su interior.

Parker sentado en el suelo, chilló cogiendo el juguete de su hermana y

levantándolo triunfante.

—Sí, hijo. Has ganado de momento.

Parker separó los labios de los de su mujer acariciando su trasero y al ver el deseo en los ojos verdes de Muriel carraspeó. —Nena, tengo que irme. Tengo que trabajar.

—Ni hablar. Eres mío —susurró abrazando su cintura con fuerza.

—¿Ah, sí?

Ella separó la cara de golpe y entrecerró los ojos. —¿Me vas a obligar a obligarte a que me lo digas?

Parker sonrió besando sus labios. —Soy tuyo y tú mía. ¿Contenta?

—¿Me darás la razón con lo del veterinario?

—No.

—Parker...

—Le necesitamos. Buscaré una solución como siempre, ¿de acuerdo?

—¿Estás siendo diplomático? ¿Tú?

Su marido se echó a reír. —Estoy probando a ver qué tal se me da.

—¿Eso es estupendo! Porque quería comentarte algo, que

seguramente tendremos que discutir y la diplomacia te vendrá muy bien.

—¿No me digas? —Con desconfianza apretó su trasero pegándola a él. —¿De qué se trata?

—¿No tenías que trabajar?

—Por unos minutos no pasa nada.

—Oh, pues... —Sonrió acariciando su mejilla. —Sabes que te quiero muchísimo.

—Las cintas que me regalaste hace un mes me dieron una pista.

Sonrió encantada porque le hubiera gustado esa sorpresa en la última fiesta de verano. Diez cintas de colores que le regaló antes de la carrera. Una por cada año que no se la había dado. —Bien. Pues como sabes que te quiero mucho y tenemos dos niños preciosos...

Él entrecerró los ojos alejándose un poco más. —Había pensado que después de este, se cerrara el grifo para que me pueda dedicar a trabajar contigo, que sabes que me encanta.

Parker carraspeó y disimuló una sonrisa. —¿Me estás diciendo que estás embarazada otra vez?

—Pues sí.

—¿De cuánto?

—¿Eso es importante? —Disimulando se alejó.

—Nena... ¡Esta mañana te la has pasado a caballo!

—Ya empezamos. ¿Vas a seguir así los próximos cinco meses?

Parker la miró atónito. —¿Estás de cuatro? ¡Eres imposible!

Hizo una mueca pensando en ello. —Estás muy sensible con ese tema. —Él suspiró pasándose la mano por su cabello negro como si ya no supiera qué hacer con ella. —Prometo que no me subiré más a caballo.

La miró sorprendido. —¿De verdad?

—Palabra de Daniels.

—¡Eres una Montgomery!

—Pues eso.

—Por eso me lo has dicho ahora, ¿verdad? —Sonrió maliciosa. —
¡Porque ya no te ibas a subir más a un caballo!

Le abrazó por la cintura. —Me necesitabas para el trabajo. No podía decírtelo antes, porque te pondrías de los nervios. Pero ahora descansaré.

Él gruñó pegándola a su cuerpo. —¿Estás bien?

—Perfecta.

—Te quiero.

—Lo sé, mi vida. Y yo te querré mientras viva. Sabes que los Daniels siempre cumplimos nuestras promesas y que nunca nos echamos atrás.



Sophie Saint Rose

Serie Texas

Retraçate

D.J.57

—¿No te retractarás? —susurró contra sus labios.

—Jamás.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Huir del amor” o “Vuelve”. Próximamente publicará “Por orgullo” y “A sus órdenes”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, solo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de noventa novelas para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.